

4

El fin del colonialismo italiano y las nuevas dirigencias africanas

Historia y memorias

por Antonio M. Morone



Colección
COLONIZACIÓN &
INDEPENDENCIA EN

AFRICA



Programa de
Estudios Africanos
GEA | FGS | UNC



Programa de Investigación sobre
África y su Diáspora en América Latina
AFRYDAL

**El fin del colonialismo italiano y las
nuevas dirigencias africanas.**

Historia y memorias

Morone, Antonio M.

El fin del colonialismo italiano y las nuevas dirigencias africanas: historia y memorias / Antonio M. Morone. - 1a ed. - Córdoba: CONICET-UNC. Programa de Investigación sobre África y su Diáspora en América Latina, 2025.

140 p. ; 21 x 14 cm. - (Colonización e independencia en África ; 4)

Traducción de: Federica Ferrero.

ISBN 978-987-766-068-5

1. Colonialismo. I. Ferrero, Federica , trad. II. Título.

CDD 960

Colección COLONIZACIÓN E INDEPENDENCIA EN ÁFRICA

Esta Colección pretende revisar un período que consideramos central en la Historia que moldeó a las sociedades africanas contemporáneas, estimulando desde este espacio una relectura de los procesos coloniales e independentistas a través de investigaciones, en algunos casos localizadas y otras de carácter transversal. Para ello, fueron convocados investigadores e investigadores especialistas que nos brindan una mirada de carácter crítica, multifacética y pluricausal, alejada de estereotipos y generalizaciones abusivas. La edición de esta Colección, que está a cargo del Programa de Estudios Africanos | CEA | FCS | UNC y del Programa de Investigación sobre África y su Diáspora en América Latina | AFRYDAL – CIECS (CONICET-UNC), tiene como principal objetivo seguir contribuyendo en la conformación de una masa crítica de literatura académica acerca de la Historia Contemporánea africana, orientada a un ámbito educativo, huérfano de estos materiales, en lengua española.

Directores de la Colección

COLONIZACIÓN & INDEPENDENCIA EN ÁFRICA |

Diego Buffa & María José Becerra

Ilustración de tapa: Pablo Monzón ©

Revisora: Astrid Eliana Espinosa

Traducción al castellano: Federica Ferrero

© Antonio M. Morone, 2025

ISBN: 978-987-766-068-5

Impreso en Argentina

Printed in Argentina

Hecho el depósito que marca la Ley 11.723

Antonio M. Morone

El fin del colonialismo italiano y las nuevas dirigencias africanas.

Historia y memorias

Departamento de Ciencias Políticas y Sociales,
Universidad de Pavía



Programa de
Estudios Africanos
CEA FCS | UNC |



Programa de Investigación sobre
África y su Diáspora en América Latina
AFRYDAL

Antonio M. Morone es profesor asociado de Historia Contemporánea de África y coordinador del Máster en Estudios de África y Asia en el Departamento de Ciencias Políticas y Sociales de la Universidad de Pavía. Sus líneas de investigación se centran en cuestiones de historia política y social del siglo XX, con especial atención a los contextos regionales del Norte de África y el Cuerno de África. Ha sido profesor visitante en diversas universidades africanas, entre ellas Trípoli y Misurata en Libia, La Manuba y Al Manar en Túnez, la Universidad Sidi Mohammed Ben Abdallah de Fez en Marruecos, la Universidad de Helwan en Egipto y la Universidad de Dire Dawa en Etiopía. Entre sus publicaciones más recientes se encuentra *Gli ultimi ascari d'Italia. Il colonialismo repubblicano, le migrazioni dall'Africa e le discriminazioni razziali (1943-1960)*, Le Monnier, Florencia, 2022.

Índice

Introducción	9
1. ¿Cuándo terminó el Colonialismo Italiano? Tres descolonizaciones comparadas	11
1.1 La renovada política colonial italiana tras la Segunda Guerra Mundial	12
1.2 Hacia una política poscolonial	19
1.3 Herencias Coloniales	24
2. El caso de Libia: nuevos y antiguos intermediarios entre interferencias externas e impulsos nacionalistas	29
2.1 El 1948 y el proyecto de un Estado asociado	38
2.2 El giro de 1949 y la independencia de Libia	48
3. El caso del fideicomiso de Somalia bajo administración italiana y el paso de la política colonial a la cooperación al desarrollo	67
3.1 Los militares regresan a Somalia	68
3.2 El reclutamiento de los somalíes: ¿Una cuestión política?	73
3.3 Demasiados militares para la AFIS	78
3.4 La Somalización	82
3.5 Somalíes al mando	88

4. La nueva política de Italia en África y la crisis del Congo	. 93
4.1 La crisis del Congo y la política internacional	95
4.2 El empeño de Italia en el Congo entre continuidad y transformación	99
4.3 La masacre de Kindu	104
5. El colonialismo italiano entre historia y memorias	115
5.1 Nuevos temas y nuevos enfoques en el estudio del colonialismo italiano	117
5.2 ¿Nuevas investigaciones, antiguas memorias?	122
Referencias	129

Introducción

La historiografía sobre el colonialismo italiano ha resuelto durante mucho tiempo el análisis de su final a través del simple hecho de la ocupación de las colonias italianas durante la Segunda Guerra Mundial por parte de las tropas aliadas, en particular las británicas. En consecuencia, la descolonización de las colonias italianas también ha sido interpretada durante mucho tiempo como un caso excepcional, en el sentido de que no se desarrolló tanto en una lucha entre la potencia colonizadora y los movimientos anticoloniales, sino más bien en la dialéctica entre un nuevo orden internacional en formación a través de la labor de las Naciones Unidas y los impulsos autonomistas que progresivamente fueron tomando fuerza en África, entre aquellos territorios que fueron colonias italianas. Si las colonias se perdieron en la guerra, también la historia de la nueva Italia republicana y postfascista acabó por ser una historia intrínsecamente en ruptura con el pasado y ya no comprometida con su pasado colonial.

El presente volumen pretende cuestionar esta interpretación historiográfica analizando un marco africano, italiano e internacional sin duda más complejo, partiendo del hecho de que hasta 1949, hasta que el llamado Compromiso Bevin-Sforza fue rechazado por la Asamblea General de las Naciones Unidas, Italia (junto con el Reino Unido) cultivó a nivel internacional un verdadero plan político para la restauración de un orden colonial basado en el modelo del primer colonialismo del siglo XIX. Además, Italia estuvo ampliamente activa en África, en Libia, Eritrea y Somalia, llevando adelante políticas coloniales a través de lo que quedaba de las antiguas instituciones del imperio y en continua

intermediación con una serie de intermediarios africanos seleccionados entre aquellos grupos que habían estado más involucrados en la administración colonial anterior. Solo después de 1949, Italia (y el Reino Unido) se comprometieron con una política de descolonización que fue fundamental para iniciar el más amplio proceso de transición a la independencia de las colonias.

De hecho, el colonialismo italiano, entendido como proyecto político, terminó solo en 1949, mientras que fue necesario esperar hasta 1960 para que la última administración directa italiana en Somalia llegara a su fin con la independencia del país. Así pues, el propósito de este volumen no es solo discutir las causas y las modalidades del final del colonialismo italiano, sino sobre todo reconocer la existencia de un colonialismo italiano en la temporada republicana. Tal historia se desarrolló, por un lado, en la transición de la antigua política colonial a una nueva estrategia destinada a buscar una presencia e influencia en África a través de los instrumentos de la cooperación técnica y financiera para el desarrollo de los países africanos. Por otro lado, esta fue sin duda la historia de la toma del poder por parte de los nuevos Estados independientes, encabezados por líderes africanos muy diferentes entre sí. Si en Somalia la nueva clase dirigente fue expresión de un movimiento nacionalista y pansomalí que reivindicaba una clara ruptura con el pasado, no solo colonial, la estructura del poder estatal en Eritrea y Libia acabó privilegiando a una clase dirigente para nada nueva y fuertemente conservadora.

Túnez, 23 de febrero de 2025

1. ¿Cuándo terminó el Colonialismo Italiano?

Tres descolonizaciones comparadas

Italia perdió sus colonias africanas durante la Segunda Guerra Mundial debido a la derrota que sufrió en combate contra las tropas británicas y de la Mancomunidad Británica de Naciones (Commonwealth). La primera en caer fue el África Oriental Italiana (AOI): Mogadiscio fue ocupada el 27 de febrero 1941, Asmara el 1 de abril y Addis Abeba el 5 del mismo mes, mientras que la última resistencia italiana del duque Amedeo D'Aosta en el Amba Alagi terminó el 17 de mayo. En el frente norteafricano, Cirenaica fue ocupada definitivamente en noviembre de 1942 por las tropas británicas, que también entraron en Trípoli el 23 de enero de 1943, mientras que la región del Fezán cayó bajo el control militar de la «Francia Libre». La conclusión de la guerra, en lugar de conducir a una rápida solución para las antiguas colonias italianas, desencadenó un largo y complejo asunto político y diplomático que duró hasta finales de los años '40. El artículo 23 del Tratado de Paz firmado en París el 10 de febrero de 1947 imponía a Italia renunciar a las colonias, pero no establecía en absoluto una solución definitiva para el asunto, aplazando cualquier decisión a las cuatro potencias vencedoras (Estados Unidos de América, la Unión Soviética, Francia y Gran Bretaña) que disponían de un año a partir de la ratificación del Tratado para llegar a una solución. Si ésta no se alcanzaba, el expediente colonial pasaría a las Naciones Unidas (ONU), como de hecho ocurrió en septiembre de 1948. En lo que a las antiguas colonias se refiere, la firma del Tratado por parte italiana no se correspondió en absoluto con su aplicación real. Italia había perdido su estatus de potencia colonial, viviéndolo como una reducción de su papel

internacional, como una vejación o una injusticia, a la que la nueva clase dirigente republicana intentó poner remedio reivindicando el retorno de Italia a África durante toda la larga posguerra hasta 1949.

Muchos factores jugaron en contra de la idea de una posible devolución de las colonias a Italia:

«La hostilidad de los árabes, la enérgica oposición de Etiopía y, sobre todo, la falta de fiabilidad de Italia hasta que se hubiera aclarado su orientación política y, en consecuencia, su lugar en el sistema internacional» (Calchi Novati, 2011a, pp. 360-361).

El asunto de las antiguas colonias italianas se resolvió rápidamente a finales de los años '40, cuando se alcanzó un acuerdo en dos fases en la Asamblea General de la ONU, después de que el llamado Compromiso Bevin-Sforza resultara inviable. La resolución n. 289 de 21 de noviembre de 1949 establecía que Somalia se confiara a Italia en régimen de fideicomiso durante 10 años, mientras que para Libia prevaleció una solución a favor de su plena independencia, proclamada el 24 de diciembre de 1951. En cambio, la resolución n. 390 de 2 de diciembre de 1950 establecía que Eritrea se convirtiera en una «unidad autónoma» federada al Imperio etíope. Tras una fase preparatoria bajo la supervisión de las Naciones Unidas, la federación entre Etiopía y Eritrea entró en vigor el 15 de septiembre de 1952, mientras que Italia retornó a Somalia el 1 de abril de 1950 con el mandato específico de preparar a la antigua colonia para la independencia en el plazo de una década.

1.1 La renovada política colonial italiana tras la Segunda Guerra Mundial

El final del colonialismo italiano pasó por cuatro momentos diferentes pero fuertemente interrelacionados: la derrota de Italia en

la guerra con la pérdida del dominio directo sobre las posesiones de ultramar, ratificada posteriormente por el Tratado de Paz de París en 1947, y la ocupación de las colonias por Inglaterra y, limitada a Fezán, por Francia; el nacimiento y rápido desarrollo de los movimientos independentistas y nacionalistas en Libia, Somalia y Eritrea; la negativa a aprobar el Compromiso Bevin-Sforza en las Naciones Unidas y las consiguientes decisiones tomadas por la Asamblea General para un arreglo definitivo del asunto de las antiguas colonias italianas; la independencia de Libia en 1951, la federación de Eritrea con Etiopía en 1952, y el retorno de Italia a África en 1950 con una administración directa sobre Somalia hasta su independencia en 1960. Estas cuatro fases describen una compleja transición del colonialismo a la independencia de las posesiones italianas que puede remontarse a la historia más general de la descolonización en África, pero con una evidente componente de especialidad.

Normalmente los procesos de descolonización se resolvían en la relación entre las autoridades coloniales y los movimientos independentistas y/o nacionalistas. En el caso italiano, en cambio, el papel decisivo atribuido por el Tratado de Paz de París a las cuatro potencias vencedoras y después a las Naciones Unidas, la ocupación de las colonias por Inglaterra y Francia y, por último, la renovada política colonial de la Italia republicana, relativizaron la relación dialéctica entre colonizadores y colonizados que normalmente constituía el eje principal a lo largo del cual se desarrollaron los procesos de descolonización en África. De hecho, la derrota de Italia en la guerra no llevó a la independencia inmediata de las colonias, sino a una internacionalización del asunto, que hasta 1949 consistió en el intento de Inglaterra y Francia de sustituir el dominio de Italia, que a su vez estaba empeñada en recuperar sus antiguas colonias. Por lo tanto, es erróneo argumentar la ausencia de políticas e instituciones propiamente coloniales en el espacio del antiguo imperio italiano después de la Segunda Guerra Mundial; más bien, se puede afirmar que hubo

sobreabundancia de colonialismo y una competencia mutua entre los diferentes proyectos coloniales de Italia, Inglaterra y Francia y sus acciones sobre el terreno en África, con la excepción de Etiopía.

En este contexto, hay que subrayar que el destino de Etiopía nunca formó parte de los debates internacionales sobre las colonias italianas, precisamente porque el estado etíope nunca había sido reducido a la categoría de colonia de pleno derecho. Tras defender con éxito su independencia contra la agresión colonial italiana en Adwa en 1896, Etiopía fue ocupada en 1935 durante la Segunda Guerra ítalo-etíope. Tras la caída del AOI en 1941, la soberanía de Etiopía fue inmediatamente restaurada bajo la corona del emperador Haile Selassie por iniciativa de Gran Bretaña. Etiopía, que tras la victoria de Adwa había visto plenamente reconocida su soberanía internacional al ingresar en la Sociedad de Naciones en 1923, era un país soberano que había sido atacado y ocupado por la Italia fascista (Zewde, 2001). Por otra parte, el regreso de Haile Selassie al trono tras sus años de exilio en Inglaterra adquirió los contornos de una restauración conservadora para quienes se habían quedado a combatir en Etiopía, luchando no sólo contra los italianos por la liberación del país, sino también por una revolución del estado y de la sociedad.

Tras la Segunda Guerra Mundial, los instrumentos desplegados por Gran Bretaña, Francia e Italia para llevar a cabo sus respectivos planes coloniales diferían entre sí, pero todos confluían en el objetivo mínimo de defender el sistema colonial, actualizado a las formas del Sistema de Fideicomiso de las Naciones Unidas. A partir de los años de la guerra, Gran Bretaña y Francia emprendieron una reforma de sus sistemas imperiales en nombre del «desarrollo», entendido como bienestar y crecimiento económico y social de los pueblos colonizados, superando así el concepto de misión civilizadora que había constituido la legitimación del colonialismo desde finales del siglo XIX. La misión civilizadora había reducido África a un continente eminentemente

rural y primitivo, fuera del tiempo y de la historia, poblado por tribus, frente al mundo moderno y urbano de los colonizadores. No sin contradicciones, los colonizadores concibieron su misión en el sentido de hacer «avanzar» a los africanos, pero a través de la etnografía produjeron un aparato de conocimiento que acabó encapsulando a las sociedades africanas en varios grupos étnicos fijos e inmutables con la intención de ordenarlos en conformidad con el dominio colonial. Por otro lado, el colonialismo también desencadenó una serie de procesos de movilidad social que llevaron gradualmente a los africanos que más interactuaban con el contexto económico y social europeo (no por casualidad denominados en términos despectivos «nativos detribalizados») a desafiar la desigualdad y la jerarquía social inherentes al orden colonial y a reclamar la prosperidad y el progreso prometidos por los colonizadores.

Precisamente como consecuencia de una serie generalizada de huelgas y protestas sociales que recorrieron las colonias británicas de África a finales de los años '30, el gobierno de Londres decidió proclamar en 1940 el *Colonial Development and Welfare Act* (Acta de Desarrollo y Bienestar Colonial), que «rompía con la vieja doctrina colonial de que ninguna colonia debía drenar recursos del presupuesto metropolitano» y proponía financiar el «desarrollo» y el bienestar de las colonias con los recursos de la madre patria (Cooper, 2015, p. 22). Así, «durante al menos una década después de 1945, el imperio parecía vital para Gran Bretaña, [... de hecho] hasta mediados de los años '50 el sistema imperial era mucho más importante para Inglaterra de lo que había sido nunca» y a pesar de la independencia de la India en 1947, la colonia más importante de Gran Bretaña, la mayoría de las colonias africanas no lograron la independencia hasta en 1960 (Butler, 2002, p. 190). El plan británico consistía en reformar el imperio para «conservar» su control (Pearce, 1984, p. 80), y no fue hasta finales de los años '50 cuando la progresión de los movimientos nacionalistas y las contradicciones inherentes a las re-

formas aplicadas «obligaron» a Inglaterra a avanzar hacia la liquidación de su sistema imperial (Flint, 1983, p. 411). Gran Bretaña se comprometió entonces en «una estrategia de descolonización coherente y consciente» que iba en la dirección de sustituir gradualmente a las *native authorities* (autoridades indígenas) por organismos electos, entre cuyos pliegues se podría ejercer influencia más allá de la independencia: en esta perspectiva, los principales interlocutores de Londres pasaron a ser los nacionalistas, en lugar de los antiguos jefes y notables.

Siguiendo el ejemplo de lo ocurrido en el contexto británico, el gobierno francés promovió en 1946 la reforma que estableció los *Fonds d'investissement et développement économique et social* (Fondos de inversión y desarrollo económico y social), pasando rápidamente de la idea de asimilación a la de asociación de los pueblos colonizados. Se trataba todavía de actuar a modo de preservación y, de hecho, «el concepto de desarrollo se entendía como un problema técnico que debía ser abordado por personas con conocimientos específicos» que sólo podían proceder de la potencia colonial y, desde luego, no de las propias sociedades africanas colonizadas (Cooper, 2015, p. 29). Así, se pasó del papel central desempeñado por los etnógrafos al principio de la empresa colonial europea en el estudio de las sociedades colonizadas y su posterior (re)construcción a través de las categorías del conocimiento colonial, a lo que se ha descrito como una «segunda ocupación colonial en forma de inyección a gran escala de técnicos y expertos en desarrollo» empeñados en renovar el mecanismo de dependencia entre la madre patria y las colonias bajo nuevas formas (Hargreaves, 1979, p. 41). El paso del primitivismo étnico al desarrollismo, que aún hoy anima los *Development Studies*, sentó las bases para hacer de la cooperación al «desarrollo» la palanca más importante de injerencia política en la nueva perspectiva de la independencia (Hargreaves, 1979, p. 30). Fue en nombre de esta misma «*developmental ideology*» (ideología desarrollista) leída al revés que en la transición a la independencia «las élites que

sucedieron a los gobernantes coloniales exigieron un gobierno fuerte formado por una casta dirigente convencida de sus conocimientos superiores» (Young, 2012, p. 337).

En comparación con la evolución de los sistemas imperiales de Inglaterra y Francia, Italia en la inmediata posguerra se movió en la dirección opuesta, abogando por un retorno a la misión civilizadora del primer colonialismo liberal. Para la nueva clase dirigente de la Italia republicana, si hubo fallos en el fracaso del proyecto colonial de preguerra, éstos debían atribuirse al fascismo y no a la misión civilizadora que Italia quería volver a asumir. El proceso de auto absolución de las responsabilidades del colonialismo formaba parte del renacimiento más general de los hilos de la historia patria que acabaron caracterizando a las italianas y a los italianos como «un pueblo depositario de una gran civilización, compuesto básicamente por gente buena cuyos rasgos esenciales no habían sido manchados por el fascismo ni siquiera por sus guerras de agresión» tanto en Europa como en África (Patriarca, 2010, pp. 217-218). A lo largo de este recorrido interpretativo de la historia más reciente, se perfiló una de las narrativas más consolidadas sobre la bondad de los italianos y su colonialismo, a saber, la separación y diferenciación completamente capciosa y artificial entre el colonialismo fascista «malo» y el colonialismo liberal «bueno». En el Parlamento se produjo una amplia convergencia entre las diversas fuerzas políticas de la República en torno a la legitimidad de las reivindicaciones italianas sobre las antiguas colonias, hasta el punto de adquirir un significado simbólico de patria e «italianidad» en la perspectiva nada desdeñable de la reconstrucción más general de la nación italiana (así como de la propia Italia). Las consideraciones de política exterior sobre la «grandeza» de Italia y el fracaso en la depuración de la administración del estado pesaron mucho: prevaleció una concepción del «estado administrativo» que «favoreció la potenciación del aspecto administrativo sobre el político y [así] el papel de las burocracias se mantuvo fuerte durante mucho tiempo»

(Pombeni, 2017, p. 79). En este sentido, el caso italiano puede compararse en muchos aspectos con el del colonialismo alemán y su fin tras la Gran Guerra, tanto por el llamamiento del Parlamento alemán de Weimar el 1 de marzo de 1919 a la «restauración de los derechos coloniales alemanes» como por la consiguiente narrativa de un «colonialismo benévolo» que aspiraba con razón a volver a África (Conrad, 2012, p. 86).

Con el objetivo de que Italia volviera a África, empezó a funcionar un lobby colonialista capaz de movilizar a políticos, funcionarios coloniales, académicos y expertos en diversas capacidades sobre África, colonos, concesionarios y empresarios que aún residían o tenían intereses significativos en el continente. Tirando de los hilos de este abigarrado lobby colonialista estaba sin duda el Ministero dell’Africa Italiana (MAI), reconstituido en el Palacio de la Consulta de Roma a partir del 15 de julio de 1944, con un papel de conexión institucional y de dirección de la acción política y diplomática en favor de la recuperación de las posesiones africanas. La actividad del MAI se llevó a cabo en estrecha coordinación con el Ministero degli Affari Esteri (Ministerio de Asuntos Exteriores) (MAE) y con otra serie de instituciones de la galaxia colonial, como el Centro di studi coloniali (Centro de estudios coloniales) de Florencia, la Società geografica africana d’Italia (Sociedad geográfica africana de Italia), el Istituto di studi orientali (Instituto de estudios orientales), el Istituto per l’Oriente (Instituto para el Oriente), la Società africana d’Italia (Sociedad africana de Italia) y el Istituto coloniale (Instituto colonial) que a partir de 1956 se volvió en Istituto italo-africano (Instituto ítalo-africano), todos financiados a través del MAI.

Los planes italianos chocaron en África con el rápido crecimiento de los movimientos nacionalistas. La abolición por la British Military Administration (Administración Militar Británica) (BMA) de las normas segregacionistas más restrictivas de la época fascista provocó una oleada de liberación en las sociedades colonizadas con el nacimiento de las primeras asociaciones, cuando no

realmente partidos políticos, que en los planes británicos iban a ser los nuevos intermediarios de su política. El sistema de fideicomiso de las Naciones Unidas estaba llamado a ser el instrumento institucional más adecuado para garantizar la continuidad del régimen colonial, como lo había sido el sistema de mandatos internacionales de la Sociedad de Naciones al final de la Primera Guerra Mundial (Morone, 2006, pp. 45-64). El proyecto italiano era anticuado en comparación con el británico, porque planteaba una restauración del orden colonial incluso sobre el modelo de principios del siglo XX. No es una coincidencia que el entendimiento que Italia buscó con sus antiguos súbditos se dirigiera principalmente a buscar el apoyo de los grupos más conservadores de aquellas sociedades que habían transitado bajo el dominio italiano. En última instancia, el colonialismo no terminó en la guerra: no sólo la Italia republicana llevó a cabo una política encaminada a afirmar un dominio directo y puramente colonial en África, sino que las instituciones coloniales específicas que desplegaron sus acciones tanto en Italia como en África también siguieron funcionando en este contexto. A partir de estos dos elementos, se puede afirmar el carácter colonial, en el nivel político e institucional, de la nueva Italia republicana después de la Segunda Guerra Mundial.

1.2 Hacia una política poscolonial

En comparación con la historia a largo plazo del dominio italiano en África, la Segunda Guerra Mundial acabó con la relación especial entre Inglaterra e Italia que, a finales del siglo XIX, vio a Londres apoyar activamente la expansión italiana hasta el punto de poner su red diplomática y militar a disposición de Roma. La adquisición italiana de la bahía de Assab en 1882 y la ocupación del puerto de Massawa en 1885, en la costa del Mar Rojo en la actual Eritrea, se realizaron gracias al apoyo británico, que en el

caso de Massawa se concretó en un condominio ítalo-egipcio, consciente de que desde 1882 Egipto se había convertido de facto en una colonia británica. Por último, la cesión de los puertos de la región del Banaadir, en la costa del océano Índico, por parte del sultán de Zanzíbar a Italia se negoció en 1892 gracias a los buenos oficios británicos. Gran Bretaña siempre vio con agrado la expansión de una pequeña potencia como Italia en el Cuerno de África, que no constituía una prioridad estratégica para Londres y donde, sin embargo, seguía siendo importante evitar la expansión de una gran potencia competidora como Francia o Alemania. La Segunda Guerra Mundial había transformado, por tanto, dos colonialismos complementarios, como habían sido el británico y el italiano, en rivales: quizás fue precisamente este aspecto a largo plazo el que se le escapó a la diplomacia italiana al cuestionar la obstinación británica, especialmente del Colonial Office (Oficina Colonial), en seguir manteniendo una posición adversa hacia Italia incluso después del final de la guerra y de la firma del Tratado de Paz. Tanto en Londres como en Roma, el asunto de las antiguas colonias italianas se interpretó principalmente como una cuestión interna en la relación entre Italia e Inglaterra.

Los dirigentes de ambos países creían haber llegado a una solución definitiva para las antiguas colonias mediante un entendimiento bilateral secreto, el Compromiso Bevin-Sforza, firmado el 6 de mayo de 1949, no por casualidad tras la victoria del partido pro-estadounidense de la Democrazia Cristiana (Democracia Cristiana) en las elecciones italianas de abril de 1948 y la adhesión de Italia a la Organización del Tratado del Atlántico Norte (OTAN) en 1949. De hecho, ambos pasos tuvieron el valor de una elección de campo de Italia a la que Gran Bretaña y Estados Unidos siempre habían subordinado cualquier posible satisfacción en el ámbito colonial (Calchi Novati, 1996, pp. 192-193). El Compromiso esbozaba una partición puramente colonial de las posesiones italianas que, de hecho, no tenía en cuenta las demandas de las poblaciones de las antiguas colonias. En el

caso de Libia, se planteaba dividir el territorio entre un fideicomiso británico en Cirenaica, uno italiano en Tripolitania y uno francés en Fezán. También en el caso de Eritrea se planteaba la división entre la región del altiplano, anexionada a Etiopía, y la de las tierras bajas, incorporada al Sudán británico; para las ciudades de Asmara y Massawa, en cambio, se contemplaba un estatuto especial con el fin de proteger los intereses y las especificidades de las comunidades italianas que aún residían allí. Por último, Somalia volvía a Italia en régimen de fideicomiso. En definitiva, el Compromiso representaba una solución para los diferentes y opuestos proyectos coloniales europeos sobre las antiguas colonias italianas y, desde luego, no una solución para las demandas de independencia de los movimientos nacionales.

El punto de inflexión en el complejo asunto de las antiguas colonias italianas se alcanzó el 18 de mayo de 1949, cuando la Asamblea General de la ONU no aprobó el Compromiso Bevin-Sforza. Lo que hizo que la Asamblea General careciera de quórum fue concretamente el voto del representante de Haití, precisamente uno de los «países amigos» del grupo latinoamericano que debería haber apoyado las posiciones italianas. Sin embargo, en términos más generales, las causas de la negativa debían atribuirse a un sistema internacional en rápida evolución, en el que cada vez contaba más el papel desempeñado por los nuevos países independientes y la influencia indirecta de las dos superpotencias. Al fracasar el último intento de mantener las antiguas colonias bajo dominio colonial, Italia y Gran Bretaña se declararon dispuestas a apoyar su independencia. El ministro de Asuntos Exteriores Carlo Sforza acudió al Comité Político de las Naciones Unidas el 1 de octubre de 1949 afirmando, por primera vez desde el final de la guerra, que Italia estaba comprometida con la independencia inmediata de Libia y Eritrea y, tras una preparación adecuada, con la de Somalia. En comparación con las reivindicaciones coloniales de unos años antes, se trataba de un auténtico salto mortal diplomático que seguía persiguiendo «una línea

de fondo táctica» en la creencia de que la influencia debía ejercerse ahora a través de (y no en contra de) la independencia de las colonias (Calchi Novati, 1991, p. 533).

El mandato de 30 años que se había solicitado sobre Somalia se reformuló con el objetivo de contribuir al desarrollo del país con vistas a lograr la independencia en el plazo de una década. Pocos meses antes del final del mandato internacional y de la independencia de Somalia, Estados Unidos invitó a los italianos a asumir plenamente sus responsabilidades porque, como informó el embajador italiano en Washington, «cuanto mayor fuera nuestro control sobre la economía somalí, más medios tendríamos para resistir las presiones de Mogadiscio» hacia una política autónoma y potencialmente abierta al bloque soviético; por lo tanto, en Somalia «era necesario conservar, tanto frente al nuevo estado como frente a los aliados, toda nuestra influencia»¹. La labor de Italia debía testimoniar entonces su nuevo compromiso con las independencias de los países africanos en general, no sólo de Somalia.

El oportunismo del giro político de Italia prefiguró el paso de una política destinada a recuperar el dominio directo a otra encaminada a buscar una influencia indirecta, dejando a los movimientos nacionalistas la duda más que justificada de que fuera cualquier cosa menos auténtica. Italia trató de presentarse como un interlocutor privilegiado de los nuevos estados independientes del Cuerno de África y de los países árabes en el marco de la Alianza Atlántica, pivotando sobre los créditos acumulados gracias a su nueva política en favor de la independencia de los países africanos. Sin embargo, estos créditos corrían el riesgo de ser exigüos y no del todo prescindibles debido precisamente a los años perdidos en la renovada política colonial tras la Segunda Guerra

¹ Archivo Storico Diplomatico del Ministero degli Affari Esteri (ASDMAE), Affari Politici (AP), Ufficio (Uf.) III, 1951-52, c. (carpeta) 247, e. (expediente) 840, carta de Brosio al Ministerio de Asuntos Exteriores, 19 de febrero de 1960. Manlio Brosio fue embajador de Italia en Washington.

Mundial y a la falta de una condena clara del pasado colonial. El banco de pruebas de esta nueva política fue el experimento del Fideicomiso de Somalia.

Si el colonialismo europeo entre los siglos XIX y XX se definió ante todo en términos de ocupación y ejercicio directo de la dominación –incluso en los casos de los protectorados que guardaban más las formas que la sustancia del poder precolonial– sólo la independencia de los estados africanos abrió el camino a la descolonización y, en perspectiva, al fin del colonialismo. Así pues, 1949 fue el verdadero punto de inflexión histórico, sobre todo si se hace el esfuerzo de no aplastar todo el análisis en el lado italiano de la historia y considerar la historia del colonialismo como parte de la historia de África. De acuerdo con Nicola Labanca (2007a), el colonialismo italiano tuvo «diferentes finales, diferentes procesos de descolonización» (p. 434) según la antigua colonia que se considere, como también se puede decir algo muy parecido de la mayoría de las colonias en África. Sin embargo, hay que destacar que estos diferentes procesos de descolonización descienden todos del punto de inflexión de 1949. Además, si 1882 fue el «año de nacimiento del colonialismo italiano», cuando el Reino de Italia adquirió la concesión de Assab a la naviera genovesa Rubattino y tomó posesión de un pequeño puesto de avanzada dentro de lo que se convirtió en el espacio colonial italiano durante las décadas siguientes (Calchi Novati, 2011a, p. 386), entonces el fin del colonialismo sólo llegó cuando se liquidó la última administración directa de Italia en África con la independencia de Somalia en 1960. En pocas palabras, el colonialismo italiano comenzó en 1882 a orillas del Mar Rojo y terminó en 1960 en Somalia, a orillas del Océano Índico.

Desde la perspectiva de la «última colonia» somalí, la parábola del dominio italiano en África traza así un arco cronológico completamente coherente con el final de la mayoría de los demás colonialismos europeos (Morone, 2011a). En 1960, que pasó a la historia como el «año de África», hasta 17 países africanos se

independizaron y la Asamblea General de la ONU aprobó, el 14 de diciembre, la famosa Resolución 1514 a favor de la autodeterminación de los países y pueblos colonizados. Desde 1949, la Italia republicana se vio así implicada en tres procesos diferentes de descolonización, dos muy rápidos y uno más largo gestionado directamente por Italia. Precisamente el caso somalí revela cómo la transición a la independencia no fue en absoluto un proceso unívoco, sino que pasó por la progresiva afirmación de lo nuevo sobre las muchas pegas y resistencias de la antigua política colonial y sus instituciones. En conclusión, el final del colonialismo en Libia y en el Cuerno de África se caracterizó por una competición entre diferentes proyectos coloniales y, desde luego, no por una rápida «retirada» del dominio europeo.

1.3 Herencias Coloniales

Desde la perspectiva de la historia de África, la transición de Libia hacia la independencia y el reconocimiento de la autonomía de Eritrea dentro de la federación con Etiopía se produjeron antes de 1960, el año de África. Las diferentes cronologías libia y eritrea también se combinaron con un desenlace diferente de la liquidación del sistema colonial. Tanto la monarquía libia como la federación etíope-eritrea nacieron como estados independientes con una élite gobernante compuesta esencialmente por líderes de la era colonial o precolonial. Los denominados de forma muy general «jefes» dentro de la administración colonial tenían en realidad una fisonomía social y política muy variada: a veces se trataba de antiguos líderes incorporados al nuevo sistema de gestión colonial; en otros casos eran figuras antagónicas a las estructuras de poder establecidas a las que se apoyaban porque estaban mejor dispuestas a intermediar con el poder colonial; finalmente, otros jefes fueron inventados ad hoc y entronizados dentro de sociedades que no conocían figuras de este tipo.

La expansión del nacionalismo en África colocó a los antiguos líderes coloniales en una posición controvertida y objetivamente difícil. Las nuevas élites nacionalistas lucharon por la independencia, apostando por una movilización de carácter nacional frente a las identidades localistas que constituían el marco social de referencia de sus adversarios políticos:

«Los partidarios de una región o de una comunidad o de una monarquía entretanto integrada en una colonia o protectorado pasaban automáticamente por separatistas o secesionistas y eran proscritos [... mediante] una reinención de sí mismos en un intento de compensar los engaños de la invención de otros» (Calchi Novati, 1995a, pp. 76-77).

En el caso del sistema británico, el reconocimiento de cierta esfera de autonomía de gestión a las *native authorities* (autoridades indígenas) no sólo administrativa sino también política, fue decisivo para preservar su legitimidad política, aunque residual, y cierto prestigio social. Sin embargo, a partir de la segunda posguerra, fue precisamente en la relación con los nacionalistas donde creció la oposición a un orden colonial con el que esas mismas autoridades estaban profundamente implicadas. Con algunas diferencias, en los sistemas francés, belga e italiano, los jefes eran figuras eminentemente administrativas y, al aplicar las órdenes de los funcionarios europeos, acabaron en gran medida desacreditados a los ojos de sus propias sociedades. En cualquier caso, la figura del jefe, del dirigente africano incorporado a la administración colonial, había sufrido una transformación significativa, siendo intrínsecamente diferente de la de los jefes precoloniales, a pesar de todas las diferencias entre los distintos sistemas de administración colonial. Por este motivo, la alusión a una oposición entre lo moderno y lo tradicional referida respectivamente a los partidos nacionalistas y a los jefes incorporados en la administración colonial corre el riesgo de ser demasiado simplista: los antiguos jefes y los jóvenes nacionalistas pertenecían a la

misma sociedad colonial, aunque procedieran de entornos e historias diferentes. Por tanto, lo «tradicional» no podía ser lo precolonial.

Los nacionalistas luchaban por «el derecho de autodeterminación» y la creación de una unidad política «independiente o al menos fuertemente autónoma», mientras que los jefes aspiraban más bien a una progresión del sistema colonial que les garantizara «la autoconservación y una mejora social y económica» desde la perspectiva de aquellos grupos étnicos en los que el conocimiento colonial les había confinado y en parte (re)construido. En estos términos se puede interpretar la brecha entre una agenda nacional y una étnica (Young, 2012, pp. 330-331), aunque la opción conservadora no implicara automáticamente una postura contraria a la independencia. De hecho, no faltaron casos de dirigentes que, según iba avanzando la descolonización, lucharon activamente por lograrla. En este caso, la discrepancia con los nacionalistas radicaba en el contenido de la independencia. Los nacionalistas aspiraban a una independencia progresista, si no revolucionaria, que desafiara los mecanismos políticos y sociales del pasado régimen colonial, mientras que los jefes aspiraban a una independencia conservadora que garantizara en cualquier caso sus posiciones de poder. Este contraste entre conservadores y progresistas también se caracterizó en términos de antagonismo generacional entre el conservadurismo social de los antiguos intermediarios y la nueva visión progresista de los jóvenes nacionalistas.

Si observamos el continente africano, a menudo fueron los nacionalistas quienes se impusieron sobre los jefes y notables, exponentes del orden conservador que el propio proyecto nacional pretendía revolucionar. Los líderes de los nuevos estados africanos procedían de aquellas élites de *évolués* que se habían formado, educado y fortalecido en su interacción con los colonizadores, asimilando progresivamente rasgos de su cultura, sociedad y conocimientos modernos. Se trataba de gente nueva, que en mu-

chos casos también habían desempeñado el papel de intermediarios del poder colonial, pero en posiciones diferentes a las de los viejos líderes precoloniales, cooptados en la administración de las potencias europeas o entronizados directamente por las propias potencias coloniales.

En su mayor parte, la historia de los antiguos jefes y notables coloniales puede considerarse entonces la historia de los vencidos. Hubo algunas excepciones, entre las que destacan los casos de Idris al-Sanusi y Haile Selassie. En Libia y en la federación entre Etiopía y Eritrea, no fueron los nacionalistas quienes encabezaron los estados independientes, sino los antiguos líderes que habían luchado contra el colonialismo o habían sido sus intermediarios, o ambas cosas, y que se adaptaron con éxito al nuevo contexto poscolonial. Somalia, por su parte, cayó dentro de la tipología más general y «normal» de las descolonizaciones, que vieron a los nacionalistas apoderarse del estado independiente. De hecho, Italia volvió a Somalia y preparó una transición hacia la independencia en diálogo con los nacionalistas somalíes. Los diez años de Fideicomiso de Somalia representaron la única descolonización real gestionada de forma autónoma por Italia, más allá de las apuestas más bien laxas impuestas por el Consejo de Tutela de las Naciones Unidas.

Así pues, resulta evidente que, en el caso somalí, la década de 1940 fue un paréntesis de dominio colonial de otra potencia, Gran Bretaña, dentro de una historia más larga de dominio italiano, que terminó con la independencia de Somalia el 1 de julio de 1960 (Morone, 2011a). La independencia de Libia y la federación entre Eritrea y Etiopía, en un momento de la historia en el que las grandes y pequeñas potencias coloniales aún no habían renunciado a la idea del imperio, fomentaron una convergencia impropia entre las viejas élites conservadoras y los planes de influencia indirecta de las antiguas potencias coloniales. El resultado fue la derrota de los nacionalistas, que tuvieron luego su re-

vancha con la Revolución de Mu'ammad al-Qadhdhafi en 1969 en Libia y la Revolución del Derg en 1974 en Etiopía.

La renovada política colonial de la Italia republicana en el contexto de los acontecimientos diplomáticos que giraron en torno a la liquidación de las antiguas colonias ha sido ampliamente reconstruida, representando una de las primeras vertientes de investigación sobre el tema específico del fin del colonialismo italiano (Rossi, 1980). La investigación historiográfica se centró entonces en el estudio de la dinámica política que llevó a la Italia posfascista a abrazar esa política y el enfrentamiento con los diversos movimientos nacionalistas en las antiguas colonias (Del Boca, 1984, 2010b; Labanca, 2007a; Andall y Duncan, 2005; Calchi Novati, 2011a; Deplano y Pes, 2014). En cambio, se ha dedicado menos atención a investigar el lado opuesto del conflicto entre colonizadores y nacionalistas, es decir, las convergencias entre la política italiana y los notables africanos que en el período anterior a la guerra habían sido intermediarios de la potencia colonial y, luego, en el nuevo marco político de los años '40, habían compartido la perspectiva del retorno de Italia a África. Las páginas que siguen investigan, por tanto, la dinámica sobre el terreno, en África, de la acción colonial italiana desde la perspectiva de los intermediarios del colonialismo y de los nacionalistas africanos.

2. El caso de Libia: nuevos y antiguos intermediarios entre interferencias externas e impulsos nacionalistas

En el juego por las antiguas colonias, Libia y en particular Tripolitania eran las principales apuestas de Italia si se tiene en cuenta que, en el acuerdo alcanzado con Inglaterra en 1949, Italia había renunciado a Eritrea para mantener un pie en Tripolitania, mientras que Somalia era fácil de obtener porque era «una zona sin gran importancia estratégica» para Inglaterra y Estados Unidos². El interés de Italia no se centraba en toda Libia, sino precisamente en Tripolitania, la región más poblada del país, donde también se habían concentrado los mayores intereses durante el periodo colonial. En la posguerra, además, Tripolitania albergaba a la inmensa mayoría de los italianos de Libia, mientras que, en el este del país, tras la evacuación de Cirenaica durante el avance aliado, quedaban poco más de medio centenar de italianos (Del Boca, 2010a, p.346), en su mayoría religiosos. En Fezán, en cambio, la presencia italiana era muy limitada. Según el informe elaborado por la primera misión enviada por el MAI a Libia en octubre de 1946, constituida por Fabrizio Pediconi y Gaetano Chapron, los 44.000 italianos que aún residían en Libia se describían sólo «superficialmente» vinculados a la lógica del antiguo régimen: «En esencia, nadie pensaba ya en la posibilidad del retorno del antiguo régimen y todos miraban al nuevo gobierno de Italia con desconfianza [...], pero no por ello con menos devoción»³. Según

² Department of State Bulletin, 17 de abril de 1949, p. 485. En Yohannes, (1997), p. 203.

³ ASDMAE, AP, Uf. III, 1951-52, c. 742, informe de Chapron, ottobre 1946.

los funcionarios, era más bien la falta de noticias, periódicos, nuevas ideas y la ausencia total de un proceso de «defascistización» lo que impedía a muchos italianos en Libia revisar sus ideas, con el resultado de que esta «apariencia fascista era explotada por los británicos, que seguían justificando bajo este pretexto cierto rigor en la administración de Tripolitania»⁴. De hecho, toda la labor de la BMA parecía encaminada a «disminuir el prestigio de los italianos frente a los árabes», a «dificultar económicamente la vida de la comunidad italiana» para inducirla a abandonar el país y, por último, a «excluir a los italianos de todas las formas de vida política, para que se consideraran extraños a la vida del país»⁵.

En la inmediata posguerra, los británicos habían disuelto las administraciones municipales en Libia (a diferencia de Somalia y Eritrea) y la Policía Africana Italiana, rebajando considerablemente los sueldos de los funcionarios italianos que permanecían en el cargo. Los funcionarios más estrechamente vinculados al antiguo régimen fueron destituidos y, en algunos casos, encarcelados para ser sustituidos por libios, de modo que la administración británica se convirtió en un auténtico caldo de cultivo para un proceso de emancipación social y política de los antiguos súbditos. Los funcionarios de la administración civil y los gendarmes de la policía se encontraban entre los principales partidarios del nacionalismo no sólo en Libia, sino también en Somalia y Eritrea, donde la BMA había aplicado políticas de reclutamiento similares. Observando el lado italiano, del informe de los funcionarios resulta que el fascismo de los italianos en Libia también se percibía como un problema para Roma, tanto como lo era para la dirección de la BMA, pero por razones diferentes. Italia se disponía a restablecer relaciones con sus antiguos intermediarios en nombre de la misión civilizadora de la época liberal y habiendo dejado atrás el fascismo.

⁴ Ibid.

⁵ Ibid.

En este contexto, la abierta militancia fascista se convirtió en un problema precisamente entre los italianos que, aún en las colonias, estaban llamados a apoyar la renovada política colonial y a participar activamente en ella, tanto en sus relaciones con sus antiguos súbditos como formando una base representativa de la comunidad que más tarde, en octubre de 1947, tomó el nombre de *Comitato rappresentativo degli italiani* (Comité Representativo de los Italianos) (CRI). El Comité había sido fuertemente deseado en vista de la llegada a Libia de la *Four Power Commission* (Comisión de las Cuatro Potencias) (FPC), que tenía la tarea de investigar la situación política de las antiguas colonias y formular unas recomendaciones para una nueva ronda de discusiones entre las potencias vencedoras, la última disponible antes de que terminara el año previsto por el Tratado de Paz de 1947. A falta de acuerdo, todo el dossier colonial hubiera pasado a las Naciones Unidas. En cambio, un pequeño grupo de italianos adoptó una postura diferente, apoyando, de forma similar a lo que estaba ocurriendo en Asmara y Mogadiscio, la independencia y la soberanía de la antigua colonia con la constitución de la *Associazione Politica per il Progresso della Libia* (Asociación Política para el Progreso de Libia) (APPL), fundada por el socialista Enrico Cibelli. Bajo el lema «Libia para los libios», Cibelli reunió un «buen número» de consensos también entre los libios (Loschi, 2011).

Al final de la Segunda Guerra Mundial, la comunidad italiana no fue objeto de violencia por parte de los libios, a diferencia de la comunidad judía, pero la tolerancia hacia los antiguos colonizadores no se debe confundir con una falta de fermento político en vista de los debates internacionales sobre el futuro del país. La vuelta a Libia de los exiliados políticos que, durante la ocupación colonial, habían encontrado refugio en el Oriente y el Occidente árabes, provocó una rápida progresión de las protestas nacionalistas y anti italianas en un marco económico general que se deterioró rápidamente a partir de 1947. Por otra parte, no cabe duda de que no se puede simplificar la relación entre libios

e italianos con la existente entre nacionalistas y colonialistas. No faltaron casos en los que los libios acabaron «pagando en persona el apoyo prestado a los italianos en el pasado: muchos, incluso de la clase alta, acabaron en campos de concentración en compañía de los fascistas acérrimos y permanecieron allí durante todo el periodo bélico» (Del Boca, 2010a, p. 330).

En Roma, los primeros planes para reanudar los contactos con los libios llegaron a través de Suleiman al-Qaramanli, a quien el propio Alcide De Gasperi había pedido que apoyara la causa italiana en Trípoli poco antes de su vuelta a Libia. El notable libio descendía de la dinastía de origen turco que había gobernado Trípoli de 1711 a 1835, antes de la segunda ocupación otomana. Durante el periodo colonial, su padre, Hassuna al-Qaramanli, había sido uno de los primeros interlocutores del poder italiano y más tarde se había convertido en alcalde de Trípoli, demostrando ser «uno de los más conocidos colaboradores de los italianos» junto con la familia Muntasir de Misurata, la otra gran ciudad de la costa tripolitana (Anderson, 1986a, p. 126). Pocos días después de su llegada a Trípoli, el 1 de octubre de 1945, Suleiman murió de una grave meningitis: algunos dudaron de que se tratara de un asesinato orquestado por los británicos para allanar el camino a su influencia política. En cualquier caso, aproximadamente un año después, en noviembre de 1946, la acción política italiana había encontrado nuevos intermediarios con los que organizar la propaganda en Tripolitania, que en las cuentas del MAI se estimaba, al menos al principio, en 100 millones de liras (Del Boca, 2010a, p. 362): Taher al-Qaramanli, antiguo oficial del ejército italiano y hermano del difunto Suleimán; Ibrahim bin Sha'ban, un líder de lengua tamazight que había sido encarcelado por los británicos debido a su proximidad a Italia; Ramadan el Gritli, que había dirigido una banda de irregulares libios al servicio de Italia. El interés italiano se dirigió especialmente hacia aquellos funcionarios libios al servicio de la BMA, pero con experiencia previa de servicio en la administración colonial italiana.

Por último, tanto en Libia como en el Cuerno de África, los antiguos *ascari* (del árabe *askar*, soldados africanos al servicio de los ejércitos europeos) fueron identificados como otros intermedarios privilegiados que, gracias a su formación y disciplina militares, no sólo apoyaban a Italia, sino que podían dar lugar rápidamente a formas de asociación que tomaban como punto de partida su formación militar. Los mayores esfuerzos para crear la *Associazione degli Ascari* (Asociación de Ascari), que en 1949 contaba con unos 20.000 adherentes⁶, fueron realizados por el suboficial Abdusalam Sellabi gracias a «la discreta ayuda italiana y a pesar de los obstáculos de las autoridades» británicas⁷. En cambio, los intentos de crear una asociación de este tipo por parte del comandante Khalifa Khaled, que había recibido un millón de liras para este fin, resultaron infructuosos (Del Boca, 2010a, p. 363).

Por parte de algunos libios existía, por tanto, una voluntad sustancial de renovar la relación con Italia y su dominio colonial. El 24 de enero de 1946, según un documento publicado por Angelo Del Boca (2010a), algunos notables de Trípoli, cuyos nombres no se mencionan, escribieron a De Gasperi para sugerir que Italia se comprometiera «con la autonomía y la libertad [de Libia]: que se diga que las provincias libias son provincias de Italia legalmente reconocidas por todas las naciones y que sus habitantes son considerados ciudadanos italianos y gozarán de los mismos derechos y beneficios que los ciudadanos nacionales metropolitanos; que se diga que Italia seguirá su obra de reconstrucción y elevación espiritual e intelectual de estas poblaciones y de valorización de los territorios; que se diga que Italia dará libertad e independencia a estas poblaciones [...] y que se permita la destitución de todos aquellos funcionarios comprometidos por sus ideas fascistas» (Del Boca, 2010a, p. 335). Si para Angelo Del

⁶ ASDMAE, AP, Uf. III, 1946-50, c. 52, nota para el MAI, 26 de septiembre de 1949.

⁷ ASDMAE, AP, Uf. III, 1946-50, c. 52, nota del Servicio de Inteligencia Militar, 12 de noviembre de 1949.

Boca (2010a) se trataba de una petición que revelaba «incertidumbre y confusión» (p. 335), en realidad, al igual que otras élites de África, estos notables libios aspiraban a una mayor y diferente participación o integración en el sistema colonial, no necesariamente a la independencia nacional.

Al contrario, los nacionalistas libios reivindicaban la independencia y la unidad del país, rechazando la hipótesis de una continuación del dominio extranjero y, más aún, la posible partición de Libia entre varios dominios extranjeros. Al-Hizb al-watani (Partido Nacional) nació en secreto en Trípoli en 1945 de la mano de Ahmad Faqih Hasan, uno de los principales poetas e intelectuales libios de aquellos años, especialmente activo en la conexión política y cultural con la diáspora libia en Egipto y Siria a lo largo de la década de 1930. En 1946, Mustafa Mizran fue elegido líder del partido. Tras varios años de exilio entre Egipto y Siria, regresó a Trípoli en 1919, donde ocupó varios cargos importantes en la administración colonial en los años '30. Siguiendo una línea más progresista (y nacionalista), en mayo de 1946 Ahmad Faqih Hasan y su hermano Ali fundaron en Trípoli al-Kutla al-wataniyya al-hurra (Bloque Nacional Independiente) con un claro programa republicano. El único movimiento nacionalista que abogó por la unidad y la independencia en el este del país fue al-Nadi 'Umar al-Mukhtar (Club 'Umar al-Mukhtar), fundado en 1942 en El Cairo y trasladado a Bengasi en 1943. Bashir al-Sa'dawi intentó aunar las distintas almas del nacionalismo libio para lograr una solución fuertemente unificada e independentista. Después del exilio en Siria y Egipto, en 1948, ante la llegada de la FPC a Libia, Sa'dawi trasladó a Trípoli las oficinas de al-Hay'at tari Libiya (Comité de Liberación de Libia), fundado el año anterior en El Cairo bajo los auspicios del gobierno egipcio, la Liga Árabe y su secretario 'Abd al-Rahman 'Azzam.

Frente al proyecto de una Libia unitaria e independiente que perseguían los diferentes grupos nacionalistas, se produjo una convergencia impropia de diferentes grupos de notables que arti-

cularon su poder sobre bases locales. Para simplificar, podríamos decir sobre bases regionales, teniendo en cuenta las tres provincias de Tripolitania, Cirenaica y Fezán. En realidad, dentro de cada uno de los diferentes contextos regionales, la articulación del poder de los notables era mucho más compleja en función de las diferentes articulaciones de la sociedad: mientras que en Cirenaica y Fezán los notables eran esencialmente rurales, en Tripolitania eran los notables urbanos de Trípoli y Misurata los que tenían más peso, pero aún en interacción con otros rurales de menor importancia. La legitimidad de estos notables descendía de la historia, del control del comercio transahariano, de la producción agrícola (olivicultura y ganadería ovina en particular) y de las actividades comerciales en los centros urbanos, pero también de la ascendencia «noble», otomana o vinculada a importantes cofradías musulmanas, como la Sanusyia. En la época colonial y en algunos aspectos en la poscolonial, la relación con el islam fue sin duda la principal forma de legitimación, aunque la afirmación social también podía provenir del comercio o de la posesión de otros recursos socialmente importantes. No es de extrañar, pues, que en la década de 1940 se encontrara un punto de síntesis entre las distintas fracciones y almas de los notables libios en la figura de Idris al-Sanusi, *shaykh* (jeque) de la Sanusyia, la cofradía fundada en 1841 por Muhammad ibn 'Alí al-Sanusi en Cirenaica.

La historia de estos notables fue también la historia de su relación con la dominación colonial italiana (y francesa si se desplaza el foco a la zona sahariana de la actual Libia). Ante el reto que suponía la ocupación europea, algunos notables se opusieron a ella, otros la vieron como una oportunidad y otros la sufrieron, de una forma que no fue en absoluto unívoca. Por razones diferentes, los que lucharon contra Italia en un momento dado, en otro estuvieron dispuestos a llegar a un acuerdo con el régimen colonial, y viceversa. La política italiana decidió reanudar las relaciones con los notables considerados de mayor «confianza», aun-

que no siempre o necesariamente resultaran serlo. Los británicos, por su parte, lo habían apostado todo por Idris y los notables vinculados a la Sanusyia en Cirenaica, debido a los antecedentes coloniales y a la contingencia del momento. Los antecedentes estaban representados por la historia de la lucha de la Sanusyia contra el colonialismo italiano, aunque no por la lucha personal de Idris, que se había exiliado en Egipto bajo control británico; la contingencia, en cambio, estaba vinculada tanto a la competencia entre los planes coloniales británicos e italianos como a la voluntad relativamente limitada de los nacionalistas libios de dialogar con Londres. Fue al-Jabha al-wataniyya al-barqawiyya (Frente Nacional Cirenaico), fundado en 1946 en Bengasi, el que apoyó abiertamente un programa cuyo «objetivo principal no era la unidad del país, sino la independencia de Cirenaica» (Baldinetti, 2010, p. 123).

La descolonización de Libia tuvo lugar en un contexto en el que Gran Bretaña había emprendido el camino de la reforma de su imperio en nombre del «desarrollo», pero aún no había madurado el plan de su progresiva liquidación (Young, 2012, p. 97). El hecho de que la independencia de Libia se produjera una década antes de 1960, definido como el año de África, y la incertidumbre del dominio británico en el país no dieron a los ingleses el tiempo ni los medios para preparar, como en otros lugares del continente, una descolonización centrada en los llamados «detransferizados», es decir, los nacionalistas, que se mostraron poco dispuestos a dialogar con Inglaterra.

El liderazgo de Idris había sido defendido en el oeste del país por el al-Jabha al-wataniyya al-muttahida (Frente de Unidad Nacional), fundado en 1946 en Trípoli de la mano de Salim al-Muntasir, expresión de los notables conservadores de la región tanto por el apoyo que recibía entre los «notables y jefes tribales» como por haber servido en la administración italiana (Young, 2012, p. 118). No es sorprendente que la política colonialista de Italia se dirigiera principalmente a atraer a estos notables tripoli-

tanos hacia el proyecto de un fideicomiso italiano sobre Tripolitania. En particular, fue Salim al-Muntasir quien, tras declararse a favor de un fideicomiso británico en 1946, se fue acercando cada vez más a Italia, abandonando el Frente de Unidad Nacional y fundando el partido pro italiano Istiqlal (Independencia) a finales de 1948. La familia Muntasir había desempeñado un papel importante en la facilitación de la ocupación colonial italiana y en las negociaciones con las diversas fuerzas anti italianas de Tripolitania occidental. Además, Salim había conseguido sin duda que la familia siguiera teniendo un papel destacado en la escena política regional: la BMA le había nombrado miembro del *Advisory Council* (Consejo Consultivo) y su Frente contaba con un apoyo estimado por fuentes británicas en torno al 75% de la opinión pública (aunque muy escaso entre los jóvenes) (Young, 2012, p. 119).

La política de Francia fue análoga, *mutatis mudandis*, a la de los británicos: en un marco parecido al de Cirenaica, el gobierno francés había identificado a la familia Saif al-Nasr como su interlocutor privilegiado, una vez más, debido a su pasado de oposición a Italia. Los Saif al-Nasr tenían un historial de buenas relaciones con la Sanusyyia desde antes de la conquista colonial, cuando habían facilitado su expansión hacia el Tibesti. Luego, ante la amenaza colonial, compartieron la lucha contra Italia, refugiándose desde 1930 al otro lado de la frontera, en lo que hoy es Chad, que entonces formaba parte del África Ecuatorial francesa. También Francia había apostado todo por los vencidos del colonialismo italiano para convertirlos en sus contactos privilegiados tras la Segunda Guerra Mundial. La diferencia entre los dos casos, sin embargo, radicaba en el peso político, social y religioso, ciertamente no comparable, entre Ahmed Saif al Nasr e Idris: en esto, Inglaterra obtuvo una gran ventaja no sólo para asegurarse su propia zona de influencia sobre Cirenaica, sino también sobre la futura Libia. Se concretaba así un eje conservador entre Tripolitania, Cirenaica y Fezán, que reunía a los diferentes

grupos de notables locales en sus diversas, aunque similares, relaciones con los planes de influencia colonial europeos. En última instancia, fue Idris, más por su papel religioso que político, quien actuó como punto de síntesis entre las diferentes realidades regionales.

2.1 El 1948 y el proyecto de un Estado asociado

Los resultados de las encuestas realizadas en Libia por la FPC distaban mucho de ser claros, pero entre los datos más destacados se registraba que en el este del país la mayoría de la población estaba a favor de Idris, mientras que en el oeste existía «una oposición generalizada a la restauración de una administración italiana»⁸. Sobre todo, se consideraba que la situación del país en su conjunto no era «lo suficientemente madura política y culturalmente como para gobernarse a sí mismo»⁹. El apoyo de que gozaba Idris había sido reconocido por la FPC gracias también a la decisión del propio Idris de disolver todos los partidos políticos el 7 de diciembre de 1947, con la esperanza de que todas las actividades políticas quedaran en adelante bajo la tutela de un nuevo organismo, el Congreso Nacional, creado en enero de 1948 por leales al líder de la Sanusyyia (Del Boca, 2010a, p. 358).

El veredicto sobre Tripolitania puso sin duda de manifiesto los escasos resultados de la propaganda colonialista italiana, hasta el punto de que muy probablemente fue este escaso resultado el que indujo al MAI a promover una nueva campaña, más articulada y encaminada a la formación de una verdadera entidad política, el Istiqlal, más allá del apoyo a un puñado de notables. Evidentemente, volvió el tema de la inmadurez del colonizado, que

⁸ *Commission d'enquête pour les anciennes colonies italiennes*, v. 2, *Rapport sur la Libye* (1948). Londres, 73, 79.

⁹ *Ibid.*

fue un leitmotiv a lo largo de la historia del colonialismo europeo para justificar el sometimiento de los «otros», en este caso los africanos, racialmente diversos, cultural y políticamente inmaduros y económicamente subdesarrollados, todos ellos pertenecientes a una «*child race*» («raza infantil»), caracterizada por individuos que nunca «crecen» (Fyfe, 1992, p. 22). El carácter contradictorio del discurso se manifestaba en el hecho de que la misión civilizadora de las potencias europeas dictaba que la diversidad e inmadurez de los súbditos fuera recuperable y superable, pero era evidente que, aún en un contexto de descolonización como en la Libia de los '40, la mayor preocupación se centraba en las carencias de los colonizados y no en su progreso. Sin duda, el veredicto de la FPC fue decisivo en el nuevo aplazamiento de la decisión sobre la cuestión de las antiguas colonias y ello benefició, o al menos en aquel momento se creyó que beneficiaría, a Italia, que tuvo más tiempo para ampliar sus contactos con los referentes políticos en Trípoli y volver a jugar la carta de su retorno, al menos al oeste del país.

La entrega del dossier sobre las antiguas colonias a las Naciones Unidas en septiembre de 1948 correspondió a un nuevo esfuerzo italiano, más articulado, por ganar influencia en Libia y en el Cuerno de África. El proyecto de un partido pro italiano, que podría estructurar mejor las relaciones con los notables tripolitanos, se combinó con el de la constitución de un estado autónomo en Tripolitania, asociado a Italia, recogiendo prácticamente la invitación hecha a De Gasperi en 1946 por los propios notables. Italia se comprometió a «ayudar a Tripolitania a dotarse de una organización estatal [mediante] una Constitución acordada con el Gobierno italiano y aprobada por las Naciones Unidas, y sus relaciones con Italia estarán reguladas por un Tratado de Cooperación»¹⁰. El tratado en cuestión se concibió como el instru-

¹⁰ ASDMAE, AP, Uf. III, 1946-50, c. 52, nota para Brusasca sin fecha (s.f.), adjunta a carta de Valenti a Moreno, 3 de febrero de 1949. Mario Martino Moreno era director general de Asuntos Políticos en el MAI.

mento político y jurídico que debía garantizar «el control del Estado» en Tripolitania por parte de Italia a través de «un representante italiano al lado del Presidente de la República»; Italia también asumiría la defensa y la política exterior del nuevo estado¹¹.

Evidentemente, en el proyecto se pedían «algunas sugerencias de los elementos locales para tenerlas en cuenta en la redacción del texto final del acuerdo» y precisamente por eso se pedía a Londres comprensión y, en esencia, que aflojara los controles sobre las actividades políticas llevadas a cabo por Italia en Libia¹². Del marco del proyecto, de su contenido e incluso de la forma de su relación con los libios se desprendía claramente que la idea de una «asociación» entre Italia y la antigua colonia, siguiendo el modelo de las reformas emprendidas en el imperio colonial francés tras la Conferencia de Brazzaville de 1944, negaba en realidad la independencia de Libia mediante la «protección muy sustancial» de Italia, al igual que se negaba el principio de la unidad de Libia. Por esta razón, la oposición de los nacionalistas libios resultaba obvia (Rossi, 1980, p. 376).

En términos más generales, era precisamente el sistema jurídico del nuevo estado, que se consideraba en estrecha continuidad con el colonial, lo que constituía una garantía de poder e influencia para Italia: «Ni siquiera es necesaria una legislación completamente nueva porque los libios ya están acostumbrados a regular sus relaciones civiles (excepto el derecho de familia) y comerciales de acuerdo con la ley italiana»¹³. En el proyecto de constitución del estado italoárabe imaginado en Roma, la forma

¹¹ ASDMAE, AP, Uf. III, 1946-50, c. 52, notas para el Dr. Pagnutti, s.f. Lucio Pagnutti había servido en los años '30 en Eritrea y luego en Cirenaica y Tripolitania. Tras un año y medio de cautiverio en Egipto, desempeñó un papel clave en la reorganización de Asuntos Políticos en el reconstituido MAI.

¹² ASDMAE, AP, Uf. III, 1946-50, c. 52, carta de Moreno al MAI, s.f.

¹³ ASDMAE, AP, Uf. III, 1946-50, c. 52, acta de la reunión del MAI, 11 de marzo de 1949.

de estado era la república, ya que se consideraba que no existía «ninguna familia que gozara de un prestigio tan indiscutible como para constituir una dinastía» o, en todo caso, ninguna figura comparable a la de Idris en Cirenaica¹⁴. La forma de gobierno era, en cambio, parlamentaria bicameral, donde la cámara baja debía estar compuesta por representantes elegidos por el sistema de colegio uninominal, «más fácilmente comprensible para las poblaciones que ejercían el sufragio por primera vez», mientras que la cámara alta debía ser nombrada por el presidente de la República y estar compuesta por notables tanto libios como italianos¹⁵.

Así pues, la influencia italiana fue doble: pasó por la transferencia del modelo político-institucional y luego pivotó sobre la comunidad italiana y algunos de sus miembros elegidos o designados. No fue casualidad que, por lo que respecta a la ciudadanía del nuevo estado, se asumiera como fecha de referencia el 1 de junio de 1940, fecha de la entrada de Italia en la guerra, de modo que todos los italianos procedentes de Libia, incluso los que habían regresado a Italia, pudieran acceder a la nueva ciudadanía y, eventualmente, regresar al país¹⁶, sujetos al compromiso de no «enviar a otros emigrantes», totalmente nuevo con respecto a los italianos procedentes de Libia¹⁷.

En los debates de alto nivel celebrados en el MAI, se consideró que el sistema bicameral respondía «a las necesidades de un país en el que existe un elemento claramente modernista, formado principalmente por jóvenes, y un elemento tradicionalista, aristocrático y conservador que también goza de amplio prestigio y cuyo consenso no puede subestimarse»¹⁸. En la relación con

¹⁴ Ibid.

¹⁵ Ibid.

¹⁶ Ibid.

¹⁷ ASDMAE, AP, Uf. III, 1946-50, c. 52, nota para Brusasca s.f., adjunta a carta de Valenti a Moreno, 3 de febrero de 1949.

¹⁸ ASDMAE, AP, Uf. III, 1946-50, c. 52, acta de la reunión del MAI, 11 de marzo de 1949.

este último elemento se jugaba toda la política italiana, con el objetivo de establecer un Consejo de Notables, el Senado, que debía ser designado porque los notables «difícilmente aceptarían el escrutinio de unas elecciones contrarias a la autoridad tradicional que habían ejercido durante siglos»¹⁹. Precisamente sobre la necesidad de entender el bicameralismo como un compromiso entre realidades diferentes había insistido Matteo Gallimberti, que bajo la cobertura de la dirección del Consorcio Agrícola de Trípoli y la dirección de la Comisión de Repatriación era el principal responsable de los pagos italianos a los notables libios: «Los viejos estarían a favor de un emirato, pero nunca se pondrían de acuerdo sobre quién podría ser el emir. Los jóvenes son republicanos, pero se muestran escépticos ante los sistemas representativos [porque] están convencidos de que, dada la organización todavía tribal del interior de Tripolitania, prácticamente se elegiría a los líderes tradicionales de las cabilas»²⁰. El voto, que era una etapa casi obligatoria en la perspectiva de la autonomía, era por tanto una trampa por razones diferentes, pero en conjunto similares tanto para los notables como para los nacionalistas: para los primeros, se trataba de poner en juego su legitimidad familiar, religiosa y de linaje en un plano diferente, el electoral, mientras que para los nacionalistas, el riesgo era que la lógica premoderna en la que se basaba el poder de los notables acabara teniendo mayor capacidad de movilización y consenso que la moderna, nacional y partidista. Precisamente porque el nacionalismo en Libia, como en el resto de África, era un movimiento elitista, el riesgo era que no fuera «comprendido» por las masas, sobre todo fuera de los contextos urbanos, y por ello podían (o quizá debían) plantearse ciertos compromisos con el mundo y las lógicas de los notables.

Las elecciones municipales que la BMA organizó en Trípoli el 18 de enero de 1949, al término de una serie de consultas

¹⁹ Ibid.

²⁰ Ibid.

similares celebradas en los principales centros de la región, tuvieron el valor de una especie de ensayo general para los planes italianos y para evaluar la posibilidad real de colaboración entre italianos y libios. Los resultados de las consultas fueron calificados en Roma de «muy satisfactorios», ya que, de los 16 representantes, 13 podían considerarse más o menos favorables hacia Italia (Del Boca 2010a, p. 377). Italia había apoyado la lista de Taher al-Qaramanli, que obtuvo siete escaños; los tres escaños reservados a los italianos fueron ganados por candidatos del CRI, mientras que el APPL de Cibelli no consiguió ningún escaño; los dos escaños reservados a los judíos fueron ganados a partes iguales por un judío libio próximo a Italia y un judío italiano, al igual que el reservado a la comunidad maltesa. En cambio, a favor de una campaña no sólo contra Italia, sino sobre todo por la unidad y la independencia del país, estaban los candidatos del Bloque, entre los que resultaron elegidos Ali Faqih Hasan (hermano de Ahmad), Haji Ramadan bin M¹/₂atuq y Haji Taher al-Scarif. En cambio, el Partido Nacional de Mustafa Mizran y el Frente de Unidad Nacional dirigido entonces por Taher Wraied no participaron en la contienda electoral, oficialmente en protesta contra la BMA y toda la operación electoral. Con el recuento de los votos, no hubo duda de que Taher al-Qaramanli ganó claramente con el doble de preferencias que su principal contendiente, el líder del Bloque, Ahmad Faqih Hasan.

Los documentos de archivo muestran una relación muy estrecha entre los agentes italianos en Trípoli y Taher al-Qaramanli, así como con Ibrahim ben Sciabaan, a quien Gallimberti prometió «hacer todo lo posible para apoyarlos». La relación de colaboración era de tal naturaleza que, siempre según Gallimberti, «antes de proponer las candidaturas de sus seguidores, Taher al-Qaramanli me pedía mi aprobación y prácticamente la lista, o más bien las listas, se acordaban entre él y yo», mientras que luego la propaganda a favor de los candidatos así decididos pasaba «a través de los jefes de distrito que en su mayoría seguían

dócilmente las instrucciones dadas»²¹. Es difícil saber cuánto dinero pagó realmente Italia a sus intermediarios, aunque los que operaban sobre el terreno, como Gallimberti, disponían de «medios financieros muy limitados»²². El «apoyo externo» de Salim al-Muntasir y del Istiqlal, probablemente mediado por su sobrino Mahmoud, que se había casado con una de las hermanas de Taher al-Qaramanli, también contribuyó sin duda al resultado final. La recompensa por la ayuda de Mahmoud se desprende de la correspondencia de Gallimberti, en la que se recuerda cómo el notable de Tripolitania se convirtió en presidente de *Nord Africa Aviazione* (Norte de África Aviación), filial de FIAT, con un «sueldo fastuoso» gracias al interés directo del ministro Sforza por los ejecutivos del grupo Fiat, que a su vez deseaban la ayuda del Gobierno para hacer frente a las obligaciones presupuestarias de la compañía de aviación²³.

La estrategia básica seguida por Italia había sido una alianza con los notables conservadores de Tripolitania contra los nacionalistas y la posible injerencia de los británicos, lo que en el análisis de Roma resultó sumamente positivo, ya que el intercambio según el cual «los árabes votaron a los italianos y los italianos a los árabes»²⁴ había funcionado: si se tiene en cuenta que había 8.665 libios inscritos para votar y que Taher al-Qaramanli obtuvo 11.556 votos, era evidente que una parte de los votos procedía de los italianos. Lo mismo puede decirse, por el contrario, de los elegidos italianos, que recibieron más votos que el número total de votantes italianos inscritos²⁵. Otra nota de Gallimberti muestra como «el CRI emitirá una circular a todos los electores italianos en la que apelará a la unidad y al patriotismo de todos los italia-

²¹ Ibid.

²² Ibid.

²³ Ibid.

²⁴ En Del Boca (2010a), p. 378.

²⁵ ASDMAE, AP, Uf. III, 1946-50, c. 52, carta de Moreno al MAE, 29 de enero de 1949.

nos para que voten a la lista de Qaramanli»²⁶. Por el contrario, el intercambio también funcionó, aunque con menos éxito, en el bando opuesto ya que el APPL apoyó abiertamente al Bloque y sus tesis independentistas. Más allá del recuento de las cifras, el hecho importante que se desprende es cómo la principal oposición política no se produjo entre italianos y libios, sino entre progresistas y conservadores. Difícil entonces entender la de los libios como una simple colaboración, pasiva y subordinada, a la propaganda italiana.

Sin embargo, es más difícil evaluar la capacidad italiana de influir en las elecciones de los demás municipios de Tripolitania debido a la escasez de datos procedentes de los archivos: ciertamente se eligieron entre 1 y 2 representantes italianos en los municipios de Zawia, Suq al-Juma, Zwarah, al-Azizia, Sabratha, Tajura, Misurata, Homs, Gharyan, Tarhuna, con la excepción del pueblo colonial Bianchi, donde hubo 6 representantes italianos y sólo 1 libio, ya que obviamente la población aquí era mayoritariamente italiana²⁷. Sin embargo, es de suponer que los mayores esfuerzos de la acción italiana se concentraron en Trípoli, ya que era aquí donde se hallaba gran parte de la población de la región y porque era la capital que pesaría más que otras ciudades a la hora de determinar las orientaciones de los diversos actores internacionales implicados en el juego libio.

El 8 de febrero de 1949, durante la primera reunión del consejo municipal, Táher al-Qaramanli fue elegido alcalde de Trípoli con los votos de los cinco miembros (tres libios, un italiano y un judío libio) nombrados directamente por la BMA; el único que no votó por no asistir a la reunión fue Ali Faqih Hasan. Pocos días después, Mario Martino Moreno, director general de Asun-

²⁶ ASDMAE, AP, Uf. III, 1946-50, c. 52, nota de Gallimberti a Pagnutti, 5 de enero de 1949.

²⁷ ASDMAE, AP, Uf. III, 1946-50, c. 52, nota sobre los municipios tripolitanos, 2 de febrero de 1949.

tos Políticos del MAI, escribió una carta de felicitación al recién elegido alcalde: «No se podía haber hecho una elección mejor, [...] tengo siempre presente la inolvidable figura de su difunto progenitor, Hassuna Pasha, con quien estuve en contacto diario en el Ayuntamiento durante mi primer servicio en Libia, y por ello me alegro de que ocupe ahora usted su puesto»²⁸. Difícilmente se podría haber imaginado un anhelo más en continuidad con un pasado que parecía haber dado la razón a la acción política italiana, entregando la antigua capital colonial en manos de una alianza entre dos de las familias más estrechamente vinculadas a Italia, los Qaramanli y los Muntasir. La situación se consideró tan prometedora en Roma que el director de Asuntos Políticos del MAI, Mario Martino Moreno, exhortó al secretario general del MAE, Vittorio Zoppi, a dar su aval a una nueva «acción» hacia «los principales jefes y notables de los centros urbanos, de las principales agregaciones étnicas y de los alcaldes electos» de Tripolitania, en total unas cincuenta personas que «formarían una especie de colegio electoral llamado a elegir a los seis o siete miembros que deberían ponerse en contacto con el gobierno italiano» para tratar la cuestión del estado italoárabe²⁹.

En los meses siguientes, el proyecto de un estado ítalo-tripolitano fue rápidamente archivado en vista de lo que el jefe de la diplomacia italiana consideraba la única «salida posible: un acuerdo directo con Inglaterra» (Sforza, 1952, p. 157). Se volvió así a la idea de una tutela italiana sobre Tripolitania simétrica a la inglesa sobre Cirenaica y a la francesa sobre Fezán, tal como se traspuso en el texto del Compromiso Bevin-Sforza. A pesar de tratarse de un proyecto efímero, la asociación entre Italia y Tripolitania deja bien patente a través de los documentos de archivo la

²⁸ ASDMAE, AP, Uf. III, 1946-50, c. 52, carta de Moreno a Taher al-Qaramanli, 16 de febrero de 1949.

²⁹ ASDMAE, AP, Uf. III, 1946-50, c. 52, carta de Moreno a Zoppi, 1 de marzo de 1949.

orientación de la estrategia italiana. La asociación supuso un paso adelante respecto a la asimilación del primer colonialismo de finales del siglo XIX y el reconocimiento de una esfera de autonomía de los asociados respecto a la madre patria. Sin embargo, el reconocimiento de esta autonomía, así como de la igualdad de derechos para todos los ciudadanos del nuevo estado, acabó siendo aplastado sobre el modelo político y jurídico de la antigua madre patria, pero también severamente limitado dentro de una relación de cierta preeminencia reservada a Italia, hasta el punto de que no habría sido difícil vislumbrar una diferencia sustancial entre una ciudadanía de segunda clase de los libios y una de pleno derecho de los italianos. Una solución de este tipo era incierta para los jóvenes nacionalistas y por eso Italia lo apostó todo a los notables conservadores, dispuestos a intermediar para mantener, si no reforzar, sus posiciones: se trataba precisamente de intermediar en una lógica que no tenía por qué dar necesariamente la máxima ventaja a los italianos como resultado final, como bien demuestran las elecciones municipales de Trípoli.

El «fiasco», como lo califica Angelo Del Boca (2010a, p. 381), de la política italiana sólo es tal si se lee desde una perspectiva eminentemente italiana y, sobre todo, desde la perspectiva de la capacidad de Italia para influir en la escena internacional y no en la de Trípoli. Si se invierte esta perspectiva, las conclusiones pueden ser diferentes: desde el punto de vista de los libios, a finales de los '40 se produjo una lucha tenaz entre dos élites de poder diferentes y dos proyectos distintos para la futura Libia independiente, por un lado, los viejos notables, por otro los jóvenes nacionalistas panárabes. Italia se inmiscuyó en esta oposición creyendo poder explotar las divisiones internas de la sociedad libia en su propio beneficio, como había hecho en la época colonial. Pero también es cierto lo contrario, es decir, que fueron los libios quienes trataron de beneficiarse de la relación con Italia y de los recursos a su disposición. Es difícil negar que, a través de Italia, los Qaramanlí y los Muntasir reforzaron sus respectivas

posiciones de poder y, de forma más general, el «partido» de los notables sacó una importante fuerza del enfrentamiento con los nacionalistas.

2.2 El giro de 1949 y la independencia de Libia

Tras el fracaso de la aprobación del Compromiso Bevin-Sforza en 1949, el plan de reparto colonial de Libia entre Gran Bretaña, Francia e Italia había quedado aparcado. La fórmula que iba tomando forma, una Libia independiente organizada en forma de estado federal bajo la corona de Idris, prometía salvar lo que pudiera salvarse del proyecto conservador en el que habían confluido los planes de influencia occidental y los intereses de los distintos notables regionales. Inglaterra jugó una baza preventiva al proclamar a Idris emir de la Cirenaica independiente el 1 de julio de 1949. Desde el punto de vista del derecho internacional, «Cirenaica no podía ser reconocida ni de hecho ni de derecho como estado», ya que cualquier decisión sobre las antiguas colonias italianas debía pasar por una votación en las Naciones Unidas³⁰. Sin embargo, desde el punto de vista político, el papel de Idris se vio muy reforzado en detrimento de los nacionalistas y especialmente en la relación con los demás notables locales, mientras que Inglaterra ganó protagonismo en la relación con la nueva clase dirigente del país.

Un marco federal dejaba amplios poderes a los gobiernos de las tres regiones federadas. Así pues, esta fórmula consiguió conciliar los intereses políticos de los distintos grupos de notables locales con las diferentes esferas de influencia europeas en el país. Fue el propio Idris quien «utilizó toda su influencia y autoridad personales para persuadir a los dirigentes tripolitanos de

³⁰ ASDMAE, AP, Uf. III, c. 742, nota firmada por Finzi, primer presidente del Tribunal de Apelación, 11 de mayo de 1950.

que apoyaran el federalismo, sin el cual probablemente nunca se habría logrado la unidad de Libia» (Khadduri, 1963, p. 319). Aproximadamente un año después de la independencia de Libia, proclamada el 24 de diciembre de 1951, un informe británico destacaba un marco institucional de fragmentación local muy fuerte que, de hecho, trascendía las formas de federación:

«El gobierno federal [dirigido por Mahmoud al-Muntasir, sobrino de Salim] sólo ejerce el poder efectivo en una de las tres provincias que componen Libia, Tripolitania. Aquí, los ministros no sólo disponen de competencias que son de la jurisdicción federal, sino que también interfieren en asuntos que constitucionalmente son responsabilidad de las autoridades provinciales. A veces, de hecho, resulta difícil distinguir el gobierno federal de la administración provincial en Tripolitania. [...] En Cirenaica, la situación es inversa, las autoridades provinciales muestran unos celos exagerados por salvaguardar su autonomía y se resisten, en la medida en que las circunstancias lo permiten, al ejercicio de la autoridad federal incluso en asuntos que constitucionalmente son competencia federal. [...] Debido a la gran distancia y a la falta de comunicación, así como a la resistencia pasiva de los funcionarios franceses que administran realmente el Fezán, la autoridad federal sigue siendo aquí prácticamente nula»³¹.

Los nacionalistas libios se opusieron en principio a esa solución y siguieron persiguiendo la idea de una Libia independiente y también fuertemente unida, precisamente porque veían en la estructura federal, con razón, un instrumento de injerencia externa. Para una parte de los libios, de hecho, el regreso de Idris tras los años de exilio en Egipto no se vivió como una auténtica liberación, sino más bien como una restauración conservadora.

³¹ The National Archives, Kew, London (TNA), Foreign Office (FO), c. 371, e. 97269, carta de la legación británica en Libia, Bengasi, a Anthony Eden, FO, 9 de octubre de 1952.

De las tres potencias europeas directamente implicadas en Libia, Francia sin duda fue la que opuso más resistencia al cambio político desencadenado por la negativa a aprobar el Compromiso Bevin-Sforza. Francia, de hecho, sufría las consecuencias del Compromiso sin haber participado directamente en él. Al igual que los planes colonialistas de Italia y Gran Bretaña, Francia se había apoyado en algunos notables locales, la familia Saif al-Nasr, y en particular Ahmed Saif al-Nasr, para administrar la región y desalentar la penetración de la ideología nacionalista (Cresti, 2005, p. 390). Sin embargo, el giro de los acontecimientos obligó a Francia a «negociar un dominio formal a cambio de una influencia duradera», concluyendo acuerdos de cooperación tan cuidadosos como invasivos con los nuevos dirigentes africanos (Nugent, 2012, p. 49). Explotando sus vínculos con Francia y aprovechando su colaboración histórica con la Sanusyyia, los Saif al-Nasr se convirtieron en los líderes de la recién independizada región de Fezán. Una vez más, los débiles lazos federales fueron decisivos para asegurar, tras la independencia, tanto el poder de los Saif al-Nasr como los intereses residuales de Francia.

La ley orgánica de Fezán, es decir el estatuto que regulaba las relaciones entre la administración central y regional, fue incluso rechazada por primera vez por el Tribunal Superior libio porque era «demasiado evidente que fuera una traducción del francés». Además, en la parte relativa a las elecciones de los *nazir* (los ministros del gobierno regional), se hizo una referencia demasiado clara a «criterios personales» que habrían acabado concediendo una especie de poder de nombramiento al *wali* (jefe del gobierno regional) Ahmed Saif al-Nasr³². Si antes de la independencia los Saif al-Nasr habían sido los principales representantes de la administración francesa, después de la independencia fueron los funcionarios franceses que permanecieron en el territorio

³² ASDMAE, AP, uf. III, 1951-57, c. 819, telespr.so n. 2756 del Consulado general de Italia al MAE, 17 de octubre de 1952.

quienes se convirtieron en los principales representantes de la actividad gubernamental de Ahmed en la lógica de colaboración y ayuda al desarrollo de Francia para Fezán. Ahmad Saif al-Nasr interpretó el vínculo federal en el sentido de «tener que responder únicamente ante el *Senusso* [apodo con el que los italianos llamaban a Idris] y no ante el gobierno federal, por su actividad en Fezán»³³. Los nacionalistas libios, por otra parte, habían denunciado constantemente los que se consideraban verdaderos abusos por parte de los franceses. Aunque Libia ya era independiente, Francia siguió impidiendo «la circulación» de los nacionalistas de Trípoli en Fezán y a «la gente de Misurata que residían allí que se presentaran como candidatos» en las elecciones, impidiendo que «ejercieran su derecho de voto». Además, los franceses aplicaron un «impuesto» a los bienes importados de Cirenaica y Tripolitania a Fezán³⁴.

Si Inglaterra había intercambiado su apoyo a la independencia de Libia con el mantenimiento de sus bases militares en Tripolitania (donde luego intervinieron los Estados Unidos) y en Cirenaica a través de la relación preferencial con Idris, Francia también fue capaz de mantener sus propias estructuras militares en Fezán (en particular, tres campos de aviación), que representaban una zona fronteriza de vital importancia para controlar «los pasos clandestinos de armas destinadas al Frente de Liberación Nacional de Argelia (FLN)», que se había beneficiado de la independencia de Libia convirtiendo al país en una retaguardia de su lucha³⁵. Francia se había negado a pagar directamente al gobier-

³³ ASDMAE, AP, uf. III, 1951-57, c. 818, telespr.so n. 2981/784 de Conti al MAE, 10 de abril de 1952.

³⁴ ASDMAE, AP, uf. III, 1951-57, c. 818, *Fezzan! Salvate il Fezzan*, «Shu¼lat al hurriyya» (¡Fezán! ¡Salvad a Fezán!) 14 de enero de 1952, traducción en italiano del original en árabe adjunta al telespr.so n. 478/120 de Gaja al MAE. Gaja fue encargado de negocios de la legación italiana en Libia.

³⁵ ASDMAE, AP, uf. III, 1959-62, c. 40, e. 17, telespr.so n. 10/4 de Mondello al MAE, 3 de enero de 1959.

no libio por el uso de las bases, reconociendo en su lugar «una contribución financiera indirecta al gobierno [federado] del Fezán», lo que transformaba el alquiler de las bases en un arma adicional de presión francesa sobre los equilibrios políticos locales de la región³⁶. Solo con la firma, el 10 de agosto de 1955, del Tratado de Amistad y Buen Vecindario entre Libia y Francia, las tropas francesas finalmente evacuaron Fezán.

En este marco, el compromiso declarado de Italia en favor de la independencia de Libia iba acompañado del objetivo de mantener una influencia indirecta sobre Tripolitania, lo más sólida posible. El sentido del cambio de una política de dominación directa a una de influencia indirecta aparece claramente en una nota confidencial del MAE sobre Libia, en el que el secretario general del Ministerio, Vittorio Zoppi, escribía:

«Es necesario garantizar el mantenimiento de la influencia política y económica italiana en la antigua colonia y proteger los intereses de los italianos, [...] demostrando a los árabes que queremos la independencia real del país y aplicándola en consecuencia. [...] El mejor partido es dejar que el pueblo maniobre, democráticamente, vigilándolo y posiblemente «encauzándolo» hacia la solución que mejor convenga a nuestros intereses. [...] Tendremos que aportar nuestra contribución a la causa de la independencia para obtener la máxima seguridad para los italianos, manteniendo al mismo tiempo el principio de que deben ser considerados parte integrante de la población local»³⁷.

Los italianos de África, que con el argumento abusado de su trabajo habían servido para reclamar el retorno de Italia a la colonia, fueron reciclados para los fines de la nueva política italia-

³⁶ TNA, FO, c. 371, e. 90356, carta confidencial del cuartel general de la BMA a Roger Allen, FO, 6 de agosto de 1951.

³⁷ ASDMAE, AP uf. III, 1951-1957, c. 742, nota de Zoppi para la Oficina de Libia, 10 de marzo de 1950.

na, pero de hecho desechados. Hasta 1949, en su relación con Italia, los italianos de África siguieron siendo considerados como un grupo por encima del resto de los antiguos súbditos y ciertamente habría sido inconcebible considerarlos como parte de la «población local», de los antiguos súbditos, socavando de hecho su privilegiado estatus social. La protección más eficaz de los italianos y sus intereses pasaba entonces, en el nuevo contexto, por la posibilidad de adquirir la ciudadanía del nuevo estado «también a aquellos italianos que, aunque hayan abandonado temporalmente Libia, tengan allí intereses preestablecidos y la intención de regresar»³⁸. De la idea de una ciudadanía ítalo-libia que había surgido entre las reflexiones de un estado libio asociado a Italia, se pasó a la lógica inversa mediante la adquisición de la plena ciudadanía libia y la posterior regulación de la condición de doble ciudadanía con «acuerdos» bilaterales «análogos a lo que ya se había hecho entre otros países»³⁹. Obviamente, todo eso se consideraba realizable a partir de la consideración de que «por lo que respecta al ámbito de las relaciones de derecho privado de los futuros ciudadanos libios de origen italiano en un país predominantemente musulmán, no podría surgir ninguna dificultad, ya que el principio bien conocido de todos los países musulmanes es la personalidad de la ley según el criterio confesional (*cuius religio eius lex*), principio que ya está en vigor hoy en la propia Libia»⁴⁰. Si se quiere comprender el significado del giro de 1949 más allá de las categorías abstractas de dominación directa e influencia indirecta, es precisamente la perspectiva de la ruinosa pérdida de estatus y prestigio de los italianos en la antigua colonia la que resulta clarificadora.

Tras la independencia, el 24 de diciembre de 1951, fue el jefe de la diplomacia italiana en Trípoli quien se declaró conven-

³⁸ ASDMAE, AP, uf. III, 1951-52, c. 742, nota para el ministro de Asuntos Exteriores, 11 de febrero de 1950.

³⁹ ASDMAE, AP, uf. III, 1951-52, c. 742, nota para el ministro, s.f.

⁴⁰ Ibid.

cido de que «la convergencia de nuestros intereses [italianos] con los intereses libios prevalecería —a largo plazo»⁴¹. De hecho, la propia idea de una influencia indirecta estaba sujeta a una cierta convergencia de intereses, ya que de lo contrario resultaba imposible ejercerla. Italia se comprometía entonces «en la medida de lo posible» para que Libia «gozara de cierta independencia efectiva»⁴². En otras palabras, se pretendía camuflar la influencia italiana como orilla política alternativa en la estrecha (y costosa) relación de Trípoli con Londres y Estados Unidos. Quedaba, pues, una dimensión de competencia con Inglaterra, ya no en términos de planes coloniales, sino de esferas de influencia respectivas, sabiendo muy bien que, desde el punto de vista de la Alianza Atlántica, había que «evitar dar la impresión de llevar a cabo una política indirectamente anti anglosajona»⁴³. Un obstáculo era sin duda la cuestión de los bienes italianos y su indemnización, que los británicos sabían muy bien que podían explotar como «medio de disenso» en el ámbito de las relaciones ítalo-libias que había que resolver rápidamente para «asegurar la coexistencia de nuestros intereses con los de los árabes, posiblemente con el recurso a fórmulas de camuflaje»⁴⁴. La solución llegó con el Tratado ítalo-libio de 1956, que reconocía una indemnización a Libia, pero no por los daños causados por el colonialismo, sino como contribución a la reconstrucción del país tras la guerra mundial.

El teorema italiano corría el riesgo de entrar en contradicción cuando la autonomía de Libia se consideraba únicamente en su relación con los británicos y presuponía una mayor pérdida de autonomía en favor de Italia. Considerando que «la independen-

⁴¹ ASDMAE, AP uf. III, 1951-1957, c. 818, carta de la legación italiana en Libia a la Dirección General de Asuntos Políticos (DGAP), barón Paolo Tallarigo, 11 de febrero de 1952.

⁴² ASDMAE, AP uf. III, 1951-1957, c. 818, carta de la legación italiana en Libia al DGAP, barón Paolo Tallarigo, 11 de febrero de 1952.

⁴³ Ibid.

⁴⁴ Ibid.

cia de Libia sólo podía ser, durante mucho tiempo, el resultado de un equilibrio» entre diferentes influencias e injerencias extranjeras, era necesario «convencer a los libios de que al sustituir a un inglés por un italiano en su administración estaban dando un paso hacia una mayor independencia y, sobre todo, de que podían sustituir sin riesgo a un inglés por un italiano» tanto en su relación con Italia como con los demás aliados occidentales⁴⁵. El plan de influencia italiano se jugó entonces a través de las políticas de asistencia técnica y cooperación financiera con las que Italia se comprometía a formar parte de «ese sistema de control monetario y financiero» junto a británicos, americanos y franceses⁴⁶. El estado nacía con un déficit presupuestario que en el momento de la independencia ascendía a unos 6 millones de dólares, de los que Inglaterra ya había ofrecido compensar aproximadamente un millón y medio⁴⁷. De hecho, la diplomacia italiana era consciente de que «los libios, para aumentar su independencia, «enfrentaban» entre sí a las distintas potencias occidentales»⁴⁸.

Con la independencia, el mapa de la financiación concedida por Italia a sus aliados libios se rediseñó rápidamente: por un lado, se decidió el «cese de las subvenciones al CRI» y la «reducción a 40 mil MAL» (Lira de la Autoridad Militar, la moneda emitida por la BMA) de los salarios mensuales pagados a Ramadan el Gritli y Abdussalam Sellabi, como animadores de la Asociación Libia de Ascari; por otro, se asignó una llamativa donación de 300 mil MAL como «subvención» para 3 mensualidades del Bloque⁴⁹. Evidentemente, la política de atracción de los na-

⁴⁵ Ibid.

⁴⁶ Ibid.

⁴⁷ United Nations Official Records (UNOR), A/AC.53/SR.48, Informe anual del Comisario de la ONU en Libia, Sr. A. Pelt, Asamblea General, 6ª Sesión, 23 de enero de 1952.

⁴⁸ Ibid.

⁴⁹ ASDMAE, AP uf. III, 1951-1957, c. 830, gastos confidenciales trimestre agos-

cionalistas había llegado muy lejos por parte italiana, al igual que se intentaba hacer en Somalia (Morone, 2011a, pp. 50-141). El hecho es tanto más importante si se tiene en cuenta que la financiación italiana al Istiqlal nunca se suspendió, al contrario, se garantizó al mismo tiempo, destinando «la suma total de 6 millones, reservándose el derecho de indicar de vez en cuando el importe de las subvenciones individuales cuyo envío fuera necesario en función de las necesidades de la situación política local»⁵⁰. Se trataba, pues, de una nueva estrategia con la que Italia pretendía influir no sólo en un bando, sino en todo el sistema político. De hecho, esta línea ya había surgido al margen de una visita realizada por el entonces jefe de la Oficina para Libia del MAE, el barón Vitaliano Confalonieri, en marzo de 1950 en Trípoli, cuando, entre las diversas reuniones con exponentes de la BMA y políticos libios, destacó el encuentro con Bashir al-Sa'dawi. El líder nacionalista dijo que consideraba «indispensable la colaboración italiana para el desarrollo del nuevo estado», a lo que Confalonieri respondió que, ante una «demostración de verdadera buena voluntad, era posible recorrer algún camino juntos», comentando en privado que «la actitud de Bashir al-Sa'dawi se debía principalmente al deseo de beneficiarse de algunas subvenciones y a la esperanza de escapar a la presión británica»⁵¹.

Una vez más, la posición de los referentes libios con respecto a las políticas italianas no fue en absoluto pasiva, sino que demuestra bien el espíritu de intermediación con el que más de un actor intentó hacer frente a la nueva situación para salvaguardar sus propias posiciones de poder político, tanto del lado de los nacionalistas como del de los notables. El corte, a finales de 1949, de la financiación a los miembros de la Asociación de los Ascari

to-octubre, anexo al telespr.so 1886/728 de la representación del gobierno italiano en Trípoli al MAE, 19 de julio de 1950.

⁵⁰ Ibid.

⁵¹ ASDMAE, AP uf. III, 1951-1957, c. 742, informe del ministro Confalonieri, 27 de marzo de 1950.

de Adbusalam Sellabi condujo a la creación de una asociación competidora anti italiana dirigida por Mohammed Bellusi. Para los italianos, Bellusi no era más que un agente británico, culpable además de figurar entre los «organizadores» del pogromo de 1945 contra la comunidad judía⁵². En realidad, el ascari Mohammed había desarrollado una fuerte adhesión a los ideales panárabes, en cuyo contexto también puede situarse el pogromo de 1945. De hecho, la nueva asociación pretendía establecer «un cuerpo militar ciudadano nacional» con un programa para la independencia y la unidad de Libia dentro del movimiento panárabe⁵³. Se trataba de una visión diametralmente opuesta a la de la antigua asociación financiada por Italia. Contribuyó a estimular el acercamiento a los ideales nacionales de algunos ascari, sin duda, la acción del Bloque, que, a partir de 1948, había comenzado a crear y entrenar pequeñas unidades para enviarlas a Palestina en la lucha contra Israel, sin que la BMA interviniera para impedirlo⁵⁴. Por la parte italiana, los comentarios al margen del asunto demostraron la actitud igualmente oportunista a la hora de tratar con los ascari libios, ya que de esta forma se sacaba de circulación a «elementos políticamente peligrosos, en gran medida fanáticos del panarabismo» y, en última instancia, contrarios a los intereses italianos⁵⁵.

El proceso de «nacionalización» de los ascari revela la complejidad de la intermediación y el posible posicionamiento respecto a la política italiana. Algunos interpretaron la militancia en la Asociación como una continuación directa bajo otras formas del servicio militar con la reanudación del pago del tan codiciado salario, precisamente porque la Asociación no era un partido.

⁵² ASDMAE, AP, Uf. III, 1946-50, c. 52, nota para el MAI, 26 de septiembre de 1949.

⁵³ ASDMAE, AP, Uf. III, 1946-50, c. 52, recordatorio del Servicio de Inteligencia Militar, 12 de noviembre de 1949.

⁵⁴ ASDMAE, AP, Uf. III, 1946-50, c. 52, recordatorio, 15 de junio de 1948.

⁵⁵ Ibid.

Otros, en cambio, maduraron una convicción propiamente política y nacional que manifestaron abiertamente no sólo por la pérdida de la paga italiana, sino sobre todo por el cambio del orden internacional con la afirmación de la independencia libia. Otros, por último, cultivaron un verdadero apego a Italia que iba mucho más allá de la paga y pasaba por la lengua, la cultura del colonizador y el propio modo de vida italiano. Hasta el punto de que, de forma más o menos clandestina, algunos se marcharon a Italia o hicieron todo lo posible por permanecer en la península cuando los acontecimientos de la guerra los llevaron allí, con la idea última de afirmar su identidad de «italianos africanos» (Morone, 2015a).

Otro caso indicativo fue el de los Bin Sha'ban, importante familia próxima a Italia junto a los Muntasir y los Qaramanli. Los documentos italianos relatan un episodio en el que se vio implicado Abdallah bin Sha'ban, hijo de Ibrahim, el principal interlocutor italiano dentro de la familia. Abdallah había sido enviado a Nueva York a expensas del gobierno italiano en noviembre de 1949 para testimoniar ante las Naciones Unidas el apego de los libios a Italia en un momento crucial del asunto político y diplomático de las antiguas colonias italianas. De hecho, la resolución n. 289 de 21 de noviembre de 1949 puso fin a la disputa internacional sobre Libia al disponer su independencia para finales de 1951. A su regreso de Nueva York, Abdallah hizo escala en Túnez donde, siempre según los documentos italianos, mantuvo una serie de conversaciones con las autoridades francesas a las que Abdallah habría pedido ayuda

«para los bereberes que siempre serán maltratados, como minoría ya no protegida por Italia, frente a un gobierno tripolitano compuesto mayoritariamente por árabes, tradicionalmente hostiles a ellos. Italia – que en el pasado protegió a los bereberes que le fueron leales y lucharon por ella contra los árabes, salvándola de situaciones peligrosas, especialmente durante la Primera Guerra Mundial, cuando los árabes rebeldes estuvie-

ron a punto de hacer retroceder a los italianos hasta el mar – no ha mostrado ninguna gratitud hacia los bereberes después de esta guerra, valorizando en cambio a dirigentes árabes no siempre leales, como algunos miembros de la traicionera familia pro británica Muntasir. En este contexto, las poblaciones bereberes de Tripolitania deberían apoyarse en sus hermanos bereberes de Túnez y en las autoridades francesas para prepararse a resistir las esperadas hostilidades del gobierno árabe pro tripolitano y pro inglés»⁵⁶.

El autor del documento, el alto funcionario del MAI Gaetano Chapron, atribuyó la actitud de los Bin Sha'ban a un «resentimiento por el protagonismo concedido por los italianos a Salim al-Muntasir», que dejaba a los Bin Sha'ban en un segundo plano. El alto funcionario confirmó que lo que figuraba en el documento «corresponde a vagas amenazas en el mismo sentido proferidas también por Ibrahim bin Sha'ban en una conversación que mantuvo conmigo cuando se encontraba en Roma»⁵⁷. Ibrahim bin Sha'ban era hijo del Sultán, valioso aliado de Italia en la ciudad clave de Zwara desde las primeras fases de la ocupación colonial del oeste tripolitano. Según un informe de inteligencia considerado «fiable» por el Ministerio de Defensa italiano, se especulaba incluso con la posibilidad de que los Bin Sha'ban estuvieran a favor de «una ocupación francesa de Zwara, Nalut, Jado y Yefren [...] debido a su deseo de unirse con los bereberes de Túnez»⁵⁸.

En el documento emerge claramente una representación en términos étnicos de la identidad bereber y su historia, ya que fue el conocimiento colonial el que le dio forma y la construyó para las necesidades de la dominación. El uso de la dimensión

⁵⁶ ASDMAE, AP, Uf. III, 1946-50, c. 52, nota secreta firmada por Chapron, 24 de noviembre de 1949.

⁵⁷ Ibid.

⁵⁸ ASDMAE, AP, Uf. III, 1946-50, c. 52, informe anónimo adjunto a la carta del General Gian Carlo Re al Estado Mayor de la Defensa, 15 de febrero de 1950.

étnica permitió la construcción de un discurso minoritario entre las comunidades de Tripolitania occidental, como en el caso de la ciudad de Zwara, donde se hablaba árabe y bereber. En el periodo previo a la Segunda Guerra Mundial, la identidad bereber (y desde el punto de vista del gobernante una posible política bereber) se asumió como un recurso de negociación para mediar en el contexto de una guerra que enfrentaba a libios contra libios y no sólo a colonizadores contra colonizados. En 1949, resurgió una lógica de negociación parecida, en la que el argumento étnico y de las minorías se actualizó al nuevo contexto político y a los planes coloniales contrapuestos de las potencias europeas⁵⁹. En el caso de Libia, los intereses de Italia e Inglaterra competían con los de Francia a lo largo de la frontera con Túnez y en el Fezán. De hecho, otro documento italiano fechado abril de 1952 informa de cómo en los primeros meses tras la independencia de Libia, Francia (mientras hacía todo lo posible por no abandonar sus posiciones en el Fezán) «intentó atraer a la órbita francesa al grupo bereber del Jebel [al-Nafusa] y a los nómadas de Ghibla»⁶⁰. Ejercer influencia sobre las poblaciones del Fezán hasta el Jebel al-Nafusa y Zwara era evidentemente un objetivo estratégico para Francia en su control de una zona fronteriza con Túnez y Argelia a través de la cual pasaban los contactos (y luego las armas) entre los movimientos nacionalistas de las colonias francesas y sus primeros libios, egipcios y árabes de Oriente Medio.

La connotación en términos bereberes era, pues, una estrategia de intermediación que difícilmente podía entenderse como un objetivo en sí mismo, sino más bien como una forma de alcanzar otros objetivos. Leemos entre líneas en el documento que la

⁵⁹ Respecto a la construcción étnica de los bereberes, véase: Pagano, C. (2016/2017). *Emergere ed evoluzioni del discorso etnico nella Tripolitania coloniale: la questione berbera (1911-1923)* [Tesis de doctorado no publicada]. Università degli studi di Roma Tre, 278-280.

⁶⁰ ASDMAE, AP, uf. III, 1951-57, c.818, telespr.so n. 2981/784 de Conti al MAE, 10 de abril de 1952.

verdadera competición era entre los Bin Sha'ban y los Muntasir por la ocupación de puestos de poder dentro del estado y de las instituciones libias que se estaban estableciendo. Ciertamente, no es casualidad que el mensaje de los Bin Sha'ban llegara justo después de la decisión de la ONU sobre la independencia de Libia, cuando ya no se trataba de hacer frente a una regurgitación colonial de Italia, Gran Bretaña y Francia, sino a la competencia de los demás notables libios por definir sus respectivos papeles, posiciones de poder y cargos institucionales en la nueva Libia. En aquel momento, dirigirse a Francia podría haber sido una forma de llamar la atención de Italia no ya sobre la perspectiva de su regreso a Libia, sino sobre los recursos materiales y simbólicos que Italia se disponía a desplegar en apoyo del «desarrollo» de Libia y que, evidentemente, los Bin Sha'ban consideraban demasiado favorables a los Muntasir.

Por otra parte, fue el propio Salim al-Muntasir quien cultivó múltiples relaciones con Italia e Inglaterra al mismo tiempo, hasta el punto de que en 1948 se declaró partidario de una administración inglesa sobre toda Libia y luego organizó el partido Istiqlal con fondos italianos, lo que sin duda sirvió a Salim para reforzar la posición de su familia, además de las pretensiones italianas. Salim «no había apostado aún por un vencedor, sino que estaba bien dispuesto a obtener el mayor beneficio posible de todos los contendientes»; en otras palabras, Salim persiguió una estrategia que ponía en primer plano sus intereses como notable, tratando de sacar el mayor provecho de su relación con las distintas fuerzas coloniales del país (Cresti, 2006, p. 232; 2008, p. 142). Las estrategias diferentes, pero en conjunto similares, de los dos notables a la hora de «jugar» entre los planos y referentes de la acción colonial resultaron en conjunto gratificantes si se tiene en cuenta que Mahmoud al-Muntasir, sobrino de Salim y con él principal promotor del papel público de la familia, se convirtió en jefe del primer gobierno independiente, mientras que Ibrahim bin Sha'ban se convirtió en ministro de Comunicaciones de ese mismo gobierno.

La independencia de Libia el 24 de diciembre de 1951 bajo la corona del rey Idris al-Sanusi fue sin duda un «compromiso entre diferentes intereses extranjeros y aspiraciones nacionales vivaces pero contradictorias» (Martin, 1975, p. 45). A través de una estructura federal deliberadamente débil en el centro, prevalecieron los «intereses regionales», así como las interferencias exteriores (Ahmida, 2009, p. 154). El centro de gravedad del nuevo estado se encontraba en la figura de Idris que, recordemos, antes de ser rey de la monarquía federal de Libia fue y siguió siendo jefe de la Sanusyyia. De hecho, el islam era el mínimo común denominador sobre el que basar un pacto conservador entre los diferentes liderazgos de los notables regionales y, por esta razón, «la identidad proporcionada por el islam era decididamente más importante de lo que lo era para los estados sucesores del Imperio Otomano en el Oriente árabe» (Anderson, 1986b, p. 65).

La religión se convirtió en la principal herramienta para superar el particularismo de los lazos regionales o familiares (cabila) y construir la nueva Libia: «El islam se institucionalizó como fuente de legitimidad política y la constitución [...] sancionó de hecho el carácter sagrado de la monarquía» (Baldinetti, 2006, p. 231). En el momento de la independencia, el reto consistía en transformar lo que había sido una invención artificial del colonialismo en una realidad política y cultural compartida, reuniendo dentro de las fronteras de la colonia libia a tres regiones con sus propias historias específicas y en parte diferentes. La propia Sanusyyia, que históricamente se había extendido a lo largo de las rutas comerciales transaharianas desde Cirenaica hasta África Occidental y más al sur en Kanem y Bornu, tuvo «pocos adeptos entre las tribus de Tripolitania y ninguno en las ciudades» de la región (Martin, 1975, p. 42). El mismo Idris nunca estuvo en Trípoli y entonces tenía dificultades para imponer su carisma religioso en el oeste del país. También por esta razón, el poder de Idris frente a los verdaderos poderes locales se mantuvo siempre débil hasta la revolución de 1969.

La subida al trono de Idris, por el contrario, marcó la derrota de los nacionalistas y una concepción nacional, árabe y fuertemente unificada de la nueva Libia. En las elecciones de marzo de 1952, las primeras en la Libia independiente, los nacionalistas opuestos a Idris esperaban equilibrar, si no volcar, la situación a su favor: Tripolitania eligió 35 escaños de un total de 55 diputados, repartiéndose el resto entre 15 de Cirenaica y 5 de Fezán. En cambio, los resultados entregaron el parlamento y el país firmemente en manos del sistema de poder conservador vinculado a Idris. Las elecciones de 1952 habían hecho realidad los temores que durante tanto tiempo habían preocupado a los nacionalistas sobre la trampa democrática de la prueba electoral: «La mayoría de la población que fue a votar, votó por personalidades individuales y no por partidos o en absoluto por unas políticas»⁶¹. Aunque los partidos nacionalistas habían hecho referencia a la Liga Árabe, a ideas, pasiones y eslóganes del movimiento panárabe más amplio, la capacidad de movilización política y social del nacionalismo moderno seguía siendo limitada entre los libios: lo que caracterizaba el voto era un horizonte político e ideal próximo a los vínculos familiares, de reputación o clientelares. En Trípoli, donde los nacionalistas pudieron contar con un mayor seguimiento entre las clases trabajadoras urbanas, que se habían movilizado, manifestado y hecho huelgas en varias ocasiones contra los planes de injerencia extranjera, el resultado electoral fue realmente diferente y marcó una «*resounding victory*» («victoria rotunda») ⁶², como la denominan los documentos británicos, del Congreso Nacional de Bashir al-Sa'dawi.

La victoria en Trípoli no fue suficiente para influir en el resultado a nivel nacional. Al contrario, de forma un tanto paradójica, fue la señal de alarma que hizo que Idris decidiera prohi-

⁶¹ TNA, FO, c. 371, e. 97269, informe electoral secreto firmado por G. P. Cassels, 17 de marzo de 1952.

⁶² Ibid.

bir los partidos políticos y expulsar del país a Bashir al-Sa'dawi y a otros intelectuales nacionalistas bajo el pretexto de algunas protestas populares que siguieron a la votación. Tal iniciativa puso inmediatamente de manifiesto el carácter del régimen, pero también su necesidad de autodefensa y autopreservación, que veía en los partidos un elemento de cambio social contra las clases en las que la monarquía basaba su consenso.

La victoria de los conservadores fue también la victoria de las injerencias e interferencias europeas, de las que los diferentes notables de Tripolitania, Cirenaica y Fezán habían sacado importantes recursos, materiales y simbólicos, para afirmar y consolidar sus posiciones de poder. Incluso antes de las elecciones de 1952, en noviembre de 1951, unas semanas antes de la independencia, el secretario general del MAE, Vittorio Zoppi, estaba más que seguro de la situación favorable que el resultado electoral confirmaría más tarde: «Hay un gobierno provisional nombrado y no elegido, formado en su mayor parte por buenas personas, moderadas, amigas nuestras y convencidas de la necesidad de establecer buenas relaciones con nosotros; tenemos todo el interés en apoyar a estos hombres, que confían en nosotros. Occidente cuenta también con nuestro apoyo y, por tanto, nos interesa continuar con la política que hemos seguido hasta ahora»⁶³.

En definitiva, la estrategia italiana de atraer a los antiguos intermediarios coloniales puede juzgarse un «*smacco* [fracaso] para Italia y un éxito indudable para la diplomacia occidental» (Calchi Novati, 1994a, p. 89), para Gran Bretaña y Estados Unidos en particular, sólo si se juzga a la luz de sus primeras pretensiones maximalistas, es decir, cuando se exigía el retorno a la dominación directa sobre las tres antiguas colonias. Por el contrario, en la perspectiva de la influencia indirecta, Italia consiguió abrir importantes espacios de actuación en las nuevas instituciones libias.

⁶³ ASDMAE, AP uf. III, 1951-1957, c. 818, reunión con el Subsecretario Taviani para examinar los problemas de Libia, Eritrea y Etiopía, 9 de noviembre de 1951.

El precio, sin embargo, fue su significativa contribución a la entronización de los notables de Trípoli en el sistema de poder de la monarquía de Idris. En una perspectiva a medio plazo, fue más bien el crecimiento del movimiento nacionalista panárabe dentro del país, impulsado por la influencia del Egipto de Nasser, lo que socavó los cimientos del sistema político de la monarquía y, en consecuencia, redimensionó la influencia italiana.

3. El caso del fideicomiso de Somalia bajo administración italiana y el paso de la política colonial a la cooperación al desarrollo

La no aprobación del Compromiso Bevin-Sforza por la Asamblea General de la ONU el 18 de mayo de 1949 marcó para Italia la transición de una política colonialista a una declaración a favor de la independencia de las colonias. En este marco, Italia se comprometió a aceptar el mandato decenal de protección sobre Somalia, decidido con la Resolución n. 289 de la ONU, de 21 de noviembre de 1949, en un espíritu de redención del pasado colonial: el objetivo declarado de la *Amministrazione fiduciaria italiana della Somalia* (AFIS) (Fideicomiso de Somalia bajo administración italiana) era testimoniar «la colaboración desinteresada de Italia con la obra de paz y civilización de las Naciones Unidas» (Miège, 1976, p. 285). Si estas eran las premisas ideales, la AFIS en cambio experimentó en concreto una serie de continuidades políticas, administrativas y culturales con el anterior periodo colonial. El compromiso italiano en el ámbito de las instituciones militares y las políticas de seguridad de la AFIS y, en perspectiva, del futuro estado somalí revelan un hecho de validez más general, es decir, el de una importante continuidad con el pasado colonial y todo el peso que este pasado ejerció a la hora de condicionar no sólo las relaciones italo-somalíes en una perspectiva poscolonial, sino también la dinámica específicamente somalí en la transición a la independencia.

Fueron precisamente las decisiones tomadas en los ámbitos militar y de seguridad las que pusieron de manifiesto el retraso político y administrativo de sectores enteros en comparación

con las premisas ideales de la AFIS y, en consecuencia, en la relación con el movimiento nacional somalí, además de suponer una carga económica considerable para su presupuesto. Desde luego, no fue una coincidencia que precisamente el sector de la seguridad fuera uno de los más accidentados en la devolución gradual de poderes a los somalíes. Fue precisamente la cuestión de la «somalización», es decir, la introducción de personal somalí en las instituciones militares, la que puso de manifiesto toda la cautela y, en ocasiones, la desconfianza de Italia para tratar de forma constructiva con el principal partido nacionalista, la *Somali Youth League* (Liga de la Juventud Somalí) (SYL).

En definitiva, en los diez años de AFIS, sobre la base del mandato de la ONU, Italia debería haber considerado la cuestión de la seguridad del territorio, primero, en términos de protección del orden público y, después, en relación con la formación de los somalíes; en cambio, la mayor preocupación de Italia fue, primero, defenderse de la eventual violencia de los somalíes y, después, cuando esto no ocurrió, ejercer una palanca de influencia política en la perspectiva de la independencia de Somalia a través de la formación militar de los somalíes. Por otra parte, los dirigentes somalíes, tras la elección del primer parlamento y gobierno somalíes en 1956, adquirieron un papel importante y autónomo en la gestión de la AFIS y fueron sin duda los responsables de interpretar, cada vez más, la cuestión de la seguridad del país al servicio de la nación pan-somalí, con repercusiones inmediatas en la estabilidad interna del Cuerno de África.

3.1 Los militares regresan a Somalia

El *Corpo di Sicurezza della Somalia* (Cuerpo de Seguridad de Somalia) (CSS) se creó como contingente militar para defender la administración civil italiana junto con el *Gruppo territoriale dei Carabinieri della Somalia* (GTCS) (Grupo Territorial de Carabi-

neros de Somalia), encargado de garantizar la ley y el orden en el país. En este marco, unos 6.000 militares italianos fueron enviados a Somalia en la primavera de 1950. La dislocación de las unidades tuvo lugar sobre la base de la división del territorio en zonas militares, tal y como había establecido la anterior BMA (que se convirtió en la *British Administration of Somalia* (BAS) (Administración Británica de Somalia) en abril de 1949). Se trataba de un número muy elevado de efectivos para lo que era una misión de mantenimiento de la paz bajo los auspicios de las Naciones Unidas. De hecho, se corría el riesgo de contravenir el artículo 6 del Acuerdo de protección sobre Somalia, según el cual Italia sólo debía «mantener las fuerzas de policía y establecer los contingentes de voluntarios necesarios para el mantenimiento de la paz y el orden en el territorio»⁶⁴.

En una primera fase, anterior a la firma del Compromiso Bevin-Sforza en mayo de 1949, fueron los británicos, que habían mantenido el control de Somalia desde su conquista en 1941, quienes insistieron en la necesidad de una participación por parte italiana numéricamente importante para prevenir posibles acciones hostiles de los nacionalistas somalíes que reclamaban la independencia inmediata del país. Sin embargo, tras la no aprobación del Compromiso, la situación política había cambiado por completo e Italia se disponía a regresar a Somalia no en virtud de un acuerdo todavía colonial, como había sido el anglo-italiano, sino bajo un mandato preciso de la ONU. El desproporcionado despliegue militar corría el riesgo de hacer las relaciones con la SYL aún más difíciles de lo que ya eran: el regreso de los soldados italianos, de hecho, hizo dudar a los nacionalistas somalíes de la sinceridad italiana a la hora de respetar los términos del mandato internacional, es decir, acompañar a Somalia hacia la independencia en el plazo de una década.

⁶⁴ *Trusteeship Agreement for the Territory of Somaliland under Italian Administration*, aprobado por el UN Trusteeship Council el 27 de enero de 1950.

El número total de soldados enviados a Somalia acabó siendo incluso superior al que los británicos habían presupuestado. Por eso no se puede culpar a los somalíes de sus protestas. De acuerdo con Angelo Del Boca (1990), los políticos se dejaron llevar por los militares, complaciendo o al menos sin desmentir sus temores en materia de seguridad (p. 221). Los boletines políticos procedentes de Mogadiscio insistían en descartar cualquier posibilidad de oposición armada al regreso de Italia: «La situación general en el interior es excelente; confirmó las previsiones anteriores sobre la ausencia de cualquier incidente»⁶⁵; y de nuevo: «En el momento del intercambio de poderes», telegrafiaba Pompeo Gorini, designado secretario general de la AFIS, «la SYL quizá pueda dar lugar a alguna protesta formal, como el envío de telegramas a la ONU, pero nada más»⁶⁶. Unas semanas más tarde, seguía siendo Gorini quien insistía en la importancia de dar una nueva lectura al esfuerzo italiano en Somalia:

«La mayoría de los somalíes no ocultan sus vivas y confiadas expectativas en nuestra administración; depende de nosotros no defraudarles. Hemos prometido mucho y ahora es necesario cumplir nuestras promesas en la medida de lo posible. Entre las medidas más esperadas están las relativas al aumento y mejora de los cultivos agrícolas, la mejora sanitaria, la educación escolar y profesional y la participación de los somalíes en el gobierno. Si estas medidas se aplican rápidamente, podremos contar con la cooperación general de los somalíes, no tendremos que temer incidentes de ninguna gravedad, y el enorme gasto militar actual podrá reducirse considerablemente como resultado»⁶⁷.

⁶⁵ ASDMAE, DGAFIS, c. 19, e. 47, recordatorio para el general Nasi, Mogadiscio, 9 de enero de 1950.

⁶⁶ ASDMAE, DGAFIS, c. 81, telespr.so n. 1025 de Gorini al MAI, 14 de enero de 1950.

⁶⁷ Archivio Storico del Comune di Casale Monferrato (ASCM), fondo Giuseppe Brusasca (GB), c. 34, e. 60, carta de Gorini a Nasi, 9 de marzo de 1950.

A pesar de todo, el *Stato Maggiore dell'Esercito* (SME) (Estado Mayor del Ejército) no cambió su línea, basándose en una supuesta inseguridad, cuando no franca hostilidad, del territorio. Esa línea, de hecho, no consideraba los informes de otro tenor y parecía más bien anclada en un escenario político caduco en el que la masacre de Mogadiscio de 1948 se consideraba constantemente una prueba más que suficiente de las trampas que Somalia podía destinar a los italianos. El 11 de enero de 1948, tras un encuentro entre dos marchas distintas, una de la Conferencia de Somalia que agrupaba a los partidos favorables al regreso de Italia al país y otra de la SYL que exigía la independencia inmediata, estallaron una serie de disturbios contra los italianos y sus bienes. El balance fue de 52 muertos y 48 heridos del lado italiano, 14 muertos y 43 heridos del lado somalí y 2 heridos leves entre las fuerzas de seguridad. En su gravedad, los sucesos de Mogadiscio revelaron la yuxtaposición de «los esfuerzos propagandísticos de Italia para preservar Somalia, los objetivos anexionistas de Gran Bretaña y el surgimiento del nacionalismo somalí» (Calchi Novati 1980, p. 355; 1994b). Dos años más tarde, sin embargo, el marco político había cambiado, los complots anglo-italianos para repartirse las colonias eran cosa del pasado y, sobre todo, la dirección de la AFIS, incluso antes del inicio oficial de la administración el 1 de abril de 1950, había entablado contactos políticos con la SYL. Esta última, aunque seguía oponiéndose al retorno de Italia, prometió llevar a cabo su política de oposición en un marco de plena legalidad y respeto al mandato de la ONU.

La posición inamovible de los militares se refería sobre todo a una cuestión de prestigio más que a una necesidad real. Según el ministro de Defensa, Randolpho Pacciardi, «no podemos permitir que se nos acuse de ligereza; debemos defender el honor de nuestras fuerzas armadas, que no pueden correr el riesgo de ser derrotadas»⁶⁸, y de hecho el argumento que acabó prevaleciendo

⁶⁸ ASCM, GB, c. 32, e. 9, notas de la reunión sobre Somalia celebrada el 26 de

fue que «cuanto mayor fuera la impresión de fuerza que darían nuestras unidades en términos de número y potencia de armamento en el primer desembarco, menos probable sería que tuviéramos que desplegarlas»⁶⁹. Sin embargo, esto no hizo más que confirmar los temores de los somalíes sobre la dudosa intención de Italia de no respetar los términos del mandato internacional, sobre todo porque el gobierno italiano había tenido la desafortunada idea de nombrar Comisario Extraordinario del traspaso de poderes entre Gran Bretaña e Italia al general Guglielmo Nasi, conocido por su larga carrera en la colonia y por haber acabado en la lista de criminales de guerra entregados por Etiopía a la Comisión de Crímenes de Guerra de la ONU al final de la Segunda Guerra Mundial. En el último momento y bajo la presión internacional de Etiopía y del Partido Comunista Italiano, Roma decidió abolir el Comisario Extraordinario, pero el daño ya estaba hecho (Morone, 2011a, pp. 56-57).

Demostrando que el teorema del miedo de los comandantes italianos era infundado, las operaciones de traspaso se desarrollaron sin contratiempos, desde el 20 de febrero hasta el 5 de abril de 1950, cuando las últimas tropas y funcionarios británicos abandonaron el país⁷⁰. En los primeros meses de la AFIS los militares del CSS intervinieron sólo en contadas ocasiones para disolver algunos altercados que habían enfrentado a cabilas somalíes a ambos lados de la frontera con Etiopía y luego para sofocar algunas protestas en Chisimaio, Margherita, Baidoa y Gallaciao (Morone, 2015b, p. 106). Por el contrario, fueron los nacionalistas somalíes quienes denunciaron los abusos del lado italiano que, sin duda, se produjeron (Morone, 2011a, pp. 61-65). Quedó

noviembre de 1949 en el MAI. El documento ha sido publicado íntegramente por Del Boca (1990), pp. 221-230.

⁶⁹ ASCM, GB, c. 20, e. 185, memorándum secreto sobre la situación militar y policial en Somalia, 10 de agosto de 1948.

⁷⁰ TNA, FO, c. 371, e. 80886, telespr.so n. JT 1019/8 del Consulado inglés en Mogadiscio al FO, 12 de abril de 1950.

entonces claro desde el principio que la Policía de Somalia, creada el 1 de abril de 1950, bajo la dirección de los 521 hombres del GTCS, sería ampliamente suficiente para garantizar el orden público y la seguridad en la AFIS. Incluso la decisión de confiar las funciones policiales en Somalia a la *Arma dei Carabinieri* y no a la *Polizia di Stato italiana* respondía obviamente a «evidentes criterios de oportunidad política», como confirmó posteriormente el último comandante del GTCS, precisamente porque estaban convencidos de que tenían que «hacer frente a una situación local llena de incógnitas»⁷¹.

3.2 El reclutamiento de los somalíes: ¿Una cuestión política?

El peso del aparato militar preparado para Somalia era aún mayor si se tiene en cuenta que, además de los militares italianos, se reclutó rápidamente un número significativo de somalíes, destinados, por el momento, a ocupar papeles subordinados dentro de la jerarquía militar: el 31 de diciembre de 1951 había más de 3.000 somalíes alistados en el CSS⁷², mientras que más de 2.000 eran los encuadrados por los Carabinieri en la recién constituida Policía somalí⁷³. A estas cifras hay que añadir los miembros del cuerpo «Ilalo», una policía rural con funciones auxiliares al servicio de las administraciones locales⁷⁴, y 140 antiguos Zaptiè, es decir, los Carabinieri somalíes de la época colonial, que fueron

⁷¹ Archivio Storico del Comando Generale dei Carabinieri (CGCC), Roma, fondo Missioni all'estero (ME), busta c. 871, e. 5, documentos elaborados por el gen. Arnera para la tesis de graduación del cap. Ragge, 12 de febrero de 1979.

⁷² Los datos proceden de Stato Maggiore dell'Esercito (1960)

⁷³ ASCM, GB, c. 32, e. 9, nota para el MAE, 25 de noviembre de 1949.

⁷⁴ Literalmente, la palabra «ilalo» significa «el que vigila». En la época precolonial, los «ilalo» eran los guardianes de los humedales en los que se sembraba, «sciàmbe». De ahí su uso en la época colonial con fines policiales. Presidenza del Consiglio dei Ministri (1962), p. 125.

reclutados en una compañía especial del CSS con funciones de policía militar (Arnera, 1980, p. 47). En su mayoría, los somalíes que se alistaron procedían de las filas de los antiguos ascari que habían prestado servicio a Italia durante el periodo colonial; este mismo hecho explica bien el motivo del reclutamiento. Durante los años de la renovada política colonial italiana, eran precisamente los ex ascari los que habían figurado entre los principales referentes de la propaganda italiana a favor de su regreso a la colonia, y no era casualidad que muchos ex ascari fueran miembros de la Conferencia de Somalia, el partido nacido en 1947 de diferentes asociaciones y grupos a favor del regreso de Italia a Somalia. Entre los nuevos reclutas, se favorecía a los miembros del clan hawiye, como revelan algunos datos, aunque parciales⁷⁵, que ponen de manifiesto una continuidad directa con el pasado colonial, cuando los hawiye habían desempeñado un papel destacado entre los intermediarios del colonialismo italiano (Hess, 1966).

Tras el inicio de la AFIS, los partidarios de la Conferencia, entre los que los hawiye eran mayoría, habían seguido apoyando la causa de las buenas relaciones entre italianos y somalíes, pero también habían empezado a exigir responsabilidades por las promesas hechas en años anteriores por Italia. No se trataba sólo de reclamar salarios atrasados o indemnizaciones a antiguos funcionarios, ex jefes de la cabila o incluso antiguos ascari, sino sobre todo de reclamar una posición de favor, cuando no de privilegio, en el marco de las nuevas instituciones que estaba construyendo la AFIS. En cierto modo, uno de los mayores retos para la administración italiana fue precisamente la revisión de las relaciones clientelistas entre los partidos pro italianos y la dirección de la AFIS con vistas a una mayor neutralidad política a la que pretendían adherirse los altos cargos de la administración italiana, en un clima que a principios de los años '50 ya no era el de la propaganda colonial de los '40. Evidentemente, distanciarse de la Con-

⁷⁵ ASDMAE, DGAFIS, c. 4, e. 20, Directorio de suboficiales somalíes de 1952.

ferencia era un paso ineludible para iniciar un diálogo creíble con los nacionalistas de la SYL. El reclutamiento de antiguos ascari en las filas de las fuerzas armadas corría entonces el riesgo de interponerse en la política de apertura de la AFIS a la SYL y, de hecho, acabó exacerbando la tensión con los nacionalistas somalíes.

La cuestión del reclutamiento de somalíes se hizo aún más difícil de manejar desde el punto de vista político en lo que a la Policía se refiere. Según los acuerdos firmados con los británicos en vísperas del traspaso de poder entre la BAS y la AFIS, todos los agentes de Policía (salvo los civiles) de la administración británica estaban obligados a trasladarse a la nueva administración italiana⁷⁶. El problema era que la inmensa mayoría de los agentes de la antigua Gendarmería creada por los británicos habían sido reclutados entre el clan Daarood y muchos militaban en la SYL. Por lo tanto, se creó un conflicto político y transversalmente también de clanes entre los militares y los policías somalíes que corría el riesgo de ser explosivo en un clima, como el de principios de los años '50, de fuerte enfrentamiento entre los dirigentes italianos y los nacionalistas somalíes. Según las memorias escritas que dejó el entonces comandante del GTCS, el teniente coronel Raoul Brunero, una de las primeras medidas que se tomaron fue «dar a la Policía una impronta más técnica, además de apolítica», a pesar de que no era posible «un despido masivo» de los oficiales inscritos en la SYL porque podría «parecer típicamente antidemocrático»; a pesar de que muchos inspectores de la antigua Gendarmería fueron descritos como «inteligentes, preparados y —en relación con el entorno— cultos», el mando italiano se dispuso a llevar a cabo una «reclamación» en el plano político y moral [... ya que] los Jóvenes Somalíes ampliamente representados en las filas

⁷⁶ TNA, FO, c. 1015, e. 553, informe sobre la transferencia de la administración en Somalia del Reino Unido al fideicomiso italiano, 1950.

de la Policía constituían un peligro demasiado grave para ser subestimado»⁷⁷.

La solución fue imponer a los agentes somalíes la obligación de firmar «un juramento de apoliticidad» en base al cual muchos «podían ser eliminados cuando se presentaran contra ellos pruebas concretas de relaciones intolerables de carácter político con el partido o con emisarios de los Jóvenes Somalíes»⁷⁸. Poco más de un año después del inicio de la AFIS, la labor de «limpieza» emprendida por los Carabinieri debió de ser un éxito si fue Brunero quien afirmó que se había producido, en comparación con 1950, «una inversión sustancial a nuestro favor de la actitud inicial adoptada por la policía somalí»⁷⁹. Tanto es así que pudo rebatir el análisis del general Ferrara, del CSS, quien, con la intención de «evitar las reducciones en curso u otras en estudio», estimó «la confianza de los Cuerpos de Seguridad en un 85% y la de la Policía en un 30%»⁸⁰. Las protestas de la SYL eran, por tanto, más que comprensibles, no sólo porque se estaba despidiendo a muchos agentes, sino, sobre todo, porque se rompía el vínculo entre el partido y la Gendarmería, que representaba, en la perspectiva de la SYL, una de las pocas garantías ante los temores de que una administración italiana regresara a Somalia no para conceder la independencia, sino para restaurar el antiguo régimen colonial.

⁷⁷ CGCC, ME, c. 871, e. 17, *Arma dei Carabinieri* en la fase inicial de la reorganización de la Policía somalí 1950-51, mecanografiado inédito firmado por el general de brigada Raoul Brunero, 1960. En 1950, el entonces teniente coronel Brunero era comandante del GTCS.

⁷⁸ CGCC, ME, c. 871, e. 17, *Arma dei Carabinieri* en la fase inicial de la reorganización de la Policía somalí 1950-51, mecanografiado inédito firmado por el general de brigada Raoul Brunero, 1960.

⁷⁹ ASDMAE, DGAFIS, c. 2, e. 15, nota para el administrador firmada por Brunero, 20 de octubre de 1951.

⁸⁰ ASCM, GB, c. 46, e. 263, carta n. 1072/s. de Fornari a Brusasca, 22 de octubre de 1951.

Las reivindicaciones de la SYL se interpretaban sistemáticamente como provocaciones, mientras que para los Jóvenes Somalíes se trataba de exigir un sistema de administración diferente al del pasado. Para el comandante del CSS, el general Arturo Ferrara, que estuvo en Somalia durante el periodo fascista entre 1925 y 1926, «la SYL continuó su labor tendente a crear descontento incluso en los departamentos del Cuerpo de Seguridad, provocando absurdas reivindicaciones en favor de los militares somalíes e intentando erigirse en guardiana de sus intereses; hoy le toca el turno a la reivindicación de igualdad salarial entre el personal somalí y el italiano»⁸¹.

Desde la perspectiva de los nacionalistas somalíes, las desigualdades sociales y la subordinación impuestas por el antiguo régimen colonial, que habían convertido a los gobernantes coloniales en privilegiados en detrimento de los súbditos colonizados, no podían ni debían continuar por más tiempo. Era entonces inaceptable que «un ascari cueste unas 350.000 liras al año, un soldado [italiano] cueste aproximadamente un millón»⁸². Por la parte italiana, en cambio, era muy difícil abandonar una cierta *forma mentis* ligada al pasado colonial, como demuestra el caso relatado en una circular de la AFIS en 1954: «Numerosos Ilalo son destinados a trabajos de otro tipo y, en especial, asignados a las funciones de «*boy*», camareros, cocineros, ayudantes de cocina» exactamente como había sido en la época colonial, pero bajo la AFIS «este empleo abusivo e irregular de Ilalo debe cesar absolutamente, ya que, además, conduce a una disminución de ese prestigio del que siempre debe gozar, entre la población, quien pertenece al Cuerpo de Ilalo»⁸³. Esta deriva nostálgica, con todos

⁸¹ Archivio dell'Ufficio Storico dello Stato Maggiore dell'Esercito (AUSSME), fondo AFIS, 1951/A/2-2, noticias sobre la visita de la Misión de la ONU a Somalia, 6 de octubre de 1951.

⁸² ASCM, GB, c. 33, e. 36, informe sobre Somalia, s.f.

⁸³ ASCM, GB, c. 14, e. 18, circular n. 859576 del secretario general a todos los comisarios y residentes, 10 de mayo de 1954.

los problemas políticos y de gestión asociados, exigía un claro cambio de ritmo por parte de la dirección de la AFIS.

3.3 Demasiados militares para la AFIS

Desde los primeros días de su mandato, la dirección civil de la AFIS se dedicó a reducir el contingente militar italiano en Somalia. Así, el número de soldados del CSS pasó de más de 6.000 a 2.250 en junio de 1951 y a 1.108 en diciembre del mismo año. Las reducciones afectaron también a la marina y a la aviación, que en 1951 suspendieron toda actividad con aviones de combate, que fueron desmantelados y enviados de vuelta a Italia, mientras que en Somalia sólo permaneció activo un servicio de transporte aéreo y de enlace entre las distintas regiones (Bronchini, 1996, pp. 1111-1115). El mando del cuerpo se opuso enérgica y repetidamente a la reducción de su personal porque era «prematura» y presagiaba «un sentimiento generalizado de hostilidad hacia la administración civil» por parte de los propios militares⁸⁴. La reducción de efectivos ponía en entredicho el protagonismo que los propios militares habían buscado en Somalia desde las primeras fases de la AFIS, y además privaba a los militares repatriados de la dieta de servicio por la misión en Somalia que el propio ministro de Hacienda Pella había considerado «excesivamente elevada» (Del Boca, 1992, p. 227). Fueron precisamente los aspectos económicos del asunto los que hicieron crecer el descontento de los militares hasta el punto de que, según las autoridades civiles de la AFIS, no faltaron «sentimientos de verdadero odio y profundo resentimiento hacia la administración civil por parte de los afectados, que se consideran víctimas de medidas ruinosas para tantas familias que, al regresar a Italia, ya no disponen, entre otras cosas,

⁸⁴ ASCM, GB, c. 37, e. 105, nota del comandante del *Gruppo Territoriale Carabinieri di Somalia*, Alberto Mennerini, 11 de junio de 1951.

de la casa y el mobiliario abandonados cuando fueron trasladados a África, lo que nadie les había hecho creer que se limitaría a una costosa estancia de sólo unos meses»⁸⁵.

Para el administrador y jefe de la AFIS, Giovanni Fornari, «la Policía, dirigida por 250 Carabinieri y un cierto número de carros blindados, es más que suficiente para mantener el orden público y la seguridad en el territorio», como declaró en 1952 en su informe anual a las Naciones Unidas⁸⁶. El coste de mantener un aparato militar desproporcionado y a la postre innecesario corría el riesgo de desviar recursos indispensables de la labor de modernización de Somalia sancionada por el mandato internacional, por lo que la determinación de reducir el peso de los militares se hace aún más evidente en una conversación confidencial entre el jefe del Estado Mayor de la AFIS, Pier Pasquale Spinelli, y el administrador al margen de los debates de la ONU, de la que más tarde se hizo eco públicamente Fornari:

«Con la estructura actual de nuestro presupuesto (el 40% absorbido por los gastos militares y policiales y la tendencia a aumentar los gastos de personal en detrimento de los gastos en obras públicas), no veo muchas posibilidades de realizar verdaderos progresos de desarrollo en los diversos campos económicos y sociales. Por lo tanto, el primer problema que habría que abordar sería el de una mayor reducción del gasto y del personal militar y policial. Ello permitiría disponer de los créditos adicionales necesarios para escuelas, hospitales, cárceles, cooperativas, etc., y evitaría al mismo tiempo las críticas [a la ONU], a las que honestamente no tenemos argumentos para oponernos, convencidos como estamos de que la policía, encabezada por 250 Carabinieri y un cierto número de coches

⁸⁵ ASCM, GB, c. 33, e. 37, informe político de marzo de 1951, región de Benadir.

⁸⁶ ASDMAE, DGAFIS, c. 19, e. 9, Informe al Embajador Fornari del Representante Especial del Fideicomiso de Somalia para la XI Sesión del Consejo de Tutela, Nueva York, 12 de julio de 1952.

blindados, es más que suficiente para mantener el orden y la seguridad en el territorio»⁸⁷.

Algún tiempo después, fue nuevamente Spinelli quien retomó el asunto, señalando que «desde 1950, los militares siempre han gastado más de lo presupuestado de una forma u otra y no, en mi opinión, por necesidad real sino por principios»⁸⁸.

El cambio de rumbo fue propiciado por el sucesor de Forinari, el administrador Enrico Martino, para quien «la considerable reducción de los gastos del Cuerpo de Seguridad en los dos últimos años no es suficiente»; para «resolver radicalmente el problema, [...] es necesario suprimir el Cuerpo de Seguridad» y sólo el final de su mandato le impidió llevar a cabo este proyecto⁸⁹. De hecho, fue el sucesor de Martino, el administrador Enrico Anzilotti, quien consiguió el resultado esperado, tal y como informó al secretario general de la AFIS, Piero Franca, en Mogadiscio, tras una compleja reunión en Roma con el subsecretario de Asuntos Exteriores, Alberto Folchi, y el representante del Estado Mayor del Ejército:

«Básicamente, Defensa acepta (de palabra por ahora, pero pronto por escrito) todo, reservándose el consuelo de decir que debería haber seis compañías [de policía] en vez de cinco (con menos personal, ya que el límite de gasto se acepta sin discusión), que debería haber una «masa crítica» en Mogadiscio, etc., etc. Intenté, con un esfuerzo de paciencia que hasta Folchi admiraba, hacer entender al enviado de Marte lo que es Somalia, pero al no tener práctica de Kindergarten, sin éxito. Por eso le pedí con urgencia [a Franca] un plan resumido para un cuerpo de policía único; porque si es sólo un cuerpo de

⁸⁷ Ibid.

⁸⁸ ASDMAE, DGAFIS, c. 19, e. 5, carta n. 90/03641 de Spinelli a Martino, 22 de junio de 1954.

⁸⁹ ASDMAE, DGAFIS, c. 2, e. 5, nota adjunta a la carta secreta n. 65762, de Enrico Martino a Gaetano Martino, 9 de abril de 1955.

policía, Defensa se desinteresa por completo. Y no tener nada más que ver con Defensa me parece una ventaja tal que compensa cualquier otro inconveniente sobre el terreno. De todas formas, se puede decir que se ha ganado la partida»⁹⁰.

El CSS se disolvió definitivamente mediante el Decreto del Administrador n. 16, de 1 de enero de 1956⁹¹, dando por fin pleno efecto al espíritu del mandato, que preveía el establecimiento de una fuerza policial en lugar de un ejército.

De hecho, con el Decreto del Administrador n. 18, de 1 de enero de 1956, se creó la Fuerza de Policía de Somalia (FPS), dependiente del Ministerio del Interior somalí⁹². La FPS integró en un solo cuerpo a los militares somalíes en servicio con los GTCS y a los agentes somalíes que habían sido reclutados en la Policía somalí bajo la responsabilidad de los GTCS, que había sufrido una reducción progresiva de efectivos paralela a la de los GTCS: de más de 500 unidades en abril de 1950, se había pasado a 300 en un par de años para descender luego a 168 en 1955 y a 50 en 1958⁹³. El FPS fue asumido y mandado por los Carabinieri bajo el mando del teniente coronel Umberto Ripa di Meana. Así pues, todos los soldados del CSS regresaron a Italia en 1956, a excepción de un número muy limitado que formó el escuadrón blindado bajo el mando directo del administrador con tareas de asistencia técnica y adiestramiento de los somalíes.

⁹⁰ ASDMAE, DGAFIS, c. 19, e. 5, carta de Anzilotti a Franca, 13 de octubre de 1955.

⁹¹ Bollettino Ufficiale dell'AFIS (BUAFIS), supplemento (sup.) (suplemento) 1 al n. 3, 1956.

⁹² BUAFIS, sup. 1 al n. 3, 1956.

⁹³ CGCC, ME, c. 871, e. 5, informe sobre las actividades y la situación de la Fuerza en Somalia, dirigido al comandante General de la Fuerza, General del Cuerpo de Ejército, Luigi Lombardi, 26 de diciembre de 1958.

3.4 La Somalización

La liquidación del contingente militar italiano abrió un nuevo reto para los dirigentes de la AFIS: proceder rápidamente a la somalización de los organismos somalíes encargados de hacer cumplir la ley en paralelo con el proceso en curso para la somalización de toda la administración del estado. Las instituciones fiduciarias representaban *in fieri* la estructura del futuro estado somalí y, por lo tanto, una vez «trasplantadas», se convirtieron progresivamente en somalíes mediante un proceso de somalización que no sólo preveía la incorporación de funcionarios somalíes en lugar de los funcionarios fiduciarios italianos, sino que exigía la formación y educación de funcionarios somalíes como paso previo. En general, el inicio de la somalización fue lento, tanto por razones políticas como por la falta real de personal somalí adecuadamente formado para ser incorporado en la administración; sin embargo, en la segunda parte de la década del fideicomiso, este proceso experimentó una fuerte aceleración⁹⁴. En particular, en lo que respecta al sector de la seguridad y el orden público, era evidente que hasta que todas las funciones de mando no estuvieran ocupadas por los militares y los Carabinieri, la somalización era, de hecho, imposible. Comenzó verdaderamente después de 1956, a pesar de que, desde 1950, se había abierto la Escuela de Policía de Mogadiscio, que, en el arco de la década de la AFIS, graduó a casi 2 mil cadetes, y en 1952, se inauguró la Escuela Preparatoria para el Ingreso en las Escuelas Militares Italianas para la especialización de policías somalíes en Italia (Arnera, 1980, p. 46).

La acción encaminada a una rápida somalización de las FPS tuvo que enfrentarse a la «clara y decidida oposición» del comandante de los Carabinieri Alfredo Arnera⁹⁵, replicando, al menos

⁹⁴ Para un análisis más amplio de este tema véase Morone (2012).

⁹⁵ CGCC, ME, c. 871, e. 5, informe sobre las actividades y la situación de la Fuerza en Somalia, dirigido al comandante General de la Fuerza, General del Cuerpo de Ejército, Luigi Lombardi, 26 de diciembre de 1958.

en parte, la lógica del CSS. Las razones adoptadas se referían, por una parte, a la «aceleración más allá de cualquier plazo razonable de la formación» de los agentes somalíes y, por otra, al temor de que, en vista de las elecciones políticas de marzo de 1959, «el gobierno somalí pudiera dar a la Policía (toda somalí) directivas no del todo imparciales»⁹⁶. En definitiva, el comandante Arnera tenía confianza en los oficiales que él mismo había contribuido a formar a lo largo de los años, hasta el punto de estimar su «plena y segura confianza en un 80-90%, incluso en casos de graves alteraciones del orden público», pero no depositaba la misma confianza en el gobierno somalí, al que quería «hacer recaer por completo la responsabilidad de la seguridad y el orden público»⁹⁷. En otra correspondencia dirigida por Arnera a la comandancia general de los Carabinieri en Roma, el comandante escribió de forma más libre de lo que había hecho ante el administrador Anzilotti. Arnera salía a relucir claramente que una cosa era confiar en sus subordinados somalíes y otra pensar que los somalíes realmente podían hacerlo todo por sí mismos: «Pensamos en el gravísimo peligro que supondría entregar el Mando de la Policía a un oficial indígena que se convertiría en el verdadero amo del estado somalí, ya que no hay otra fuerza armada que lo equilibre, que lo controle»⁹⁸. Por el contrario, para Anzilotti, tras las primeras elecciones generales de 1956, los somalíes debían ser, en la medida de lo posible, los responsables directos de la toma de decisiones y los principales impulsores del futuro de Somalia, con la AFIS en un papel de mera ayuda y asesoramiento. Así, el 14 de diciembre de 1958, se disolvió el GTCS y se colocó a un oficial somalí, Mohamed Abshir Musa, al frente de la AFIS. Los pocos Carabinieri que permanecieron en el país constituyeron la

⁹⁶ Ibid.

⁹⁷ Ibid.

⁹⁸ CGCC, ME, c. 1601, f. 8, carta de Arena al Mando CC Roma, 17 de noviembre de 1958.

Compañía autónoma de Carabinieri de Somalia, puesta bajo la dependencia directa del Administrador con tareas de asesoramiento técnico y asistencia a la Policía somalí.

Una vez completada la somalización de la Fuerza de Policía, se dio la paradoja de que fue el gobierno somalí el que presionó para que se creara un ejército somalí además de la Fuerza de Policía. La paradoja residía en el hecho de que, llegados a este punto, fueron los propios somalíes los que no se conformaron con la dirección de la seguridad somalí en los meros términos de una fuerza de policía nacional, como habían recomendado los propios términos del mandato. El parlamento somalí había votado el 29 de enero de 1958 una moción a favor de «la indispensable constitución de unas Fuerzas Armadas claramente diferenciadas de la Policía» para asegurar «la defensa de las fronteras del territorio y poner al país en condiciones de hacer frente a cualquier contingencia excepcional»⁹⁹. El comandante Arnera había desaconsejado enérgicamente la creación de un ejército somalí porque Somalia, que «surge bajo los auspicios de la ONU, no necesita ciertamente rechinar los dientes», porque en la actual situación de estrechez financiera, los gastos de policía absorbían ya «el 15% del presupuesto del estado», y, por último, porque era «absolutamente conveniente no someter a la Fuerza de Policía a desmembramientos» que podrían debilitar su estructura y dispersar sus capacidades operativas, como prometía hacer el plan de redistribución del personal de la FPS entre la Policía y el nuevo ejército¹⁰⁰.

Los argumentos esgrimidos por Arnera fueron suscritos por Anzilotti, quien escribió al presidente de la Asamblea Legislativa, Aden Abdulla Osman, que «no parece posible ni conveniente» formar un ejército somalí, quitando recursos y hombres a la poli-

⁹⁹ CGCC, ME, c. 871, f. 17, Moción de la Asamblea Legislativa, 29 de enero de 1958.

¹⁰⁰ CGCC, ME, c. 871, f. 17, memoria relativa al establecimiento del Ejército de Somalia, firmado por Arena, s.f.

cía¹⁰¹. Al final, prevalecieron los deseos de los somalíes, como sugería un marco en el que el administrador había renunciado para entonces a la mayor parte de sus poderes de dirección política y seguía siendo un árbitro lo más imparcial posible. Si Anzilotti hubiera ido en contra de una decisión legítima del parlamento somalí, las repercusiones políticas en la inminencia de la independencia podrían haber sido graves. Así, pocos meses después de la independencia del país, el 1 de julio de 1960, con la Ley n. 15 de 26 de marzo de 1960, se creó el Ejército Nacional de Somalia con la misión de presidir «la defensa armada de la patria»¹⁰². El primer núcleo se estableció separando los grupos móviles de las FPS y poniéndolos bajo la Presidencia del Consejo hasta que se creó el Ministerio de Defensa mediante la Ley n. 4 de 20 de septiembre de 1960¹⁰³.

El compromiso por parte italiana de revisar sus posiciones iniciales, especialmente conservadoras, para llegar finalmente a una somalización plena del Departamento de Seguridad de Somalia fue reconocido en el momento de las celebraciones por la independencia por el Secretario de la misión de la ONU, J. J. Cebe-Harbersky, quien declaró en una entrevista concedida a «*La Nazione*» cómo la formación de las fuerzas somalíes se llevó a cabo de forma «apolítica e incorruptible», hasta el punto de ser considerada como uno de los mayores logros de la AFIS¹⁰⁴. Del lado italiano, una buena formación militar de los somalíes también debía garantizar a Italia un cierto margen de influencia política en el país tras el fin del fideicomiso. Sin embargo, los esfuerzos italianos se vieron redimensionados, cuando no mortificados, en

¹⁰¹ CGCC, ME, c. 871, f. 17, carta de Azilotti a Aden Abulla Osman, 2 de marzo de 1958.

¹⁰² Bollettino Ufficiale della Somalia (BUS), sup. 2 al n. 4, 1960.

¹⁰³ BUS, sup. 1 al n. 4, 1960.

¹⁰⁴ La Somalia è grata all'Italia e ai denari spesi per la sua indipendenza (Somalia agradece a Italia y al dinero invertido en su independencia), *La Nazione*, 9 de julio de 1960.

las primeras fases posteriores a la independencia. Fue de nuevo Arnera, permaneciendo en Mogadiscio como responsable de la cooperación técnico-militar italiana con el Gobierno somalí, quien subrayó, por un lado, «una crisis moral y operativa» de la Policía somalí, tras su desmembramiento y la transferencia de un tercio de su personal al ejército, y por otro, las «dificultades» relacionadas con la integración entre las fuerzas policiales de la antigua Somalia bajo protección italiana y la de la antigua Somalilandia británica¹⁰⁵. De hecho, en el mismo momento de la independencia se proclamó también la unión entre las dos antiguas colonias, italiana y británica, dando lugar a un proceso de integración tan problemático que, como se ha escrito, «pocas veces se ha dado en África un contraste más perjudicial entre los distintos enfoques de la construcción del estado» heredados de las diferentes tradiciones administrativas y políticas de las dos antiguas potencias coloniales (Laitin, Samatar, 1987, p. 68; Contini, 1969).

El reclutamiento de somalíes en el ejército y la policía tuvo lugar de forma voluntaria, estableciendo una cuota única para cada región, con el objetivo en principio de garantizar un equilibrio entre los diversos componentes sociales y de clan de Somalia¹⁰⁶. Aunque los italianos insistieron en que «el reclutamiento se había realizado a escala nacional» y que la prevalencia de los daa-rood, estimada en un 65%, «no era deliberada»¹⁰⁷, eran comprensibles las protestas de los partidos de la oposición y, en parti-

¹⁰⁵ CGCC, ME, c. 871, e. 17, nota sobre la situación interna somalí, 27 de septiembre de 1960. La nota está firmada por el antiguo comandante Arena, que ya había regresado a Roma.

¹⁰⁶ *Norme sul reclutamento dei militari dell'Esercito Nazionale della Somalia (Normas sobre el reclutamiento de soldados del Ejército Nacional de Somalia)*, Decreto legislativo n. 5 del 4 de mayo de 1960, BUS, sup. 5 al n. 5, 1960. *Reclutamento Ufficiali dell'Esercito Somalo (Reclutamiento de oficiales del ejército somalí)*, Decreto legislativo n. 2 del 22 de octubre de 1960, BUS, sup. 1 al n. 6, 1960.

¹⁰⁷ TNA, FO, c. 371, e. 131463, discusiones anglo-italianas sobre Somalia, 4 de marzo de 1958.

cular, del Hizbia digil mirifle somali que, en representación de los clanes dighil y rahanweyn, se quejaba de la exclusión total de sus afiliados de las filas de la policía y el ejército, pronosticando una *conventio ad escludendum* en favor de los daarood y hawiye que, en cambio, militaban en gran número en la SYL¹⁰⁸. Según el comandante Arnera, incluso la decisión de ascender al grado de «teniente coronel, no sólo al comandante Mohamed Abshir Musa, designado para asumir el mando [de las FPS], sino también a Daud Abdulle [... fue] determinada exclusivamente por factores y consideraciones tribales; en esencia, de hecho, los ministros del grupo hawiye querían enfrentar al nuevo comandante somalí, perteneciente a los daarood, con otro elemento de su propio grupo étnico»¹⁰⁹. El ascenso de Daud Abdulle había superado, además, al del segundo en rango de las FPS, el comandante Mohamed Siad Barre, futuro presidente de la Somalia revolucionaria tras el golpe de estado de 1969, que había servido durante dos años en los Zaptiè en el periodo colonial y luego, tras el regreso de los italianos a Somalia, había transitado al CSS y, finalmente, a las FPS¹¹⁰.

El factor del clan fue sin duda importante para determinar el equilibrio político en Somalia en aquellos años y, de hecho, en la literatura especializada se ha considerado ampliamente como una piedra angular para interpretar el comportamiento político y social de los somalés y su historia (uno para todos: Lewis, 2002). Sin embargo, sería erróneo atribuir al clan una especie de explicación apriorística de los hechos políticos somalés, sobre todo teniendo en cuenta que la SYL había hecho de la lucha contra las

¹⁰⁸ TNA, FO, c. 371, e. 131461, telegrama n. 71 de Mogadiscio al FO, 26 de marzo de 1958.

¹⁰⁹ CGCC, ME, c. 871, e. 17, informe sobre la organización y la situación de la Fuerza de Policía de Somalia, dirigido al Administrador Mario Di Stefano y firmado por Alfredo Arena, 10 de enero de 1959.

¹¹⁰ CGCC, ME, c. 871, e. 5, Anuario de Oficiales de la Fuerza de Policía de Somalia, año 1958.

divisiones entre clanes uno de los puntos principales de su programa, interpretando el clan no sólo como una herencia del pasado, de una sociedad arcaica y conservadora que el proyecto nacional de la SYL pretendía superar, sino considerándolo también como una herencia directa del colonialismo que, manipulando y construyendo las identidades de los clanes, había gobernado Somalia. En la práctica, sin embargo, la SYL recurrió contingentemente a referentes clánicos para gobernar el país, replicando en cierto modo el pasado sistema colonial (Morone, 2011a, pp. 83-88).

3.5 Somalíes al mando

La decisión del gobierno somalí de dotar al país de un ejército respondía sin duda a un imperativo político muy concreto que hacía referencia a la agenda pan-somalí. Desde su fundación en 1943, la SYL había situado en lo más alto de su agenda política el objetivo de reunir todas las tierras de lengua somalí del Cuerno de África en un solo estado, reunificando la virtual nación somalí dividida entre los territorios de la antigua Somalia italiana, la Somalilandia británica, la Somalia francesa, el Northern Frontier District en la Kenia británica y las provincias etíopes de Hawd-Ogaden. La constitución de una Gran Somalia, que en los primeros años de la posguerra había sido defendida por los británicos, aunque en una versión reducida que sólo incluía la antigua Somalia italiana, la Somalilandia británica y Ogaden, acabó siendo desalentada por los propios británicos, que devolvieron las regiones del Ogaden y del Hawd a la plena soberanía etíope respectivamente en 1948 y 1955. El proyecto pan-somalí siempre había tropezado con la clara oposición de los franceses y, sobre todo, de los etíopes, que lo consideraban una amenaza directa para su propia integridad territorial y soberanía nacional. Durante los años de la AFIS, la SYL había vuelto a promover el programa pan-

somalí, contando más con el apoyo del Egipto de Nasser que con el de Italia, que, en su esperanza de cultivar buenas relaciones con los somalíes y al mismo tiempo con los etíopes, corría el riesgo de disgustar a ambos. Fue la insistencia de los dirigentes de Mogadiscio en el proyecto pan-somalí la que alimentó un enfrentamiento indirecto con el gobierno de Addis Abeba durante los años de la AFIS, con el resultado de hacer impracticable llegar a un compromiso para la definición del trazado de la frontera internacional entre Somalia y Etiopía, que seguía siendo incierta desde los tiempos de la partición colonial del Cuerno de África (Morone, 2015b). La unión en el momento de la independencia entre las dos Somalias, italiana y británica, había dado un nuevo impulso al programa pan-somalí, con el riesgo, sin embargo, de desestabilizar toda la región, ya que todas las fronteras del Cuerno de África estaban en entredicho.

Aunque el artículo 6 de la Constitución somalí de 1960 promovía «por medios legales y pacíficos, la unión de los territorios somalíes»¹¹¹, a principios de la década de 1960 quedó cada vez más claro que la carta militar no quedaba excluida. Por esta razón, el ejército somalí se había convertido en una cuestión clave en vísperas de la independencia, junto con su equipamiento técnico. La cuestión de la ayuda militar a Somalia se convirtió rápidamente en uno de los temas cruciales de la relación entre el recién nacido estado somalí y sus principales socios internacionales, hasta el punto de que el gobierno de Mogadiscio no tuvo reparos en «manipular los objetivos ideológicos e identitarios» para conseguir la Gran Somalia a cualquier precio (Abdi Sheik Abdi, 1981, p. 165). Para los somalíes, era difícil «creer en la amistad de Estados Unidos mientras éste contribuya a reforzar las fuerzas armadas etíopes, ya enormemente superiores en efectivos y medios y cuyo desarrollo no se justifica por ningún peligro en

¹¹¹ Se puede encontrar una copia del texto de la Constitución somalí de 1960 en el apéndice de D'Antonio (1962), pp. 143-152.

las fronteras»¹¹². Por otra parte, para Washington era la Etiopía de Haile Selassie la que representaba el primer y más importante socio en el Cuerno de África, mientras que Somalia «no ofrecía nada único» (Ottaway, 1982, p. 28). Después de que Italia se mostrara seguidora de la política de Estados Unidos, sin grandes márgenes de autonomía, los somalíes decidieron romper «el monopolio occidental» de las armas en el Cuerno de África, llegando a un acuerdo con la Unión Soviética en 1963, para la financiación de 30 millones de dólares y el entrenamiento de 10 mil hombres (Lefebvre, 1998, p. 641).

Sólo tres años después de la independencia, la pérdida de influencia de Italia *in primis*, y en un sentido más amplio de Occidente, sobre Somalia era más evidente que nunca. Si uno de los objetivos del mandato italiano, el principal para Italia, era seguir contando en Somalia tras la independencia a través de la cooperación en la construcción del nuevo estado somalí, a la formación de una clase dirigente política (y también militar) ítalo hablante, era evidente que, por el contrario, los somalíes habían aprendido bien la lección de la autodeterminación y el autoaprendizaje hasta el punto de liberarse rápidamente de una relación demasiado estrecha con sus antiguos amos. El acuerdo con la Unión Soviética había revelado en vano los intentos italianos (y occidentales) de promover, de acuerdo con el comandante de las FPS, Mohamed Abshir Musa, «una forma de colaboración internacional a alto nivel entre la Policía de Somalia y el SIFAR» (Servizio Informazioni Forze Armate) (Servicio de Información de las Fuerzas Armadas) con el objetivo preciso de contrarrestar «las iniciativas cada vez más amplias y profundas de Rusia y China en Somalia a través del Partido Comunista Italiano»¹¹³. Somalia había demos-

¹¹² CGCC, ME, c. 871, e. 17, nota sobre la situación interna somalí firmada por Arena, 27 de septiembre de 1960.

¹¹³ CGCC, ME, c. 871, e. 17, nota sobre las actividades del capitán Giovannone en Somalia, 27 de septiembre de 1960.

trado su capacidad para orientar las relaciones internacionales entre los dos bloques en función de sus propios intereses.

La primera guerra entre Somalia y Etiopía, que estalló en octubre de 1963 a lo largo de la frontera de Ogaden y no terminó hasta febrero de 1964, gracias a la mediación internacional de la Organización para la Unidad Africana (OUA), con la vuelta de los dos países a sus posiciones anteriores a 1963, fue la prueba de cómo se habían despreciado rápidamente el dictado constitucional somalí y la connotación pacífica del pansomalismo. La nueva Somalia surgió debilitada dentro de la política panafricana que había hecho de la intangibilidad de las fronteras de origen colonial uno de los principios cardinales del nuevo orden continental. Además, la diplomacia somalí se encontró en dificultades objetivas para sostener la tesis de un conflicto «entre el pueblo de Ogaden y el gobierno etíope y no entre Addis Abeba y Mogadiscio» (Gorelick, 1981, p. 32). De hecho, la ayuda de Mogadiscio a los irredentistas somalíes que luchaban contra la represión etíope en Ogaden había sido notoria, llegando incluso a la intervención directa del ejército somalí en territorio etíope. Sin embargo, la escalada militar en el Cuerno de África no puede atribuirse en términos consecuentes a la AFIS, que había demostrado tras un comienzo incierto que trabajaba con convicción sobre el teorema de la paz y la seguridad encarnado en el orden multilateral de la ONU; fue más bien la convergencia impropia entre el nacionalismo militante somalí y el enfrentamiento regional entre los dos bloques, occidental y soviético, lo que llevó a la guerra y frustró la vocación neutralista del mandato internacional.

4. La nueva política de Italia en África y la crisis del Congo

1960 ha pasado a la historia como el año de África por la independencia de 17 países africanos que, idealmente, marcó el fin del dominio colonial impuesto en el continente a finales del siglo XIX por un puñado de potencias europeas. El 1 de julio de ese mismo 1960, el fideicomiso de Somalia también llegó a su fin con la independencia de la antigua colonia italiana y su unión simultánea con la Somalilandia británica. La singular descolonización italiana, que llevó al nacimiento de la República de Somalia, iba a ser testigo, en la planificación política de la antigua potencia colonizadora, de la contribución de la nueva Italia posfascista al orden internacional de posguerra promovido por la ONU, en la que Italia había sido admitida en 1955. La ONU había representado las crecientes reivindicaciones anticoloniales y acogió progresivamente a los nuevos países independientes, culminando con la adopción de la Resolución n. 1514 de la Asamblea General el 14 de diciembre de 1960 a favor de la autodeterminación de los países y pueblos colonizados y su acceso a la independencia. 1960 fue también el año de la independencia del Congo y de la crisis política y militar internacional que desgarró la antigua colonia belga hasta 1964. La crisis congoleña puso en tela de juicio la existencia misma del estado surgido de una descolonización un tanto improvisada y representó una prueba muy difícil para las Naciones Unidas y su propia capacidad para preservar el orden internacional del que era promotora.

La AFIS, solicitada en el contexto de la renovada política colonial de Italia en los primeros años de la posguerra, se enten-

dió entonces, a pesar de todas sus limitaciones objetivas, como un instrumento para afirmar una política de presencia en África que miraba más a la lógica de la influencia política indirecta y la penetración (y dependencia) económica típicas de la Guerra Fría, que a la dominación colonial directa. La participación de Italia en la misión internacional de mantenimiento de la paz de la *Organisation des Nations Unies au Congo* (ONUC) con un contingente de fuerzas aéreas también formaba parte de esta política. Así pues, Italia quería contribuir a la labor de paz y cooperación de la ONU, pero sobre todo quería estar presente una vez más en África, siguiendo su propia línea autónoma dentro de la Alianza Atlántica destinada a establecer relaciones políticas y económicas preferentes con los nuevos países africanos independientes.

Si bien es cierto que Italia «desempeñó un papel marginal en la crisis» (Rognoni, 2012, p. 80) del Congo, su participación en la ONU tuvo una importancia ineludible en la búsqueda de una presencia nueva y diferente en África en comparación con el pasado colonial. Era una presencia nueva en cuanto al contexto geopolítico y diferente en cuanto a los objetivos perseguidos. Sin embargo, por parte italiana faltaba un claro distanciamiento del pasado colonial. De forma un tanto paradójica, esta nueva presencia se reivindicaba a través de la ligereza de la historia colonial, que había terminado de forma anómala con la derrota de Italia en la guerra, el arreglo de las antiguas colonias decidido en las Naciones Unidas y el mandato internacional sobre Somalia. Entre los pliegues de una compleja crisis internacional que supuso una derrota para la ONU, la participación italiana y, en particular, el asesinato de 13 aviadores italianos el 11 de noviembre de 1961 en Kindu pusieron de manifiesto algunas de las contradicciones inherentes a la nueva política italiana para África, tanto desde el punto de vista de la incapacidad de Italia para escapar plenamente a los condicionamientos (y alineamientos) de la lógica bipolar al perseguir una relación privilegiada con los nuevos líderes africanos, como desde el punto de vista de la relación con el pasado

colonial al querer connotar la presencia de Italia en África como verdaderamente nueva y diferente. Al fin y al cabo, el final del corto siglo de colonialismo no se correspondió con una emancipación sustancial de las poblaciones colonizadas, mientras que fueron las nuevas políticas de cooperación y ayuda al desarrollo las que renovaron los mecanismos de dependencia que informaban la competencia internacional por las zonas grises del Tercer Mundo.

4.1 La crisis del Congo y la política internacional

La independencia del Congo llegó de forma inesperada el 30 de junio de 1960 y, desde luego, mal preparada, teniendo en cuenta que sólo unos años antes el gobierno belga preveía un camino de descolonización de 30 años. En 1959, una comisión parlamentaria belga de investigación, encargada por los diputados socialistas anticolonialistas, describió el marco en el que se produjo la independencia del Congo, destacando entre los problemas sociales «la inmigración irregular del campo a las ciudades, la superpoblación y el desempleo» y entre los problemas políticos «la inercia y la debilidad de una administración» que seguía apoyándose en «textos reglamentarios y legislativos que prevén la discriminación racial [...] en función del color de la piel»¹¹⁴. Las votaciones posteriores a la independencia registraron la victoria del *Mouvement National Congolais* (MNC) fundado en 1958 y dirigido por Patrice Lumumba. Sólo en la rica región minera de Katanga el resultado electoral fue diferente, con la victoria de la *Confédération des Associations tribales du Katanga* (CONAKAT) de Moïse Tshombe, que promovía los intereses de los lunda frente a los de los luba, muchos de los cuales apoyaban al MNC. El conflicto

¹¹⁴ ASDMAE, AP, Serie 1948-60, c. 206, télex 1553/599 de la Embajada de Italia en Bruselas al Mae, 1 de abril de 1959.

entre los grupos pronto adquirió connotaciones étnicas según la dicotomía «autoctonía» frente a «aloctonía», revelando que la nación congoleña era «poco más que una abstracción» (Nugent, 2012, p. 55). Los «indígenas» lunda se enfrentaron a los «inmigrantes» luba en referencia a la historia del siglo XVIII-XIX de la expansión de la dinastía gobernante luba sobre muchas tierras habitadas por pueblos de lengua ba-lunda.

La construcción de las respectivas identidades étnicas se utilizó en términos políticos contrapuestos y a través de una alianza impropia entre el partido de Tshombe y los intereses de los colonos blancos y la *Union Minière du Haut-Katanga* que se había establecido en 1906 con capital mixto anglo-belga. Los colonos contaban también con el apoyo del gobierno belga, que hizo todo lo posible por garantizar sus intereses residuales en la antigua colonia, llegando incluso a manipular la normativa constitucional sobre la autonomía local para aumentar los poderes de Tshombe y el CONAKAT hasta el punto de que se llegó a hablar de «golpe de estado legal» (De Witte, 2001, p. 6). Esta fue la premisa política e institucional que permitió al recién elegido jefe del gobierno local de Katanga, Moïse Tshombe, proclamar la secesión de Katanga la noche del 9 al 10 de julio, desencadenando una crisis que pronto pasó de ser regional a nacional e internacional.

Mientras el partido de gobierno atravesaba un grave enfrentamiento interno que llevó al primer ministro Patrice Lumumba y al presidente de la República Kasa Vubu a destituirse mutuamente, la corriente lumumbaísta del MNC se oponía a la secesión de Katanga, interviniendo en la región con las fuerzas militares que permanecían leales al antiguo primer ministro. El ejército belga, que intervino oficialmente para proteger a los colonos europeos y sus propiedades, acabó protegiendo a las fuerzas de Tshombe. El país se encontró así dividido en tres y sumido en una guerra civil. En la región centro-oriental se concentraban las fuerzas leales a Lumumba y su gobierno, que, reunido en Stanle-

yville (actual Kisangani), era reconocido por la Unión Soviética y sus aliados; el gobierno de Kasa Vubu en Léopoldville (actual Kinshasa) podía contar en cambio con el apoyo de Occidente y de las Naciones Unidas, mientras que el gobierno de Tshombe en Elizabethville (actual Lubumbashi) proseguía su política secesionista con el apoyo de Bélgica y los demás gobiernos blancos de la región. La secesión de la rica provincia minera de Katanga, en el sur del país, puso al descubierto los solapamientos entre los intereses residuales de las antiguas potencias coloniales, las nuevas lógicas de influencia y competencia en el mundo bipolar y el conflicto en el seno de la nueva clase dirigente congoleña. La frontera norte de Katanga discurría a lo largo de una cresta geopolítica que dividía el África útil de la inútil. Fue precisamente en el sur de África donde persistió el proyecto de perpetuar el antiguo orden colonial más allá del final de la época colonial mediante una alianza impropia entre la última potencia colonial que quedaba, Portugal, que aún mantenía las colonias de Angola y Mozambique, así como Guinea Bissau y Cabo Verde, y los dirigentes blancos de las dos Rodesias y Sudáfrica, que también ocupaban ilegalmente el antigua África del Suroeste alemán.

En el pensamiento y la práctica política de Lumumba, el proyecto nacionalista, unitario y centralista del estado independiente del Congo era una condena inapelable de cualquier injerencia exterior. La unidad política y territorial se consideraba la mejor y más eficaz respuesta a cualquier intento de influencia e injerencia exterior. Por el contrario, el presidente Kasa Vubu y el general Joseph-Desiré Mobutu (más tarde Sese Seko Mobutu), que luego se reveló como el verdadero vencedor de la crisis congoleña, eran nacionalistas conservadores que, al igual que Tshombe, compartían una idea federal del estado, funcional a la protección de los intereses particulares de las élites políticas locales que no desdaban un compromiso con los intereses belgas y estadounidenses. Fue el llamamiento de Lumumba a las Naciones Unidas en defensa de la integridad territorial del país y contra la secesión

de Katanga lo que internacionalizó la crisis. La incapacidad de la ONU para poner fin a la secesión llevó a Lumumba a apelar directamente a la Unión Soviética: si hasta ese momento Estados Unidos había creído que la principal razón de la situación en el Congo era una descolonización mal preparada y aún peor gestionada, la situación cambió a partir de entonces y el gobierno estadounidense con sus aliados occidentales se convenció cada vez más de la necesidad de encontrar una alternativa al líder nacionalista congoleño, considerado «peligroso por estar sometido a la influencia comunista interna y externa» (Rognoni, 2011, p. 160).

Lumumba fue capturado por las tropas leales al gobierno de Léopoldville cuando intentaba llegar al gobierno en Staleyville y entregado a Tshombe en Elizabethville. Allí fue asesinado el 17 de enero de 1961 con la complicidad de los belgas y la CIA estadounidense. Unos meses más tarde, el 18 de septiembre, fue el secretario general de la ONU, el sueco Dag Hammarskjöld, quien perdió la vida en un accidente aéreo cuyas causas nunca se han aclarado, mientras intentaba sacar a la ONU del estancamiento político y diplomático en el que se encontraba. La declaración de secesión de Katanga fue finalmente revocada en 1963, pero no para servir al proyecto nacionalista y anticolonial de Lumumba, sino porque el asesinato del líder nacionalista congoleño hizo paradójicamente inútil el apoyo exterior a la causa secesionista. Entre enero y noviembre de 1965 fueron los cubanos quienes intervinieron en el Congo con una misión organizada por Ernesto «Che» Guevara en un intento de contrarrestar la influencia occidental y derrocar a Moïse Tshombe. Sin embargo, fue el general Mobutu quien se apoderó del poder en ese mismo 1965 con un golpe de estado que acabó con el gobierno de Kasa Vubu y desarticuló la resistencia armada lumumbaísta y cubana, instaurando un régimen personalista y autocrático que se mantuvo en el poder hasta 1997.

4.2 El empeño de Italia en el Congo entre continuidad y transformación

En el complicado marco de la crisis congoleña, la participación en la ONU de Italia, que en 1960 formaba parte del Consejo de Seguridad de la ONU como miembro no permanente, combinaba ideales políticos con perspectivas de influencia política y económica. Para el entonces primer ministro Amintore Fanfani, «el final del colonialismo [supuso] una ampliación positiva del espacio de la libertad... con una Italia dispuesta a representar a un Occidente poscolonial, abierto al mundo de los nuevos países» (Riccardi, 2010, p. 36). Una visión similar de la política exterior por parte del líder del Partido Demócrata Cristiano (DC) había transitado desde Giuseppe Dossetti para llegar, a finales de los años '50, a posiciones cercanas al pensamiento del alcalde de Florencia, Giorgio La Pira, y a esa «política de atracción» hacia los nuevos países independientes realizada a través del diálogo, la influencia cultural y la promesa de desarrollo futuro. Italia compartía el espíritu de «colaboración internacional» promovido por las Naciones Unidas porque era una forma de experimentar una política más autónoma dentro de la Alianza Atlántica: se trataba de dar «más crédito a los precedentes históricos o a los intereses comerciales y culturales de Italia en el mundo árabe, inclinando el «neo atlantismo» hacia una especie de «neo mediterraneísmo»» (Calchi Novati, 2011, p. 257). Las Independencias africanas, de hecho, se situaron cronológicamente a lo largo de esa parábola que, de 1958 a 1962, marcó un enfoque innovador en la relación entre los gobiernos de la Democracia Cristiana con el Mediterráneo, África y el Tercer Mundo. Fue entonces, con toda probabilidad, «la confrontación con la realidad la que redimensionó progresivamente las ambiciones y los proyectos de Fanfani» (Giovagnoli, 2010, p. 47).

La consecución de los objetivos formales del mandato con la independencia de Somalia en 1960, más allá de cualquier con-

sideración sobre los objetivos sustanciales, fue presentada por Italia como una contribución fundamental a la política de colaboración internacional de las Naciones Unidas: de hecho, fue un acontecimiento que favoreció «la percepción, por parte de los países africanos, de Italia como un punto de referencia importante, menos comprometido con las políticas neocoloniales» (Borruso, 2009a, p. 59). Más allá de un trasfondo táctico que seguía siendo incuestionable, con la conclusión del mandato en Somalia «Italia no cierra la página de su política africana, sino que – como afirmó Giuseppe Maria Bettiol en nombre de la *Democrazia Cristiana* ante el Parlamento – la profundiza [en nombre de] una colaboración proactiva [para que] mañana se pueda realizar un futuro mejor por nuestro propio bien y por el bien de nuestros hermanos africanos»¹¹⁵. El crédito adquirido por Italia, con razón o sin ella, por lo que había conseguido en Somalia también podía gastarse en el Congo. Para Fanfani, «el reto de un nuevo papel italiano no se estaba jugando en las antiguas colonias ni en Somalia, sino en la confrontación con un proceso que estaba envolviendo a todo el continente africano» al que se le reconocía un «papel protagonista» (Borruso, 2009a, p. 61). Esta perspectiva también se veía corroborada por el hecho de que la nueva Italia había dejado atrás con indiferencia su pasado colonial, remontando toda su violencia a la historia del fascismo y no a la del colonialismo.

La necesidad de mirar hacia las nuevas independencias africanas en busca de espacios de influencia política se combinó con la de cultivar relaciones comerciales y económicas que, por un lado, debían apoyar el espíritu empresarial italiano y, por otro, formaban parte de lo que empezó a definirse como políticas de ayuda – otros dirían de condicionamiento – al desarrollo. Desde mediados de los '50, Italia miraba al Congo Belga como «uno de los países africanos más interesantes desde el punto de vista de las

¹¹⁵ Atti parlamentari (Actas parlamentarias), (AP), Camera dei Deputati (Cámara de Diputados) (CD), III legislatura, 24 de junio de 1960, pp. 15306-15307.

posibilidades de penetración económica», según informó el entonces Subsecretario de Asuntos Exteriores, Vittorio Badini Confalonieri, al ministro de Asuntos Exteriores en 1955 al término de una visita oficial al país. En esta perspectiva, la comunidad histórica de origen italiano podía «crear una atmósfera favorable al crecimiento de las relaciones económicas» entre Italia y el Congo, «un intermediario precioso para nuestras exportaciones», desempeñando una especie de papel de intermediario, no sólo económico, entre las empresas italianas y los posibles pedidos congoleños¹¹⁶. Los más de 2.000 residentes italianos, muchos de los cuales vivían y trabajaban en la rica región de Katanga, constituían la tercera comunidad blanca del país¹¹⁷. Eran técnicos, empresarios y profesionales que en su mayoría habían llegado al Congo de forma privada, tal vez atraídos por contratos de trabajo relativamente lucrativos.

En la misma ocasión de la visita de Badini Confalonieri, fue el asistente del vicegobernador general del Congo quien propuso la idea de una nueva emigración de técnicos especializados y empresarios italianos como los «constructores de carreteras italianos muy apreciados en toda África»¹¹⁸. La política belga consistía, de hecho, en desalentar una inmigración generalizada de europeos, y más aún de belgas, debido a la evolución autonomista y nacionalista que estaba experimentando la colonia, contra la que se lanzaba la acción conservadora y ultra colonial de los colonos belgas, empeñados en montar el proyecto de una comunidad

¹¹⁶ ASDMAE, AP, 1948-60, c. 42, informe confidencial de Vittorio Badini Confalonieri a Gaetano Martino, 4 de abril de 1955.

¹¹⁷ Según datos del Ministerio de Asuntos Exteriores italiano, los belgas eran 59.987, los portugueses 3.991, los italianos 2.370, los griegos 2.336, los británicos 2.052, los franceses 1.260, los americanos 1.139, los holandeses 1.024. ASDMAE, AP, 1948-60, c. 42, informe sobre el Congo Belga para la DGAP, 31 de enero de 1955.

¹¹⁸ ASDMAE, AP, 1948-60, c. 42, informe confidencial de Vittorio Badini Confalonieri a Gaetano Martino, 4 de abril de 1955.

belga-congoleña sobre el modelo de la revisión y transformación entonces en curso en el imperio colonial francés¹¹⁹. Por otra parte, el gobierno congoleño tenía una intención diferente en lo que se refiere a los técnicos y profesionales, hasta el punto de que por parte italiana –esta vez durante la visita al Congo en 1957 del embajador italiano en Bruselas– hubo acuerdo en que debía fomentarse la emigración altamente especializada¹²⁰. Por el contrario, las solicitudes de emigración de colonos al Congo, que el gobierno italiano recibió en ese mismo periodo a través de la embajada de Bruselas por parte de la *Fédération Congolaise des Classes Moyennes* que agrupaba a las distintas asociaciones regionales de colonos belgas, tuvieron una acogida tibia. Tal política, de hecho, contrastaba con la política oficial del gobierno belga, con los intereses de la influencia indirecta italiana y, en última instancia, con «los principios de la ONU», hasta el punto de que no podía apoyarse abiertamente. Sin embargo, aunque fuera claramente ambigua, esa misma política «no debía abandonarse y debía comunicarse al *Istituto Italiano per l'Africa*»¹²¹, de modo que – como señaló la Dirección General de Emigración – posiblemente pudiera funcionar a «nivel privado»¹²².

El contraste entre las posibles políticas alternativas era, en última instancia, la diferencia entre colonización y cooperación económica y para el desarrollo. En la perspectiva de una situación política rápidamente cambiante no sólo en el Congo, sino en toda África, la colonización, es decir, el traslado de colonos europeos,

¹¹⁹ ASDMAE, AP, 1948-60, c. 43, carta de Scammacca del Murgo a Fanfani, 20 de octubre de 1958. Michele Scammacca del Murgo era Embajador de Italia en Bélgica y Amintore Fanfani presidente del Consejo de Ministros.

¹²⁰ ASDMAE, AP, 1948-60, c. 42, informe sobre el Congo de Scammacca del Murgo, 15 de agosto de 1957.

¹²¹ ASDMAE, AP, 1948-60, c. 42, nota a la Secretaría General, 27 de enero de 1958.

¹²² ASDMAE, AP, 1948-60, c. 42, nota a la Dirección General de la Emigración, 12 de febrero de 1958.

remitía clara y directamente al colonialismo, a la dominación directa, presentándose como una política fuertemente conservadora, cuando no abiertamente reaccionaria. No sin ambigüedad, el gobierno italiano decidió hacer prevalecer la cooperación económica, abogando en el parlamento en 1958 por la inclusión del Congo Belga entre «las zonas de penetración y explotación comercial» en la asignación de fondos para la financiación del comercio exterior¹²³. «El fin del monopolio belga abrió nuevas posibilidades de inversión» de las que fue la Eni (Ente nazionale idrocarburi) (Junta Nacional de Hidrocarburos) de Enrico Mattei la que se hizo con una posición especialmente destacada (Rognoni, 2012, pp. 81-82).

Aunque no eran iguales en todos los aspectos a los colonos belgas, no cabe duda de que los italianos del Congo estaban integrados en el sistema colonial belga y obtenían de él gran parte de sus beneficios económicos y sociales. Fueron las propias autoridades belgas en el Congo quienes explicaron a los representantes italianos visitantes cómo «tenían en alta estima a los italianos que vivían allí», varios de los cuales habían encontrado trabajo como funcionarios del gobierno colonial¹²⁴. Por tanto, para los nacionalistas congoleños próximos a Lumumba, no podía haber gran diferencia entre los colonos y la política belgas de apoyo a sus intereses residuales en el país y los italianos, que actuaban como intermediarios del gobierno colonial y a menudo hablaban francés, ya que habían desarrollado una cultura mixta ítalo-belga-congoleña. La prueba fue que, en el clima de «continuos incidentes»¹²⁵ que sacudió el sudeste del Congo, los italianos fueron objeto de una violencia equiparable a la de los belgas y otros europeos resi-

¹²³ AP, CD, III Legislatura, 23 de octubre de 1958, p. 3191.

¹²⁴ ASDMAE, AP, 1948-60, c. 42, informe confidencial de Vittorio Badini Confalonieri a Gaetano Martino, 4 de abril de 1955.

¹²⁵ ASDMAE, AP, 1948-60, c. 207, carta del Consulado General de Italia en Léopoldville al MAE, 30 de octubre de 1959.

dentes en la región, donde el vicedónsul italiano, Tito Spoglia, perdió trágicamente la vida el 11 de julio de 1960 mientras realizaba una misión para garantizar la protección de los italianos en Katanga¹²⁶.

4.3 La masacre de Kindu

La constatación de una realidad congoleña mucho más compleja de lo que la política italiana estuvo dispuesta a reconocer se produjo en las semanas siguientes a la llamada «Masacre de Kindu». El 11 de noviembre de 1961, 13 aviadores italianos de la ONU fueron atacados y asesinados en las inmediaciones del aeródromo de la ONU cerca de la ciudad de Kindu, en la región de Kivu, donde realizaban una misión de transporte aéreo de algunos vehículos blindados para reforzar el contingente local de cascos azules. La guarnición de la ONU estaba retenida por un contingente de soldados malayos que no pudieron intervenir en defensa de los italianos, que cayeron fácilmente presa de las tropas al mando – según reconstrucciones retrospectivas – del teniente Michel Oera y del coronel Mpakasa, vinculados al gobierno de Stanleyville de Antoine Gizenga, antiguo viceprimer ministro del gobierno de Lumumba y cofundador del MNC. En septiembre anterior, el conflicto había estallado de nuevo en toda la región de Katanga entre las tropas de Tshombe y el contingente internacional, después de que el gobierno de Kasa Vibu renovara su compromiso de proseguir la expulsión de Katanga de «todos los elementos no congoleños», incluidos los residentes europeos (Bowett, 2008, pp. 169-170)¹²⁷. Las negociaciones para un alto el fuego, en las que perdió la vida el secretario general de la ONU, Dag Ham-

¹²⁶ *La Stampa*, 12 de julio de 1960.

¹²⁷ UNOR, Informe sobre la aplicación de la Resolución del Consejo de Seguridad de 21 de febrero de 1961, S/4940, 14 de septiembre de 1961.

marskjöld, el 18 de septiembre, dieron un resultado positivo el día 20. Sin embargo, la tregua no se mantuvo y a principios de noviembre nuevos enfrentamientos, esta vez entre las tropas de Kasa Vubu y el Ejército Nacional Congoleño, implicaron también a las regiones vecinas. En este contexto, varias guarniciones de la ONUC, como la de Kindu, fueron atacadas por unidades del ejército congoleño que se habían pasado a los lumumbaístas, que intentaban promover en Kivu una secesión opuesta a la de Katanga.

Las primeras noticias del asesinato de los aviadores llegaron a Italia sólo entre el 14 y el 15 de noviembre, suscitando un gran impacto emocional, al igual que entre los italianos residentes en el Congo. Un «*abruzzese* [originario de la región de Abruzzo] ve-raz e *italianissimo*», entrevistado por Rosario Giordano, recordaba que había «llorado como si hubieran sido sus hijos»¹²⁸. En las primeras crónicas periodísticas, la responsabilidad de la «masacre» se atribuyó a la cobardía de los soldados malayos que «ni siquiera intentaron impedir el rapto» de los italianos y a las tropas lumumbistas que «en extremo desorden e ilegalidad» habían devuelto al remitente cualquier intento de mediación anunciado por el gobierno de Léopoldville¹²⁹. De hecho, en aquellos días, el jefe del gobierno italiano había dado crédito a quienes desde el Congo informaban de los intentos de mediación llevados a cabo por las Naciones Unidas y el gobierno congoleño en Léopoldville, aunque observó con decepción la «quizás excesiva» cautela¹³⁰ y, en consecuencia, la «debilidad manifiesta» de los negociadores¹³¹. Sólo más tarde se supo que, con toda probabilidad, los aviadores italianos fueron asesinados poco después de su captura. Ante este incidente, Fanfani señaló que era necesario reflexionar sobre las

¹²⁸ Entrevista con Renato Di Pietro, en Giordano (2008), p. 99.

¹²⁹ Angosciosa incertezza per gli aviatori italiani. *La Stampa*, 15 de noviembre de 1961. Véanse, Lenci (1988), pp. 108-125.

¹³⁰ Martes, 14 de noviembre, en Fanfani (2012), p. 319.

¹³¹ Miércoles, 15 de noviembre, en Fanfani (2012), p. 319.

«decisiones a tomar para los muertos, sus familias, la seguridad de nuestros contingentes en el Congo y el castigo de los culpables»¹³². El gobierno italiano, de hecho, se movió en esta línea, consiguiendo que uno de sus representantes participara en la comisión internacional de investigación de la ONU, mientras parecía que «la desgracia nos acechaba», señaló de nuevo Fanfani, comentando la noticia de un avión italiano que se había visto obligado a realizar un aterrizaje de emergencia el 18 de noviembre en el que murieron otros cuatro aviadores italianos a pocos kilómetros de la frontera con Tanganica, la actual Tanzania¹³³.

Tras semanas de investigaciones en las que participaron sólo parcialmente y no sin dificultades los diversos interlocutores congoleños, el coronel Mpakasa fue detenido en enero de 1962, pero posteriormente fue puesto en libertad gracias al informe hecho público por la misma comisión internacional de investigación¹³⁴. Unos años más tarde, en 1965, Mpakasa fue asesinado en El Cairo a manos de un extremista congoleño¹³⁵. Tras los trágicos sucesos, la prensa hizo suya la versión dictada por el emocionalismo según la cual los italianos fueron atacados por los lumumbaístas «por puro y simple odio racial», mientras que la investigación oficial promovida por las Naciones Unidas conjuntamente con el gobierno italiano concluyó que los aviadores fueron atacados porque se les confundió con mercenarios blancos o incluso con soldados belgas que habían intervenido a favor de los secesionistas de Katanga¹³⁶. En 1990, la investigación dirigida por el juez veneciano Carlo Mastelloni planteó la hipótesis de que el ataque

¹³² Jueves, 16 de noviembre, en Fanfani (2012), p. 320.

¹³³ Sábado, 18 de noviembre, en Fanfani (2012), p. 319.

¹³⁴ Liberato il massacratore dei tredici italiani a Kindu. *La Stampa*, 2 de septiembre de 1962.

¹³⁵ Ucciso al Cairo il col. Pakassa che trucidò a Kindu i 13 italiani. *La Stampa*, 7 de septiembre de 1965.

¹³⁶ Venticinque anni fa a Kindu ribelli congolesi massacrarono 13 italiani in missione di pace. *La Stampa*, 10 de noviembre de 1986.

estaba relacionado con el tráfico ilegal de armas, al menos en parte de fabricación italiana y quizás sin el conocimiento de quienes pilotaban los aviones¹³⁷. El ataque se habría producido entonces no por error o confusión, sino en «represalia» a lo que se percibía como una injerencia indebida y potencialmente favorable a la causa secesionista de Katanga¹³⁸. Hubo que esperar hasta 2006 para que el parlamento italiano reconociera, no sin dificultades, una indemnización total de 135 millones de euros a las familias de las víctimas, en contraste con los compromisos adquiridos en su momento por los gobernantes de entonces (Mollica, 2008).

El 16 de noviembre de 1961, el gobierno informó a la Cámara sobre lo ocurrido en Kindu. A lo largo del día siguiente tuvo lugar un acalorado debate parlamentario, mientras el gobierno apoyaba la bondad de la política emprendida en el Congo y la consiguiente necesidad de continuarla, insistiendo primero «en el sacrificio» de los aviadores que tuvieron que «servir a la causa de la paz y de la libertad de todos los pueblos del mundo»¹³⁹ y después en la importancia «de apoyar la acción emprendida por las Naciones Unidas para asegurar el orden y la paz en el Congo»¹⁴⁰. En las diferentes posturas que surgieron a derecha e izquierda del gobierno, quedó patente el solapamiento entre la competición política nacional e internacional, donde la relación con el pasado colonial afloró en más de una ocasión. La derecha neofascista adoptó una línea de cierre total hacia la política del gobierno, argumentando sobre la «incivilidad» de los africanos, incluso antes de los objetivos políticos concretos perseguidos en el Congo. Para el diputado del Movimiento Social Italiano (MSI), Giulio Caradonna, las fuerzas lumumbaístas eran «subversivas» dentro de un marco de interpretación de los hechos que equipa-

¹³⁷ Kindu, Il mistero dell'eccidio. *La Repubblica*, 22 de marzo de 1990.

¹³⁸ Dal Congo '61 alla Somalia '93. Tanti sacrifici italiani nel dopoguerra. *Corriere della Sera*, 13 de noviembre de 2003.

¹³⁹ AP, CD, III Legislatura, 16 de noviembre de 1961, p. 26106.

¹⁴⁰ AP, CD, III Legislatura, 17 de noviembre de 1961, p. 26144.

raba la política lumumbaísta con una especie de degradación y barbarización de la supuesta civilización aportada por el colonialismo, de esa «civilización nuestra que [no] debía contaminarse con la prédica y la victoria de los métodos del odio y la violencia, los métodos del comunismo»¹⁴¹. Otro diputado del MSI, Giovanni Roberti, reiteró la cuestión:

«Los secesionistas de Gizenga, si se puede hablar de secesionistas refiriéndose a jefes tribales, no tienen ninguno de los atributos de la civilización humana, incluso antes de la civilización política. ... Nos maravillamos de que todavía hoy se hable de que la civilización del Congo se haya visto ofendida por este triste episodio, ya que los que habrían ofendido a la civilización son notoriamente caníbales, como lo demuestra el manoseo que se hizo de los pobres restos de nuestros aviadores»¹⁴².

Las primeras versiones de los hechos, que también llegaron a los noticiarios y a la prensa diaria, habían dado crédito a la versión de que los restos humanos de los «soldados de la paz», tras ser despedazados, habían sido canibalizados por los que aún tenían que ser «redimidos a la civilización»¹⁴³. Se dio crédito a lo escrito en el primer informe oficial de la ONU sobre la masacre de los cadáveres de los aviadores que «fueron troceados y ... distribuidos a la gran multitud que se había reunido para presenciar la masacre e incluso algunas partes fueron arrojadas a los no congoleños que estaban presentes. Dos cuerpos mutilados fueron arrastrados por la calle principal de Kindu y expuestos hasta el 12 de noviembre. Todo lo que quedaba de los cuerpos fue finalmente arrojado al río»¹⁴⁴. Como prueba de hasta qué punto había calado

¹⁴¹ AP, CD, III Legislatura, 17 de noviembre de 1961, p. 26147.

¹⁴² AP, CD, III Legislatura, 17 de noviembre de 1961, p. 26152.

¹⁴³ Furia Nera. *Settimana Incom*. Istituto Luce, 24 de noviembre de 1961.

¹⁴⁴ UNOR, UN Report on the implementation of SC Res. 21st February 1961; A: Report on action by troops of the Government of the Republic of the Congo in the Kasai-Katanga border area and on hostilities involving gendarmerie units in the province of Katanga: S/4940/Add.13, p. 10

tal hipótesis, Fanfani, con ocasión del regreso a Roma del Congo del entonces ministro de Defensa Giulio Andreotti, pocos días después de los hechos, anotó en su diario que su colega de gobierno «había visto a algunos sacerdotes católicos que le aseguraron que el canibalismo había desaparecido, ¡pero admitieron que de vez en cuando algunos católicos confiesan haber comido carne humana!»¹⁴⁵. Más tarde, esta versión fue desmentida por el descubrimiento de los restos de los cuerpos de los aviadores en una fosa común. Los cuerpos fueron repatriados y enterrados en Italia. En la contingencia del momento, la referencia al aspecto feroz y salvaje de los congoleños fue montada por el MSI para pedir la «retirada del apoyo [italiano] a esta expedición que pretende sofofocar una lucha entre caníbales»¹⁴⁶. Las reacciones de la extrema derecha fueron aún más fuertes, tanto dentro como fuera del parlamento, como señaló Fanfani en su Diario: «En Roma, grupos de exaltados «molestan» a los extranjeros *di colore* [literalmente de color, coloreados. Término utilizado en italiano para definir a las personas negras]»¹⁴⁷.

Si la re-proposición de una visión estereotipada y colonialista de la relación con África no era sorprendente por parte de un partido como el MSI, en cambio eran menos evidentes algunas declaraciones procedentes de la izquierda, que, si no re-proponían ideas y prácticas coloniales, abrazaban esa idea de la protección sobre África para la que el Fideicomiso de Italia sobre Somalia, recientemente concluido, era el primer término de referencia. El diputado socialista Corrado Bonfantini pidió un mayor compromiso de la ONU en el Congo, pero al mismo tiempo que reconocía «los horrores y los errores del colonialismo occidental, desde la horca de Graziani a las torturas de Argelia, pasando por las masacres de Angola» no se abstuvo de esa actitud paternalista

¹⁴⁵ Martes, 28 de noviembre, en Fanfani (2012), p. 327.

¹⁴⁶ AP, CD, III Legislatura, 17 de noviembre de 1961, p. 26155.

¹⁴⁷ Domingo, 19 de noviembre, en Fanfani (2012), p. 321.

según la cual «el Congo era inmaduro para alcanzar rápidamente la independencia»¹⁴⁸. En cambio, la petición explícita de poner a la antigua colonia belga «bajo tutela» provino del secretario del Partido Nacional Monárquico, Alfredo Covelli: la esperanza era «reconducir al Congo a la serenidad necesaria que sólo una tutela puede aportar y cuando llegue el momento, ciertamente como hemos hecho en otras partes de África, no seremos los últimos en garantizar la libertad, la unidad y la independencia de este país»¹⁴⁹. Surge así un paradigma positivo del papel de Italia en Somalia que, sin embargo, no tuvo en cuenta la oposición que los nacionalistas somalíes plantearon contra cualquier forma de protección, incluso cuando se vieron obligados a colaborar con las autoridades italianas, como se vio en el capítulo anterior.

En cambio, el Partido Comunista Italiano (PCI) condenó sin apelación cualquier injerencia colonial. El diputado Giuliano Pajetta recordó el racismo y la violencia del colonialismo italiano, argumentando que las causas profundas de la crisis congoleña radicaban precisamente en la supuesta obra de civilización promovida a través del colonialismo, que en cambio estaba en la raíz de la «debilidad» de un país en el que «los civiles belgas, vuestros aliados [en el Pacto Atlántico], se habían empeñado en que nadie tuviera un grado de instrucción, ni superior, ni siquiera simplemente técnico o medio»¹⁵⁰. Las posiciones del PCI eran contrarias a una intervención de la ONU que tendía a poner bajo tutela a los dirigentes congoleños y al Congo interfiriendo en el conflicto y poniéndose del lado de Kasa Vubu: por tanto, se esperaba «las correcciones necesarias y oportunas» en la línea política de la misión internacional para que los congoleños «puedan gobernarse a sí mismos y avanzar», apoyando así indirectamente las posiciones de los lumumbaístas¹⁵¹. Sin embargo, se dio por supuesta

¹⁴⁸ AP, CD, III Legislatura, 17 de noviembre de 1961, p. 26150.

¹⁴⁹ AP, CD, III Legislatura, 17 de noviembre de 1961, p. 23158.

¹⁵⁰ AP, CD, III Legislatura, 17 de noviembre de 1961, p. 26149.

¹⁵¹ AP, CD, III Legislatura, 17 de noviembre de 1961, pp. 26149-26150.

la réplica de quienes, como Flavio Orlandi por el Partido Socialista Democrático Italiano, denunciaban «el enfrentamiento [que se está produciendo en la cuestión del Congo] entre el viejo colonialismo que está menguando y el nuevo colonialismo que intenta ocupar su lugar», acusando a posiciones como la de Pajetta de ocultar el vínculo de «simpatía» entre la Unión Soviética y los asesinos de los trece aviadores italianos¹⁵².

Al final de los dos días de debate parlamentario, la declaración del primer ministro a favor de la continuación de la participación italiana en la misión internacional en el Congo hizo justicia «a nuestros aviadores, que cayeron no como hombres blancos que oprimen, sino como hombres blancos que mueren generosamente por la libertad y la seguridad de otros pueblos»¹⁵³. Fue de nuevo Fanfani quien señaló en privado que Italia tenía «el deber de no renunciar a la ayuda a los nuevos pueblos», pero también de «pedir a la ONU y al Congo condiciones de seguridad»¹⁵⁴. Fanfani, de acuerdo con el ministro de Defensa Giulio Andreotti, era muy consciente de que «la decisión de continuar las operaciones en el Congo debía evaluarse principalmente sobre la base de consideraciones de oportunidad política a nivel nacional e internacional» y actuó en consecuencia¹⁵⁵. El primer ministro volvió así a reiterar, a través del caso concreto del Congo, aquella consideración más general hacia las Naciones Unidas que en otros aspectos se ha definido «no sólo como un medio, sino también como un fin» político en la perspectiva de «un avance de la democracia a nivel internacional que quería desmentir la desconfianza antioccidental y favorecer la afirmación de principios de justicia

¹⁵² AP, CD, III Legislatura, 17 de noviembre de 1961, p. 26160.

¹⁵³ AP, CD, III Legislatura, 17 de noviembre de 1961, p. 26164.

¹⁵⁴ Viernes, 17 de noviembre, en Fanfani (2012), p. 320.

¹⁵⁵ Archivio Centrale dello Stato (Archivo Central del Estado) (ACS), Presidenza del Consiglio dei Ministri (Presidencia del Consejo de Ministros) (PCM), 1965-67, 15/3, c. 44100, nota para el Primer Ministro, firmada Andreotti, 21 de enero de 1962.

más que una lógica de fuerza» (Giovagnoli, 2010, p. 47). Además del compromiso de Italia con la ONU, contaba sin duda la convicción de no dejar campo libre a los comunistas para llevar la bandera de la liberación de los pueblos colonizados, así como la obtención del mayor espacio posible para Italia en la perspectiva de las políticas económicas y de cooperación al desarrollo. Si ésta era probablemente la perspectiva ideal de la acción política del jefe de gobierno, es innegable que la misión internacional se vio fuertemente condicionada por los vetos cruzados de los dos bloques, hasta el punto de acabar dañando el propio prestigio de las Naciones Unidas.

Para el bloque occidental y el secretario general de la ONU, la misión consistía en «restablecer el orden interno», mientras que la Unión Soviética y sus aliados pretendían «contrarrestar lo que se consideraba una agresión por parte de Bélgica» (Pallotti, Zamponi, 2010, p. 19). Por otra parte, la incapacidad para frustrar eficazmente los intereses occidentales y el fracaso en el apoyo al gobierno lumumbaísta contra la secesión de Katanga «obligaron a la URSS a reducir sus ambiciones militares y la idea misma de «exportar» la revolución, ya que corría el riesgo de agravar las tensiones inter africanas» (Borruso, 2009a, p. 25). A pesar de que el diseño político del gobierno democristiano era buscar una mayor autonomía dentro de la Alianza Atlántica a través de las Naciones Unidas y el compromiso en el Congo, el creciente conflicto internacional acabó, por el contrario, reconduciendo la acción política italiana a los inevitables deberes de aliado. Mucho antes de los sucesos de Kindu, Italia alternó entre votar a favor de las resoluciones de la ONU del 14 y 22 de julio de 1960 que dieron inicio a la ONUC, y abstenerse junto con Francia en la resolución del 9 de agosto que imponía la retirada inmediata de las fuerzas militares belgas del país. Occidente y Estados Unidos «confiaron en que la intervención belga pudiera legalizarse bajo el paraguas de la ONU» en lugar de exigir su retirada (Pallotti, Zamponi, 2010, p. 19).

Italia, por su parte, «era perfectamente consciente del riesgo de perder, en nombre de la solidaridad con Bélgica, su credibilidad ante los países recién independizados» (Rognoni, 2012, p. 91). La aspiración de Italia en seguir una política diferente y más autónoma disminuía al mismo tiempo en proporción directa al aumento del conflicto entre las diferentes partes beligerantes y sus referentes internacionales. Fue precisamente la masacre de Kindu la que puso trágicamente de manifiesto cómo se percibía, con razón o sin ella, que Italia había tomado partido, por encima de todos los intentos de seguir una política diferente que vinculaba una supuesta neutralidad internacional a una visión edulcorada del pasado colonial y, en consecuencia, de la relación con las nuevas independencias africanas. Además, la reacción desordenada de muchas fuerzas políticas ante los acontecimientos había revelado todos los límites de una operación cultural antes incluso de ser política: el pasado colonial, dejado de lado, volvió con fuerza en los comentarios en caliente de la prensa y de los ciudadanos particulares sobre lo que había sucedido en Kindu, acabando así por dar la medida de cuál era el verdadero alcance de la subjetividad política y cultural que se estaba dispuestos a reconocer a África y a los africanos más allá de la retórica. Ante los asesinatos de los aviadores italianos, se produjo una verdadera regurgitación de aquellos temas tan caros al colonialismo, desde la civilización de los bárbaros africanos hasta la superioridad de la nación italiana. África ya no era objeto de conquista (colonial), pero seguía siendo tierra de misión civilizadora y de penetración político-económica.

5. El colonialismo italiano entre historia y memorias

La historiografía sobre el colonialismo italiano, durante toda la temporada que va desde los años '70 hasta finales de siglo, estuvo fuertemente comprometida con una relectura crítica de la primera y anterior temporada de investigaciones y estudios históricos¹⁵⁶. Esta última se inició en continuidad directa con los estudios coloniales y estuvo fuertemente condicionada por una visión apolo-gética y positiva del papel desempeñado por el colonialismo en la historia de las sociedades colonizadas. En 1964, el colonialismo era considerado como «la forma más suave de dominación que jamás en la historia un pueblo había ejercido sobre otro» por Carlo Giglio (1964, p. 141), que había enseñado Historia y política colonial antes de la guerra y luego ocupó la cátedra de Historia e Instituciones de los países afroasiáticos en la Universidad de Pavía hasta su repentina muerte en 1976. La de Giglio no fue una voz aislada, sino más bien una de las más representativas de toda una escuela dentro de la academia italiana que abogaba por una interpretación positiva y acrítica del pasado colonial. La revisión crítica de la historia colonial emprendida durante la segunda temporada de estudios fue larga y laboriosa y pasó por la (re)definición del propio objeto de estudio. Los procesos e instituciones coloniales, así como la política y las relaciones internacionales en las que se enmarcó el colonialismo, se investigaron principalmente con referencia a la fase inicial de la conquista de

¹⁵⁶ Para una reconstrucción crítica de la historiografía sobre el colonialismo italiano, véase Lenci (2003); Calchi Novati (2004); Labanca (2007b); Morone (2016a).

las posesiones de ultramar y, a continuación, se analizó la construcción del mundo colonial hasta la Segunda Guerra Mundial. La fase final del colonialismo y la transición a la independencia, por otra parte, recibieron una atención más limitada, principalmente en las investigaciones de Angelo Del Boca (1984, 1986a), Gian Paolo Calchi Novati (1994a), Nicola Labanca (2002) y Gianluigi Rossi (1980).

A partir de la década de 2000, en Italia han aumentado considerablemente las ocasiones de debate científico y de investigación sobre la historia del colonialismo italiano, tanto por el número de publicaciones como por las diferentes perspectivas de análisis, hasta el punto de que se puede hablar con razón de una tercera temporada historiográfica en relación con el estudio del colonialismo italiano. Lo que se escribió y publicó provechosamente siguió la estela de las investigaciones que, desde los años '70, habían contribuido a una renovación radical de la historiografía sobre el colonialismo italiano. Como consecuencia de una «descolonización desde arriba» de las antiguas posesiones italianas (Calchi Novati, 1995b, p. 205) y de una reinterpretación apologética de la historia colonial, hasta los '70 la historiografía italiana sobre el colonialismo se basaba en una visión indulgente y positiva del papel desempeñado por Italia en África, en consonancia con la representación de los «*italiani brava gente* (italianos buena gente)». En los años siguientes, sin embargo, fue fundamental el papel de los historiadores que se ocupaban de la historia contemporánea de África, tanto italianos como internacionales, en la promoción de una revisión crítica de la historia del colonialismo.

En los últimos años ha despegado por fin una nueva temporada de estudios. No sólo se ha tratado de profundizar en vertientes historiográficas consolidadas, sino también de abrir nuevos campos de investigación tanto en lo que se refiere a los temas, como al diálogo, no siempre fácil, entre diferentes perspectivas metodológicas y generaciones de investigadoras e investigadores.

Un campo que sin duda ha suscitado gran interés, y al que se dedica este libro, se refiere al final del colonialismo italiano y a las numerosas continuidades coloniales desde la Segunda Guerra Mundial hasta la actualidad. Las recientes investigaciones sobre el colonialismo son aún más pertinentes si las consideramos en el contexto de la grave crisis de la academia italiana, tanto en lo que respecta a la financiación de la investigación como a la contracción de los recursos humanos en el seno de las distintas universidades: muchos de los estudios más recientes han sido realizados, de hecho, por investigadoras e investigadores precarios. Por otra parte, el balance sobre el desarrollo de una verdadera conciencia poscolonial en la sociedad italiana contemporánea sigue siendo incierto, entendiendo por poscolonial no tanto la conciencia del fin del colonialismo (que de por sí se da por descontado) como la conciencia de lo que fue el colonialismo y sus múltiples legados.

5.1 Nuevos temas y nuevos enfoques en el estudio del colonialismo italiano

Las nuevas investigaciones sobre el final del colonialismo han confirmado el interés por temas ya ampliamente explorados en la historiografía, como la historia política, la historia militar y la historia de las relaciones internacionales relacionadas con la dominación italiana en África. A estas áreas de investigación consolidadas se añadieron otras, como la historia social y cultural, el estudio de las memorias coloniales públicas y privadas, y el de las migraciones de las colonias a la madre patria. Desde el punto de vista metodológico, si gran parte de la investigación a partir de los años '70 se había centrado en el estudio del papel de los italianos en las colonias, la investigación en el ámbito de los *Area Studies* centrada en África en los años más recientes tuvo el mérito de investigar las relaciones entre italianos y africanos, entre la madre patria y las colonias a lo largo de una relación de intermediación

y no de mera subordinación. Esta duplicidad de enfoque se ha reproducido también en estudios más recientes sobre el final del colonialismo desde una perspectiva italiana (Del Boca, 2009a; Borruso, 2009b; Deplano y Pes, 2014; Lucchetti, 2014; Santi, 2014; Borruso, 2015; Labanca, 2015; Ertola, 2017) y africana (Carcangiu y Negash, 2007; Uoldelul Chelati Dirar, Palma, Triulzi, y Volterra, 2011; Calchi Novati, 2011; Morone, 2011a y 2011c; Giorgi, Dore, y Zaccaria, 2013; Rosoni, y Uoldelul Chelati Dirar, 2012), pero se ha también visto contaminada positivamente por las aportaciones de muchos investigadores que han aplicado el enfoque de los estudios poscoloniales al caso italiano (Colin, y Laforgia, 2003; Mezzadra, 2008; Proglío, 2016, 2011; Lombardi-Diop, y Romeo, 2012; Giuliani, y Lombardi Diop, 2013; Sinopoli, 2013; Giuliani, 2015).

Las investigaciones que han cuestionado el poscolonialismo italiano han tenido el mérito de «corregir formas de amnesia o proyectos sospechosos de revisionismo histórico» en relación con el pasado colonial (Ponzanesi, 2012, p. 59). La raza y el racismo de los italianos se han leído en paralelo a la reapropiación de estereotipos y discursos (neo)colonialistas en una época posterior al dominio colonial. En este sentido, se ha insistido con razón en el concepto de una reescritura de la historia colonial que se suma al tema ya ampliamente investigado y adquirido de la eliminación de la historia colonial. Un camuflaje de la realidad que, tras el fin del colonialismo, pasó tanto por la anulación de las culpas coloniales como por el ennoblecimiento del papel supuestamente proactivo y positivo del colonialismo. Así, junto al silencio sobre sus aspectos negativos, se habló mucho de las supuestas bondades del colonialismo. Sin duda, un límite de estas investigaciones es haber explorado las continuidades, sobre todo en términos culturales, en el contexto de la antigua madre patria, con el riesgo de simplificar y aplanar el colonialismo sobre la historia de Italia y los italianos y, por tanto, como se ha señalado en otros contextos poscoloniales europeos, de «obliterar la historia

de los pueblos que vivieron en los territorios que se convirtieron en colonias» (Cooper, 2005, p. 403). En cambio, se ha dado voz a la vertiente africana de la historia colonial gracias a las investigaciones promovidas por los investigadores en el ámbito de los *Area Studies*.

Los estudios históricos no sólo han contribuido a comprender mejor las razones y la dinámica del final del colonialismo y sus continuidades, sino que han propuesto un análisis más complejo de su propio final. Desde la perspectiva de la historia africana, no cabe duda de que el colonialismo, tanto el de Italia como el de otros países europeos, sólo terminó cuando se liquidaron las instituciones coloniales y las antiguas colonias se independizaron. Por lo tanto, aunque es importante distinguir entre el colonialismo en sentido propio y las herencias coloniales a lo largo de la historia de Italia, es igualmente importante considerar cómo el final del colonialismo italiano no puede descartarse de forma un tanto precipitada con la ocupación de las colonias por las tropas británicas y de la Commonwealth durante la Segunda Guerra Mundial. Por el contrario, la política declaradamente colonialista de la Italia republicana hasta la no aprobación en las Naciones Unidas del llamado «compromiso Bevin-Sforza» en 1949, la existencia del Ministerio de África italiano hasta 1953 y de la AFIS hasta 1960 atestiguan una larga salida del colonialismo y la llegada a conclusiones diferentes, según se mire a la madre patria o a las distintas colonias. Libia obtuvo la independencia en 1951, Eritrea nunca consiguió la verdadera independencia hasta 1991, sino que se convirtió en una «unidad autónoma federada» al Imperio Etíope en 1952, mientras que Somalia no logró la independencia hasta 1960. Aunque en un contexto muy especial, los acontecimientos que llevaron a Italia a su última colonia somalí completan la parábola del colonialismo italiano a lo largo de un arco cronológico en consonancia con el final de la mayoría de los demás proyectos coloniales europeos en África (Morone, 2011a).

Los años de la renovada propaganda colonial al final de la Segunda Guerra Mundial en apoyo de la readquisición de las antiguas colonias y luego los diez años de la AFIS fueron una temporada determinada a sedimentar aquellos estudios, aquellas representaciones y aquellos discursos que resultaron cruciales en la reescritura benévola del colonialismo italiano y que luego fueron retomados por una historiografía que podría definirse «revisionismo de estado» (Del Boca, 2009b, p. 12). Este fue, en pocas palabras, el proyecto intelectual y editorial del que fue portador el *Comitato per la documentazione dell'opera dell'Italia in Africa* [Comité para la Documentación de la Labor de Italia en África], creado en 1952 en el seno del Ministerio de Asuntos Exteriores. Hasta 1984, el instituto conservó los archivos coloniales y publicó los 40 volúmenes de la serie *L'Italia in Africa* «con el único objetivo de destacar los méritos [del colonialismo italiano] y su diversidad o excepcionalidad en comparación con los colonialismos coetáneos» (Del Boca, 1989, p. 117). La cuestión del retorno de Italia a África acabó adquiriendo un significado simbólico de patria e italianidad en la perspectiva nada previsible de la reconstrucción más general de la nación italiana (así como de Italia), como demuestran los debates parlamentarios sobre el inicio y el fin de la AFIS (Morone, 2016b).

Pocos meses después del inicio de la AFIS, el entonces primer ministro y ministro interino de África italiano, Alcide De Gasperi, declaró que «aceptar la administración [en] Somalia significa que está verdaderamente en marcha una profunda colaboración que [nos] une a Europa, que nos pone en el camino de la constitución de la nueva Europa, [significa] que Italia participa en la ONU con sentido del deber y que quiere aportar su parte a esta nueva edificación. [...] Todo esto significa la reanudación de la antigua política italiana, la política del Resurgimiento (*Risorgimento*)»¹⁵⁷. No se trataba sólo de respaldar una representación

¹⁵⁷ AP, CD, Debates, sesión del 4 de febrero de 1950, p. 15037.

artificial del camino que había llevado a Italia a buscar un mandato sobre Somalia, sino sobre todo de hacer una distinción capciosa entre colonialismo y fascismo. El resultado, por tanto, fue culpar de todas las responsabilidades coloniales al fascismo y proponer la idea de una misión civilizadora en Somalia en continuidad con un supuesto papel positivo del primer colonialismo italiano en la época liberal. El retorno a África formaba parte de ese proceso de recuperación de los hilos de la historia patria que, tras la caída del fascismo, acabó caracterizando a los italianos como «un pueblo depositario de una gran civilización, compuesto básicamente por *«brava gente [buena gente]»* cuyos rasgos esenciales no habían sido manchados por el fascismo ni siquiera por sus guerras de agresión» tanto en Europa como en África (Patriarca, 2010, pp. 217-218).

Si hubo colonias «buenas», las de la época liberal, y colonias «malas», las de la época fascista, entonces la nueva Italia podía reivindicar con razón el retorno a las primeras colonias liberales, o al menos a algunas de ellas, mientras que Etiopía sólo podía ser inmediatamente restituida a su plena soberanía, como de hecho lo fue desde 1941. No es de extrañar que, hablando de África, de las antiguas colonias y de la AFIS se volviera a utilizar un léxico nacional-patriótico. En términos más generales, es cierto que «tras el final de la Segunda Guerra Mundial, los términos «nación» y «patria» y sus valores asociados [fueron] abandonados por los protagonistas de la vida pública italiana [... debido al] estrechísimo vínculo que se había creado en las décadas anteriores entre la ideología nacional-patriótica y el nazi-fascismo» (Banti, 2011, p. 203). Así pues, la AFIS contribuyó a reconciliar a los italianos con su pasado colonial, pero al margen de la verdad histórica. La ligereza del pasado colonial fue una herramienta que los dirigentes de la nueva Italia utilizaron consciente y conscientemente para cultivar relaciones privilegiadas con los nuevos países africanos independientes. Sin embargo, esa contradicción básica de buscar un papel nuevo y diferente para Italia en África

sin una condena explícita del pasado colonial seguía sin resolverse. De hecho, hubo muchas continuidades coloniales en términos de políticas y prácticas administrativas durante los diez años de la AFIS (Morone, 2011a).

5.2 ¿Nuevas investigaciones, antiguas memorias?

Como escribió Roberta Pergher en 2007, «ya no tiene justificación» la idea de una «escasez de investigación y debate» sobre el colonialismo italiano (p. 53), que durante mucho tiempo caracterizó el ambiente académico e intelectual en el que se movieron los pioneros de la reconsideración crítica de la historia del colonialismo a partir de los años '70. Por otra parte, sigue siendo cierta y problemática la dificultad de difundir entre el gran público los datos adquiridos por la investigación especializada. En los últimos años, hay al menos dos ejemplos particularmente importantes y esclarecedores que demuestran la brecha existente entre los estudios sobre el colonialismo y su limitada repercusión en la política y la sociedad italianas: el memorial dedicado a Rodolfo Graziani, inaugurado en 2012 en el municipio de Affile, en la región de Lazio, y la participación italiana en la intervención militar internacional en Libia en 2011.

El 11 de agosto de 2012, el alcalde del municipio de Affile, Ercole Viri, inauguró el «mausoleo al Soldado» con S mayúscula. La referencia explícita era al mariscal italiano Rodolfo Graziani, cuyo padre nació en Affile, enterrado en el pueblo de Lazio tras pasar allí muchos años de su infancia y vejez. A la ceremonia pública asistieron no sólo el alcalde, sino también algunos políticos italianos de derechas. Resulta difícil, por tanto, reducir el asunto del memorial a una cuestión puramente local. Graziani, de hecho, fue uno de los principales comandantes militares en las guerras coloniales llevadas a cabo en Libia y el Cuerno de África durante la época fascista. Las tropas bajo las órdenes de Graziani

emplearon técnicas de guerra tanto en Libia como en Etiopía que incluían el uso de la tortura y la violencia masiva, la deportación y detención de civiles y el uso de armas químicas prohibidas por las convenciones internacionales. Para los etíopes, el recuerdo de Graziani era tan doloroso que llamaban al comandante «el carnicero de Etiopía». En la inmediata posguerra, Etiopía solicitó sin éxito su extradición a la Comisión de Crímenes de Guerra de las Naciones Unidas. La conducta de Graziani en Libia no dejó un recuerdo diferente. De hecho, se habló de «genocidio» contra el pueblo libio en relación con las deportaciones masivas y el internamiento de al menos 100.000 civiles por parte de las tropas italianas bajo las órdenes de Graziani (Rochat, 1981, p. 158).

La construcción del mausoleo en honor de uno de los comandantes militares fascistas más despiadados ha revelado sin duda las «diversas memorias» de los italianos sobre el colonialismo, sobre las que Labanca ya escribía en 2002 (p. 458). Sin embargo, también reveló que se trata de recuerdos contradictorios. Al debate público sobre el monumento de Affile en Italia le costó arrancar. Fueron más bien los comentaristas de la prensa extranjera los que registraron la anomalía de ese artefacto, adoptando posiciones diametralmente opuestas entre los que plantearon sin rodeos la incompatibilidad entre ese monumento y la Italia democrática nacida de la guerra civil y los que, en cambio, se posicionaron a favor del monumento, argumentando que Graziani no lo había hecho tan mal, que había seguido las órdenes o que incluso él mismo era un héroe. Entre las posiciones de los militantes y asociaciones de derecha o extrema derecha y las de la izquierda, la *Associazione Nazionale Partigiani Italiani* (Asociación Nacional de los Partisanos Italianos) (ANPI) se mostró activa en la condena de la operación política detrás del mausoleo a Graziani. La ANPI recordó sobre todo el papel que Graziani había desempeñado al condenar a muerte a tantos partisanos durante su mandato como ministro de Defensa de la República de Salò, pero dejó en segundo plano todos los crímenes igualmente graves que Graziani ha-

bía cometido en África. La región de Lazio, afectada por la polémica al haber puesto a disposición parte de los fondos destinados a la construcción del monumento, revocó la financiación, mientras que en septiembre de 2015 comenzó el juicio por delito de apología del fascismo contra la administración municipal de Affile (Reali, 2015). La sentencia del Tribunal de Tívoli llegó el 7 de noviembre de 2017, aunque el Tribunal de Casación acabó anulando la sentencia de primera instancia en 2020. Ante la condena, el alcalde Viri no ha dado muestras de revisar su postura, hasta el punto de que en una entrevista a *La Repubblica* declaró que la culpa era de algunos «jueces politizados», que Graziani era «el mayor caudillo» de Affile y que los crímenes de guerra eran «cosas que dicen los partisanos» (Favale, 2017).

Por lo tanto, no sólo es evidente una eliminación sustancial del pasado colonial con todo su peso de violencia y racismo, sino también una reescritura del mismo en términos falsos y positivos. Como dijo el alcalde Viri, «Graziani no era un criminal de guerra, hasta el punto de que no fue condenado en Nuremberg»¹⁵⁸. Obviamente, Graziani no pudo ser condenado en un juicio en el que sólo se juzgó a criminales de guerra alemanes. En su lugar, el comandante fue «condenado a 19 años de prisión por «colaboración militar con los alemanes», pero, gracias a varios indultos, cuatro meses después del veredicto pudo volver a la libertad» (Del Boca, 2002, p. 835). Un factor decisivo para evitar un Nuremberg italiano fue la voluntad de los Aliados de no castigar a un país que, aunque derrotado, también había sido cobeligerante. Algunos de los presuntos criminales de guerra italianos, de hecho, habían figurado entre los principales colaboradores de los Aliados, empezando por Pietro Badoglio. Las peticiones hechas por el gobierno etíope al gobierno italiano para juzgar a Bado-

¹⁵⁸ Citado en Affile, Grazianilandia. L'eredità razzista e il mausoleo delle sfighe. *Giap, il blog di Wu Ming*, 9 de septiembre de 2012 <http://www.wumingfoundation.com/giap/?p=9360>

glio, Graziani, Lessona, Cortese, Nasi, Pirzio Biroli, Geloso, Gallina Tracchia y Cerulli, entre otros, por crímenes de guerra quedaron en nada. El gobierno etíope, que, en noviembre de 1948, presionado por el gobierno británico, había reducido aún más su lista a los dos nombres de Badoglio y Graziani, no encontró satisfacción: esta «amnistía nunca promulgada» borró de golpe toda culpa italiana, proyectando directamente sus efectos sobre la historia y la memoria del colonialismo (Del Boca, 1986b, p. 17).

Otro caso igualmente revelador de la levedad del pasado colonial es la participación de Italia en la intervención militar internacional en Libia, la «*Operation Unified Protector*», bajo mando de la OTAN de marzo a octubre de 2011. La operación militar dio aplicación concreta a la resolución de la ONU n. 1973 de 2011, que autorizaba «todas las medidas necesarias para proteger a los civiles [...] bajo amenaza de ataque» por parte de las tropas que permanecían leales al régimen de Muamar Gadafi. El resultado no fue ni tanto proteger a los civiles libios, sino derrocar al régimen de Gadafi. En las semanas previas a la intervención internacional, Italia mantuvo una actitud especialmente cauta hacia la intervención. Cuando los cazas de la OTAN empezaron a despegar de las bases italianas, el gobierno quiso señalar que los aviones italianos sólo realizaban tareas de apoyo y no se utilizaban en acciones de bombardeo propiamente dichas. De hecho, Italia bombardeó algunos objetivos libios, aunque con menor interés estratégico que los alcanzados por Francia y Gran Bretaña¹⁵⁹. Desde la perspectiva de los estudios sobre el colonialismo italiano, quizá resulte espontáneo pensar que esa moderación debía vincularse a la historia colonial italiana y a las diferentes clases

¹⁵⁹ Me lo confirmó personalmente un oficial de las Fuerzas Aéreas italianas que trabajaba en el centro de control *interforce* de control del espacio aéreo y las misiones en 2011: el oficial informó tanto de algunos bombardeos italianos como del frecuente recurso de Italia al derecho a no actuar contra objetivos considerados «políticamente inapropiados». Entrevista anónima concedida al autor, campamento de la UNIFIL, Beirut, Líbano, 15 de agosto de 2017.

de problemas que planteaba intervenir en armas en una antigua colonia precisamente en el centenario del inicio de la guerra que Italia libró por la ocupación de Libia entre 1911 y 1931. Fue la guerra más larga de la historia italiana y, sin embargo, la cuestión de intervenir en armas en la antigua colonia no entró ni remotamente en el perímetro de las discusiones públicas, y mucho menos en los debates parlamentarios que precedieron y acompañaron a la misión internacional de 2011.

Por otra parte, el argumento colonial ni siquiera se planteó en relación con el incumplimiento por parte de Italia del artículo 4 del Tratado de Amistad, Asociación y Cooperación firmado con Libia menos de tres años antes, el 30 de agosto de 2008. El tratado se había firmado en el marco de la disculpa que el entonces primer ministro Silvio Berlusconi había presentado a Muamar Gadafi por los crímenes coloniales, obligándose, entre otras cosas, en virtud del artículo 4 a «no permitir el uso de su territorio en ningún acto hostil contra Libia». Si Italia había dudado en intervenir en Libia en 2011, no era ciertamente por el peso de su pasado colonial, sino porque el riesgo era poner en peligro los intereses estratégicos adquiridos en la relación con el régimen de Gadafi, en particular el control de los flujos migratorios a través del Mediterráneo y el acceso de Italia a la explotación del petróleo y el gas libios. Estos eran, de hecho, los mismos intereses que habían animado a Berlusconi en 2008 a acelerar las disculpas y traer a casa aquel «tratado insincero» (Labanca, 2011, p. 42). Fue el propio Berlusconi, a su regreso a Italia desde Bengasi, quien había declarado que el fin de la disputa colonial significaba «menos inmigrantes ilegales, más gas y petróleo» (Di Carlo, 2008). Cuando en 2011 Gadafi «arremetió contra Italia, acusándola de traición» por aquel pacto firmado e inmediatamente incumplido (Del Boca, 2011, p. 16), quedó claro que la política italiana y, en última instancia, Italia, estaban lejos de una conciencia poscolonial.

En respuesta al nuevo deterioro de la situación en Libia a partir del verano de 2014, se planteó la hipótesis de una nueva intervención internacional de Occidente. En esta hipótesis, se apeló varias veces a Italia. El guion, en lo que se refiere al pasado colonial, fue idéntico: no se consideró que una intervención militar internacional dirigida por Italia sería muy mal vista por Libia porque se remontaría al modelo de injerencia occidental en los asuntos internos del país y, ante todo, porque el recuerdo de la ocupación colonial sigue vivo en la antigua colonia. Las banderas italianas quemadas en Cirenaica en abril de 2016 fueron una clara advertencia contra la posibilidad de una intervención internacional liderada por Italia¹⁶⁰. Cirenaica era la región donde la resistencia contra la ocupación colonial italiana había sido más fuerte y prolongada. Una segunda serie de protestas abiertamente anti italianas se sucedieron tras la decisión del Gobierno de Roma de enviar una misión médica militar a Misrata el 13 de septiembre de 2016, como apoyo italiano al papel desempeñado por las fuerzas militares de la ciudad en la lucha contra el ISIS en Sirte. Italia volvía así a la antigua colonia con una presencia militar estable, aunque encubierta como misión humanitaria y sin pasar siquiera por una aprobación clara del parlamento, y mucho menos por una resolución de la ONU.

En conclusión, las políticas llevadas a cabo por Italia revelan cómo las memorias del pasado colonial de italianos y libios son diferentes y asimétricas. En la memoria de muchos italianos, el colonialismo ha sido reprimido hasta el punto de que un compromiso militar en la antigua colonia no ha provocado ningún debate público. En la memoria de muchos libios, en cambio, el pasado colonial está muy vivo. La asimetría de las memorias, entre las de los descendientes de los súbditos coloniales y las de los descendientes de los colonizadores, representa otra cara del lega-

¹⁶⁰ Libia, manifestanti bruciano bandiere italiane per protestare contro l'ingerenza di Roma. *L'Huffington Post*, 30 de abril de 2016.

do del colonialismo que aún espera ser investigada con atención específica.

Referencias

- Ahmida, A. A. (2009). *The Making of Modern Libya. State Formation, Colonization, and Resistance*. Suny Press.
- Andall, J., Duncan, D. (dirigido por) (2005). *Italian colonialism. Legacy and Memory*. Peter Lang.
- Anderson, L. (1986a). *The State and Social Transformation in Tunisia and Libya, 1830-1980*. Princeton University Press.
- Anderson, L. (1986b). Religion and State in Libya: The Politics of Identity. *Annals of the American Academy of Political and Social Science*, 483.
- Arnera, A. (1980). I Carabinieri in Somalia durante l'Amministrazione fiduciaria italiana. *Il Carabiniere*, 3.
- Bahru Zewde (2001). *A history of modern Ethiopia 1855-1991*. J. Currey.
- Baldinetti, A. (2010). *The Origins of the Libyan Nation. Colonial legacy, exile and the emergence of a new nation-state*. Routledge.
- Baldinetti, A., *Islam e Stato in Libia dal secondo periodo ottomano alla Jamahiriyya (1835-1969)*. En A. Baldinetti y A. Pitasio (dirigido por) (2006), *Dopo l'impero ottomano. Stazionazione e comunità religiose*. Rubettino.
- Banti, A. M. (2011). *Sublime madre nostra. La nazione italiana dal Risorgimento al fascismo*. Laterza.
- Borruso, P. (2009a). Fanfani e i rapporti italo-africani. *Storia e problemi contemporanei*, 51.
- Borruso, P. (2009b). *Il PCI e l'Africa indipendente. Apogeo e crisi di un'utopia socialista (1956-1989)*. Mondadori Education.

- Borruso, P. (dirigido por) (2015). *L'Italia in Africa. Le nuove strategie di una politica postcoloniale*. CEDAM.
- Bowett, D. W. (2008). *United Nations Forces: A Legal Study*. Lawbook Exchange.
- Bronchini, S. (1996), *L'aeronautica della Somalia (1950-1960)*. En Atti del Convegno *Fonti e problemi della politica coloniale italiana, Taormina-Messina, 23-29 ottobre 1989*. Istituto Poligrafico dello Stato.
- Butler, L. J. (2002). *Britain and Empire. Adjusting to a Post-Imperial World*. I.B. Tauris Publishers.
- Calchi Novati, G. P. (1980). Gli incidenti di Mogadiscio del gennaio 1948: rapporti italo-inglesi e nazionalismo somalo. *Africa*, 35 (3-4).
- Calchi Novati, G. P. (1991). *La sistemazione delle colonie italiane dell'Africa Orientale e i condizionamenti della guerra fredda*. En A. Del Boca (dirigido por), *Le guerre coloniali del fascismo*. Laterza.
- Calchi Novati, G. P. (1994a). *Il Corno d'Africa nella storia e nella politica. Etiopia, Somalia e Eritrea fra nazionalismi, sottosviluppo e guerra*. Sei.
- Calchi Novati, G. P. (1994b). Una rilettura degli incidenti di Mogadiscio del gennaio 1948 e il difficile rapporto fra somali e italiani. *Studi Piacentini*, 15.
- Calchi Novati, G. P. (1995a). *Dalla parte dei leoni. Africa nuova, Africa vecchia*. Il Saggiatore.
- Calchi Novati, G. P. (1995b). *Mediterraneo e questione araba nella politica estera italiana*. En F. Barbagallo (dirigido por), *Storia dell'Italia repubblicana*, v. 2. Einaudi.
- Calchi Novati, G. P. (1996). *Studi e politica ai convegni coloniali del primo e del secondo dopoguerra*. En Atti del Convegno *Fonti e problemi della politica coloniale italiana, Taormina-Messina, 23-29 ottobre 1989*. Istituto Poligrafico dello

Stato.

- Calchi Novati, G. P. (2011b). Mediterraneo. Asimmetrie Nord-Sud. *Il Politico*, 228, (3).
- Calchi Novati, G. P. (dirigido por) (2004). *Il colonialismo e l'Africa. L'opera storiografica di Carlo Giglio*. Carocci.
- Calchi Novati, G. P. (dirigido por) (2011a). *L'Africa d'Italia. Una storia coloniale e post-coloniale*. Carocci.
- Carcangiu, B., Tekeste Negash (2007). *L'Africa orientale italiana nel dibattito storico contemporaneo*. Carocci.
- Colin, M., Laforgia, E. R. (dirigido por) (2003). *L'Afrique coloniale et postcoloniale dans la culture, la littérature et la société italiennes. Représentations et témoignages*. Presses Universitaires de Caen.
- Conrad, S. (2012). *German Colonialism. A Short History*, Cambridge. Cambridge University Press.
- Contini, P. (1969). *The Somali Republic: An Experiment in Legal Integration*. Frank Cass.
- Cooper, F. (2005). *Postcolonial Studies and the Study of History*. En A. Loomba, S. Kaul, M. Bunzl, A. Burton y J. Esty (dirigido por), *Postcolonial Studies and Beyond*. Duke University Press.
- Cooper, F. (2015). *Development, Modernization, and the Social Sciences in the Era of Decolonization: The Examples of British and French Africa*. En M. Bandeira Jeronimo y A. Costa Pinto (dirigido por), *The Ends of European Colonial Empires. Cases and Comparisons*. Palgrave Macmillan.
- Cresti, F. (2005). Il nazionalismo libico a Tripoli durante l'amministrazione militare britannica: note su Ahmad e 'Ali al-Faqih Hasan e sul Blocco nazionalista libero, al-Kutlah al-wataniyyah al-hurrah (1945-1949). *Oriente moderno*, XXIV (2-3).

- Cresti, F. (2006). *La rinascita dell'attività politica in Tripolitania nel secondo dopoguerra secondo alcuni documenti britannici (dicembre 1945 gennaio 1949)*. En F. Cresti (dirigido por), *La Libia tra Mediterraneo e mondo islamico*. Giuffrè.
- Cresti, F. (2008). *Questions d'argent, sospetti di corruzione e spionaggio inglese: interesse pubblico e interesse privato nella politica della Tripolitania durante l'amministrazione militare britannica (1945-1949)*. En D. Melfa, A. Melcangi y F. Cresti (dirigido por), *Spazio privato, spazio pubblico e società civile in Medio Oriente e in Africa del Nord*. Giuffrè.
- D'Antonio, M. (1962). *La Costituzione somala. Precedenti storici e documenti costituzionali*. Istituto Poligrafico dello Stato.
- De Witte, L. (2001). *The Assassination of Lumumba*. Verso.
- Del Boca, A (1992). *Gli Italiani in Africa Orientale*, v. 4, *Nostalgia delle colonie*. Mondadori.
- Del Boca, A (2009a). *Italiani, brava gente? Un mito duro a morire*. Neri Pozza.
- Del Boca, A. (1984). *Gli Italiani in Africa Orientale*, v. 4, *Nostalgia delle colonie*. Laterza.
- Del Boca, A. (1986a). *Gli italiani in Libia*, v. 2, *Dal fascismo a Gheddafi*. Laterza.
- Del Boca, A. (1986b), *Gli italiani in Africa orientale*, v. III, *La caduta dell'impero*, Roma-Bari, Laterza.
- Del Boca, A. (1989). Le conseguenze per l'Italia del mancato dibattito sul colonialismo. *Studi Piacentini*, 5.
- Del Boca, A. (1990). Dopo la risoluzione dell'Onu del 21 novembre 1949, politici e militari preparano il ritorno dell'Italia in Somalia. *Studi Piacentini*, 7.
- Del Boca, A. (2002). *Graziani Rodolfo*. En *Dizionario Bibliografico degli italiani*, v. 58. Enciclopedia Treccani.
- Del Boca, A. (2009b). *Introduzione*. En A. Del Boca (dirigido

- por), *La storia negata. Il revisionismo e il suo uso politico*. Neri Pozza.
- Del Boca, A. (2010a). *Gli italiani in Libia*, v. 1, *Tripoli bel suol d'amore, 1860-1922*. Mondadori.
- Del Boca, A. (2010b), *Gli italiani in Libia*, v. 2, *Dal fascismo a Gheddafi*. Mondadori.
- Del Boca, A. (2011). Cento anni di Libia. *I sentieri della ricerca*, 13.
- Deplano, V., Pes, A. (dirigido por) (2014). *Quel che resta dell'impero. La cultura coloniale degli italiani*. Mimesis.
- Di Carlo, P. (2008). Berlusconi, patto con Gheddafi «Ora meno clandestini e più gas». *Corriere della Sera*, 3 de agosto.
- Ertola, E (2017). *In terra d'Africa. Gli italiani che colonizzarono l'impero*. Laterza.
- Fanfani, A. (2012). *Diari*, v. 4. Rubettino.
- Favale, M. (8 de noviembre de 2017). Affile, parla il sindaco del sacrario a Graziani: «Pentirmi io? Alle elezioni prenderò l'80%». *La Repubblica*.
- Flint, J. (1983). Planned Decolonization and Its Failure in British Africa. *African Affairs*, 82 (328).
- Fyfe, C. (1992). Race, empire and the historians. *Race and Class*, 33 (4).
- Giglio, C. (1964). *Colonizzazione e decolonizzazione*. Mangiarotti.
- Giordano, R. (2008). *Belges et italiens du Congo-Kinshasa. Récits de vie et après l'indépendance*. L'Harmattan.
- Giorgi, C., Dore, G. y Zaccaria, M. (dirigido por) (2013). *Governare l'oltremare: istituzioni, funzionari e società nel colonialismo italiano*. Carocci.
- Giovagnoli, A. (2010). *L'impegno internazionale di Fanfani*. En A. Giovagnoli y L. Tosi (dirigido por), *Amintore Fanfani e*

- la politica estera italiana. Atti del Convegno di studi tenuto a Roma il 3 e 4 febbraio 2009.* Marsilio.
- Giuliani, G. (dirigido por) (2015). *Il colore della nazione.* Mondadori Education.
- Giuliani, G. y Lombardi-Diop, C. (2013). *Bianco e Nero. Storia dell'identità razziale degli italiani.* Mondadori Education.
- Gorelick, R. E. (1981). Pan-Somali-ism vs. Territorial Integrity. *Horn of Africa*, 3 (4).
- Hargreaves, J. D. (1979). *The End of Colonial Rule in West Africa.* Macmillan.
- Hess, R. L. (1966). *Italian Colonialism in Somalia.* Chicago University Press.
- Khadduri, Majid (1963). *Modern Libya. A Study in Political Development.* The Johns Hopkins Press.
- Labanca, N. (2007a). *Oltremare Storia dell'espansione coloniale italiana.* Il Mulino.
- Labanca, N. (2007b). *Il passato coloniale come storia contemporanea.* En A. Del Boca (dirigido por), *I gas di Mussolini. Il fascismo e la guerra d'Etiopia.* Editori Riuniti.
- Labanca, N. (2011). La guerra di Libia nelle pubblicazioni e negli studi italiani degli ultimi venticinque anni. *I sentieri della ricerca*, 13.
- Labanca, N. (2015). *Una guerra per l'impero: memorie della campagna d'Etiopia.* Il Mulino.
- Laitin, D. D., Samatar, S. S. (1987). *Somalia. Nation in Search of a State.* Westview Press.
- Lefebvre, J. A. (1998). Donor Dependency and American Arms Transfers to the Horn of Africa: The F-5 Legacy. *The Journal of Modern African Studies*, 36 (4).
- Lenci, M. (1988). Il mondo politico e la stampa italiani di fronte all'eccidio di Kindu (11 novembre 1961). *Africa*, 43 (2).

- Lenci, M. (2003). Dalla storia coloniale alla storia dell'Africa. *Africa: rivista trimestrale di studi e documentazione dell'Istituto italo-africano*, 58 (3).
- Lewis, I. M. (2002). *A Modern History of the Somali. Revised, Updated & Expanded*. James Currey.
- Lombardi-Diop, C. y Romeo, C. (dirigido por) (2012). *Postcolonial Italy. Challenging National Homogeneity*. Palgrave Macmillan.
- Loschi, C. (2011). Fuori dal regime fascista: organizzazioni politiche degli italiani a Tripoli durante la fase postcoloniale (1948-1951). *Diacronie. Studi di storia contemporanea*, 5 (1).
- Lucchetti, N. (2014). *Pace coloniale addio: violenza e lotta politica in Eritrea: (1941-1952)*. Aracne.
- Martin, Y. (1975). *La Libye de 1912 à 1969*. En *La Libye nouvelle. Rupture et continuité*. Editions du centre National de la Recherche Scientifique.
- Mezzadra, S. (2008). *La condizione postcoloniale: storia e politica nel presente globale*. Ombre Corte.
- Miège, J. L. (1976). *L'imperialismo coloniale italiano dal 1870 ai giorni nostri*. Rizzoli.
- Mollica, E (2008). *Kindu. Una missione senza ritorno*. Herald Editore.
- Morone, A. M. (2006). L'Onu e l'Amministrazione fiduciaria italiana in Somalia. Dall'idea all'istituzione del trusteeship. *Italia Contemporanea*, 242.
- Morone, A. M. (2011a). *L'ultima colonia. Come l'Italia è tornata in Africa 1950-1960*. Laterza.
- Morone, A. M. (2011b). *Un quadro istituzionale ibrido*. En G. P. Calchi Novati (dirigido por), *L'Africa d'Italia. Una storia coloniale e postcoloniale*. Carocci.

- Morone, A. M. (2012). Una decolonizzazione all'italiana: trapianti istituzionali nella Somalia sotto tutela internazionale. En F. Rugge (dirigido por), *Il trasferimento dei modelli istituzionali*. il Mulino.
- Morone, A. M. (2015a). L'Italianità degli altri. Le migrazioni degli ex sudditi coloniali dall'Africa all'Italia. *Altreitalie*, 50.
- Morone, A. M. (2015b). The Unsettled Southern Ethiopian-Somali Boundary on the Eve of Decolonization: Political Confrontation and Human Interactions in the Ogaadeen Borderland. *Northeast African Studies*, 15 (2).
- Morone, A. M. (2016a). L'Italie et l'héritage du colonialisme. Entre recherches et débat public. En A. Hammouche, G. Meynier y R. Pfefferkorn (sous la direction de), Colonial, Postcolonial, Décolonial. *Raison Présente*, 199 (3).
- Morone, A. M. (2016b). La fine del colonialismo italiano tra storia e memoria. *Storicamente*, 12.
- Morone, A. M. (dirigido por) (2011c). Gli italiani e l'Africa tra colonialismi e migrazioni. *Altreitalie*, 42.
- Nugent, P. (2012). *Africa Since Independence. A Comparative History*. Palgrave Macmillan.
- Ottaway, M. (1982). *Soviet and American Influence in the Horn of Africa*. Praeger.
- Pagano, C. (2016/2017). *Emergere ed evoluzioni del discorso etnico nella Tripolitania coloniale: la questione berbera (1911-1923)* [Tesis de doctorado no publicada]. Università degli studi di Roma Tre.
- Pallotti, A. y Zamponi, M. (2010). *L'Africa sub-sahariana nella politica internazionale*. Le Monnier.
- Patriarca, S. (2020). *Italianità. La costruzione del carattere nazionale*. Laterza.
- Pearce, R. (1984). The Colonial Office and Planned Decolo-

- zation in Africa. *African Affairs*, 83 (330).
- Pergher, R. (2007). Impero immaginato, impero vissuto. Recenti sviluppi nella storiografia del colonialismo italiano. *Ricerche di Storia Politica*, 1.
- Pombeni, P. (2017). *Le culture politiche nella transizione italiana: dalla guerra alla democrazia*. En G. Formigoni y D. Saresella (dirigido por), *1945. La transizione del dopoguerra*. Viella.
- Ponzanesi, S. (2012). *The Postcolonial Turn in Italian Studies. European Perspectives*. En C. Lombardi-Diop y C. Romeo (dirigido por), *Postcolonial Italy. Challenging National Homogeneity*, Palgrave Macmillan.
- Presidenza del Consiglio dei Ministri (1962). *Italia e Somalia: dieci anni di collaborazione*. Istituto Poligrafico dello Stato.
- Proglio, G. (2011). *Memorie oltreconfine: la letteratura postcoloniale italiana in prospettiva storica*. Ombre Corte.
- Proglio, G. (2016). *Libia, 1911-1912: immaginari coloniali e italianità*. Mondadori Education.
- Reali, I. (2015). Mausoleo fascista si apre il processo. *Il Tirreno*, 21 de septiembre.
- Riccardi, A. (2010). *Radici storiche e prospettive ideali di una politica estera*. En A. Giovagnoli y L. Tosi (dirigido por), *Aminatore Fanfani e la politica estera italiana. Atti del Convegno di studi tenuto a Roma il 3 e 4 febbraio 2009*. Marsilio.
- Rochat, G. (1981). *La repressione della resistenza in Cirenaica (1927-1931)*. En E. Santarelli, G. Rochat, R. Rainero y L. Goglia (dirigido por), *Omar al-Mukhtar e la riconquista fascista della Libia*. Marzorati Editore.
- Rognoni, M. S. (2011). *La première crise congolaise : histoire, mémoire et identité*. En C. Carbone y R. Giordano (sous la direction de), *Afrique et Occident : mémoires et identités dans la région des Grands Lacs*. L'Harmattan.

- Rognoni, M. S. (2012). L'Italie et la Crise congolaise au début des années 1960. *Guerres mondiales et conflits contemporains*, 245 (1).
- Rosoni, I. y Uoldelul Chelati Dirar, (2012). *Votare con i piedi: la mobilità degli individui nell'Africa coloniale italiana*. EUM.
- Rossi, G. (1980). *L'Africa italiana verso l'indipendenza (1941-1949)*. Giuffrè.
- Santi, M. (2014). *La stele di Axum da bottino di guerra a patrimonio dell'umanità: una storia italiana*. Mimesis Edizioni,
- Sato Maggiore dell'Esercito (1960). *Appendice sul Corpo di Sicurezza Italiano nell'ambito dell'AFIS*. En Ufficio Storico, *Somalia*, vol. II. Istituto Poligrafico dello Stato.
- Sforza, C. (1952). *Cinque anni a Palazzo Chigi*. Atlante.
- Sheik-Abdi, A. (1981). Africana. Ideology and Leadership in Somalia. *The Journal of Modern African Studies*, 29 (1).
- Sinopoli, F. (dirigido por) (2013). *Postcoloniale italiano. Tra letteratura e storia*. Novalogos.
- Tripodi, P. (1999). *The Colonial Legacy in Somalia*. Macmillan Press.
- Uoldelul Chelati Dirar, Palma, S., Triulzi, A. y Volterra, A. (dirigido por) (2011). *Colonia e postcolonia come spazi diasporici: attraversamenti di memorie, identità e confini nel Corno d'Africa*. Carocci.
- Yohannes, O. (1997). *The United States and the Horn of Africa*. Westview Press.
- Young, C. (2012). *The Postcolonial State in Africa. Fifty Years of Independence, 1960- 2010*. University of Wisconsin Press.



La presente edición se terminó de imprimir en
el mes de abril de 2025 en FERREYRA EDITOR,
Bartolomé Picada 940, Córdoba, Argentina.
E-mail: ferreyra_editor@yahoo.com.ar

Este libro aborda y cuestiona las interpretaciones tradicionales sobre el fin del dominio colonial italiano y la emergencia de nuevas clases dirigentes en el continente africano. Ofrece un análisis multidimensional de un escenario histórico complejo que va desde los intentos de Italia por restaurar un orden colonial hasta la transición hacia nuevas estrategias de influencia en África.

A través de una rigurosa indagación teórica y documental examina las dinámicas políticas que dieron forma a la independencia de países como Somalia, Eritrea y Libia en un contexto marcado por disputas coloniales, actores internacionales y diferentes trayectorias descolonizadoras, y explora el ascenso de las nuevas dirigencias africanas, reflejando los contrastes entre las distintas experiencias nacionales.

Este volumen es una valiosa contribución a la reflexión sobre las tensiones entre el pasado colonial y las aspiraciones de las nuevas dirigencias africanas, al entendimiento del impacto del colonialismo italiano y las transformaciones políticas, sociales y culturales que configuraron las independencias africanas. Pero además es una invitación a seguir abordando otros tópicos afines como por ejemplo la “asimetría de las memorias, entre las de los descendientes de los súbditos coloniales y las de los descendientes de los colonizadores, [que] representa otra cara del legado del colonialismo que aún espera ser investigada con atención específica”.

